

Armando Cuevas

Los Herméticos

Seis historias de sexo duro
y un cuento de amor desesperado



fubar

Seis historias de sexo duro y un cuento de amor

desesperado

Los herméticos

Armando Cuevas

1997 ® Los herméticos

1997 ®Armando Cuevas Calderón

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de este libro para cualquier medio, incluido el electrónico, sin autorización escrita del autor.

Los personajes y lugares que aquí aparecen son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Portada por Armando Cuevas Calderón.

"Clinton mintió. Un hombre puede olvidar donde aparcó el coche o dónde vive, pero jamás olvidará una mamada... no importa lo mala que haya sido."

Bárbara Bush (Ex Primera Dama de los Estados Unidos)

"El sexo sólo es sucio si se hace bien"

Woody Allen

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO:

1. CÍRCULOS CONCÉNTRICOS

2. JUSTO CONDIMENTO

3. EL MES DE LOS CARACOLES

4. UNA VEZ POR SEMANA

5. EL AÑO ESCOCÉS

6. EL SENTIDO DEL TACTO

7. CALOR DE HOGAR

EPILOGO

PRÓLOGO:

Solo cuando duermo soy capaz de levantarme de la cama y huir del sudor espeso y el olor agrio que impregnan las sábanas. Deslizo los pies hasta el suelo y busco las zapatillas. En la oscuridad camino desnuda soportando el frío de madrugada, y tanteando con la yema de los dedos alcanzo el marco de la puerta y presencio, en penumbras, el salón que me espera. El cuero helado del sillón hiere mi piel, la aturde, la adormece, la eriza; hasta que al final, es ésta la que recobra el mando y transmite su calidez para conseguir que la piel muerta y la viva compartan un mismo cuerpo, lo envuelvan y latan juntos. Recupero poco a poco la conciencia de las heridas y las lamo en la oscuridad esperando que hayan sanado por la mañana. Escupo mis manos, la saliva es el bálsamo curativo, el remedio para las tremendas llagas. Los dedos sanan mi mal hasta el punto de hacer que lo olvide, que crea que nunca existió. El cuerpo queda limpio de estigmas, de olores efervescentes, y del recuerdo de presiones chatas y desordenadas: se libra al fin de la mentira.

Empieza a amanecer.

La luz vibra sobre mis manos y voluntariamente las calienta. Tomo entonces el libro oculto tras otros libros, lo oriento hacia la ventana y leo con la respiración contenida por el temor absurdo de poder despertarlo, con el miedo agarrado a las entrañas. Transpiro a cada paso de hoja y mis latidos resuenan en la estructura hermética que delimita mi existencia. Releo una y otra vez los párrafos señalados buscando sus secretos, descubriendo sus costuras. Intento

comprender por qué me hacen temblar, por qué consiguen reproducir tan claramente sensaciones olfativas, auditivas, táctiles. Mi carne tiembla y se humedece por unos renglones marcados a lápiz. Unos gemidos ahogados y mordidos hasta la sangre dejan paso a la calma relativa de una mañana de domingo.

Tengo sueño.

Me recuesto sobre el sofá, arropada por los brazos de mil amantes imaginarios y cierro los ojos.

Amanece y yo me duermo. Hoy será otro día.

Se levantó satisfecho, con el pelo revuelto y el vientre hinchado. Manoseó su sexo, y sonrió al notar en sus dedos el olor a esperma. No se sorprendió al encontrar a su mujer dormida sobre el sofá. Tomó el libro caído en el suelo. Un libro de mediano tamaño, de pastas negras. Lo abrió y leyó los párrafos subrayados. Contrariado, volvió a rascarse el sexo y, evitando hacer ruido, dejó el libro en el suelo, en el mismo lugar exacto.

1. CÍRCULOS CONCÉNTRICOS

Se repite la escena en la soledad hermética del salón. Me descubro con la mirada fija en la pantalla. El tipo suelta una mentira que parece verdad y la Bergman le responde, poniendo los ojos cristalinos, con una verdad que quizá fuese mentira; la bruma, el avión... y colorín colorado, termina la historia con una mirada que se descompone, poco a poco, en diminutos puntos de luz catódica. Son las once y veinticinco. Cambio de canal, como todos los días, en la creencia de que esos mismos puntos se unirán en el tubo de imagen para formar la imagen que más deseo.

Mi mujer ya se ha acostado, dice que el sueño es sagrado y los días son muy largos para afrontarlos con los ojos turbios y las rodillas temblorosas, que después no se rinde, y las señoras son muy jodidas y enseguida lo notan, y con ese aire de grandes damas que tienen le sueltan un "hoy se ve que has pasado mala noche, te veo distraída" en tono agrio. Las hijas de puta por mil pesetas la hora se pagan un sitio en el peldaño superior y en las conversaciones con las amigas; pero la cosa está muy mal y claro hay que tragar. Tengo dos hijos que también duermen, de cinco y ocho años, o eso creo, se llaman Jorge y Jesús y su futuro no es muy halagüeño desde que me echaron del trabajo y mi mujer trabaja de asistenta por horas; aunque en estos momentos, mientras espero la salida del anuncio por televisión, he de reconocer que hay pocas cosas que me importen realmente.

Hay quienes, como yo, se sienten incapaces de ayudar a los demás

porque aún les queda mucho que hacer por ellos mismos. Somos, pues, tipos difíciles de soportar ya que nuestro peso es inconstante, a veces mucho a veces nada.

Las once y veinticinco, hora de cambiar de canal. Veamos, así, en la dos. Me pongo tan nervioso que manejo el mando a distancia con la torpeza de un bebé; bueno, ya está. La pantalla se inunda con un mar de laboratorio que choca contra un frasco de colonia, a continuación un cowboy de profunda mirada y barba de cuatro días fuma tabaco light; un par de anuncios más y llega el mío. Ahora, después de la gota que nos recuerda que no abusemos del consumo de agua, llega de nuevo el cowboy, pero esta vez vestido de ejecutivo y bien rasurado, ha perdido incluso la mirada de haber visto más allá de la muerte y apoyado en la barra de un bar pide cerveza light; el formato ha cambiado pero el fondo es el mismo: fumar pero no fumar, beber pero no beber, ser lo que no se es, como yo, como todos. Fundido en negro, ya llega, se hace esperar. Inclinado sobre la pantalla espero mi mentira. El pequeño pide agua desde la habitación, ahora no maldito.

Hoy ha sido un día providencial para mí. Todas las mañanas compro el periódico, lo que se ha convertido en una rutina más en mi nueva faceta de extrema desocupación laboral. A menudo rodeo un par de ofertas de empleo con un círculo en rotulador rojo bien gordo, y dejo el periódico abierto sobre la mesa de la cocina para que Silvia lo vea y sueñe con una esperanza de mejora. Iba a comprar el diario, como digo, y en el último ojeo a las revistas del corazón descubro en la contraportada de una de ellas la foto de mi anuncio. Está ahí, en colores contundentes y saturados, perfilado por unas líneas exactas que sólo la fotografía, la gran mentira del siglo veinte, es capaz de conseguir. Compro cuatro revistas dilapidando mis últimas pesetas; en tres días nada de café ni cañas, austeridad. Las envuelvo en el periódico con el nerviosismo que el quinceañero destila en la compra solapada de su primera

revista sobre sexo anal. Ya en casa aprovecho la soledad, (hasta la hora de comer no llega Silvia) y desdoble minuciosamente el diario y extraigo mi tesoro. Extendidas sobre la mesa muestran, por cuadruplicado, todo el boato de la Familia Real Inglesa. Meto sus cabezas en gordos círculos rojos en un conato mezcla de ruindad y deformación, digamos, profesional. Separo las contraportadas con la meticulosidad de un relojero y no puedo evitar dirigir una mirada sostenida; siento una erección, pero no es el momento, las guardo en el interior de una carpeta, junto a los recibos de la luz y del agua y de la comunidad, en un extraño guiño por contrarrestar los sinsabores de la vida. Al abrir el armario veo los trajes de mamá, aún los conservo a pesar de que ella desapareció hace más de diez años; antes los soportaba mejor, pero desde mi despido me he vuelto más sensible y esos pedazos de tela inciden de forma más firme en mi conciencia como un reproche sin razón. Trabajando me sentía más fuerte, o más ignorante, claro; fue al perder el empleo cuando noté que mi cuerpo adquiriría una nueva magnitud; el aspecto es el mismo, por fuera me refiero, pero por dentro soy un inmenso receptor que capta ondas antes desconocidas para mí: las que emiten los cuerpos animados o inanimados, todos, y por tanto también las que emiten los trajes de mi difunta madre, negativas claro; y las ondas de la mujer del anuncio, éstas son las que más nítida y generosamente percibo. Desde que he adquirido esta nueva facultad se han ratificado algunas cosas que siempre sospeché, como que los geranios son plantas estúpidas, los melocotones se mueren de ganas porque les saquemos el hueso, o lo que es más importante y en lo que tenía más firmes sospechas, a través de los trajes de mi madre se me ha revelado la evidencia de que ella en realidad no era mi madre, ni mi padre lo era tampoco en realidad. Mamá ¿yo no tengo foto de recién nacido? Le pregunté en más de una ocasión en un intento por despejar una duda milenaria: ¿De dónde venimos? Ella eludía la respuesta con oficio aprendido de madre falsa y contestaba escorando el

precipicio, "tu padre no encontró ningún fotógrafo aquel día", y yo entonces imaginaba al fotógrafo como al mago que nos arrancaba el alma y lo plasmaba sobre el papel para que nunca nos olvidáramos de lo que habíamos sido. Veía en las fotografías el resultado de un conjuro entre mágico y demoníaco que tenía, como único fin, extraer la esencia de todo aquello que representaban, y me alegraba en el fondo porque no me hubiesen robado el alma al nacer. Entonces eran eso para mí: una mezcla entre lo real y lo desconocido, una ventana a otro mundo; ahora sin embargo, la fotografía (y el mundo de la imagen) ha perdido esa entidad que posee lo temido y ha pasado a ser lo que es en realidad: una mentira sobre lo conocido y un fraude sobre lo que deseamos. También son un fraude las que guardo en la carpeta de los recibos, pero un fraude que te la pone dura siempre es más soportable.

Las tres. Ya está a punto de llegar Silvia. Tendré que recoger un poco, y que no se me olvide marcar un par de anuncios de trabajo; los que más dinero ofrezcan desde luego.

La comida transcurre tranquila, en un clima ambientado por el telediario. Silvia pierde la mirada de vez en cuando y suspira hondo, en un intento poco sutil de remarcar un cansancio mil veces superior al real. Recojo la mesa y sirvo café, cumplo. Mientras friego los platos la observo por detrás. Me sorprende al comprobar un incipiente parecido con mi madre y, a su vez, con la mujer del anuncio. La deseo y deseo a mi falsa madre, y deseo a la mujer del anuncio, y todo con una sola erección. Capto sus ondas: dicen claramente que está dispuesta a follar conmigo en cuanto se acabe el café. Ella quiere follar pero yo quiero que me la chupe, no es posible y sigo fregando, y cuando se termina el café retiro la taza y la lavo en soledad.

Fue también al perder el empleo cuando sentí el firme deseo de que me la chupara una mujer casada y con hijos. Lo descubrí el día que vi el anuncio de paté por primera vez; aparecía una ama de casa de mediana edad

rodeada de su familia: su marido la besaba poniéndose la chaqueta y, despidiéndose, tomaba una rebanada de pan de molde untada en paté; mientras ella, apoyada en los hombros de dos encantadores niños, con edades semejantes a las de los míos, sonreía al espectador elogiando las magníficas cualidades del producto; el cuadro familiar lo completaba un precioso setter irlandés color caoba, que saltaba y atrapaba una rebanada entre las risas de toda la familia. Fue entonces, como digo, cuando mi cuerpo y mi alma desearon, en un grado y con una intensidad hasta ese momento desconocida, que una madre de familia ejemplar se plantara delante de mí y me comiera la polla de rodillas; o sentada, en eso estoy por definir.

Me he calentado con el asunto del anuncio y he terminado en la cama con Silvia. Hasta las cinco no tiene que volver a irse y, la tarde, no sé por qué, influyó favorablemente en el riego de las regiones cavernosas de mi sexo. Con mi nuevo estado también he perdido interés en el coito, y mis encuentros con Silvia son cada vez más espaciados. Ella se niega cuando yo acerco mi pene a su boca, y cuanto más me rechaza más la deseo. Al principio, al poco del despido y del anuncio, llegué a suplicarle con la esperanza de que mis lamentos de hombre y de parado hicieran mella en sus defensas y superara el asco por el sexo oral; pero, ella, siempre lo rechazó. Mi supuesta madre, sin embargo, era más generosa en sus manifestaciones como pude comprobar en múltiples ocasiones cuando, a hurtadillas, miraba por el tragaluz de la puerta subido a una banqueta; la veía de rodillas sobre mi falso padre, con la cabeza inclinada sobre su sexo, y su larga y ondulada melena color caoba tapándome el misterio, que años después descifraría.

Silvia se ha ido. Tumbado boca arriba en la cama, después de haber jodido, he vuelto a comprobar lo evidente: la vagina representa un túnel húmedo, más o menos estrecho y más o menos finito en el que nunca se encuentra nada más allá de lo que se anda buscando; sin embargo, la boca es

otra cosa: una cavidad de dimensiones inconstantes y de presiones cambiantes, es una gruta en la que se entra con el entusiasmo del que busca un tesoro imaginario y en la que se halla un tesoro inimaginario; o sea, otra cosa. La boca es el molde ideal, el espacio hueco y disforme más perfecto donde poder introducir, y abandonar a su cuidado, esa terminación nerviosa y también disforme que es el sexo masculino, mi sexo. Así pienso que es, y así lo cree mi deformidad sexual que ya brinca y babea entre las sábanas revueltas. En fin, siento sueño, prefiero envolverme sobre mí mismo y dormir un poco a ver si me calmo.

El sueño me ha vencido rotundamente, son las nueve y los niños salen del colegio a las siete. Me visto con la urgencia artificial de un padre preocupado por sus vástagos, y cuando salgo por la puerta con las llaves del coche en la boca recuerdo que hoy viernes fue su último día de clase, Silvia los trajo a las tres y deben estar en su cuarto jugando y con los estómagos vacíos. Me tranquilizo mientras compruebo, ante el espejo del pasillo, que no estoy tan mal sin peluquín.

Abro el armario y tomo una de las fotos, la doblo cuidadosamente y la guardo en el bolsillo del pantalón del pijama, para luego; lo hago ahora porque después no podría. Me inquieta algo, los vestidos de mi madre parecen haberse movido, todos un poco, pero sobre todo el azul clarito con lunares negros y grandes solapas blancas que estrenó el día de mi comunión. No cabe duda: me observan, me censuran. Los cojo a bocajarro, de una vez, y abultan mucho más de lo que pensaba, los meto en bolsas de supermercado, los zapatos también; ayer vi un cartel en el portal en el que se pedía ropa usada para Ruanda, la recogida será el sábado; me apresuro a bajar las bolsas al portal antes de que llegue Silvia.

La cena transcurre a buen ritmo, como siempre. La calidad de los alimentos se ha mantenido a costa de la cantidad. El paro se acabó hace un

mes y el caos se deja notar, no en mí tanto como en ellos. Con disimulo coloco, bien visible, el periódico marcado sobre la mesa de la cocina.

Primero el mar de un azul absurdo, el vaquero más preocupado por el cáncer que por morir de un balazo, después los demás. Ya empieza mi anuncio y el color caoba inunda la pantalla...

Afortunadamente, Silvia, se ha dormido cuando llego a la habitación. Como una estela de brillo inconstante mi pene va dejando un rastro sobre su cara; a medida que mi glande roza su piel más se endurece el conjunto y más me cuesta dominar el trazo. Me detengo en la boca y presiono levemente hasta que consigo separar un poco sus labios: su aliento es espeso y caliente con un extraño olor a lejía que me enloquece. Mi polla, ya firme, choca contra sus dientes como el mascarón de proa choca contra un mar de hielo: todo inútil, me retiro dócilmente. La madre de mis hijos duerme apaciblemente con el rostro surcado por las líneas que delimitan el placer hermético, y mientras contemplo como ella resplandece con esa máscara de humores yo eyaculo sobre el periódico del día anterior, en la sección de ofertas de trabajo, y el grueso de la corrida invade uno de los círculos rojos por completo.

Es domingo y Silvia no trabaja (algunos domingos sí lo hace, éste no). Los niños reclaman su paseo matinal y mi voluntad cede ante el empuje de la costumbre. Fue caminando por el parque cuando noté que me llegaban olores de lugares muy lejanos y sentí en mi paladar sabores de presencias olvidadas, era evidente que mi receptor interior se iba afinando con el paso del tiempo y el desempleo; vi una jarra sobre un velador con su líquido frío y espumoso: el estallido del sabor de la cerveza en mi garganta no se hizo esperar.

Después de una mañana malgastada entre árboles, gritos de niños y helados de fresa baratos, me recupero abandonado al sonido de mi

silencio frente al televisor sin voz. Todos duermen la siesta. El informativo muestra imágenes como subidas en un carrusel, a toda velocidad; sin sonido me parece cómico. La imagen en movimiento, de ésta forma, roza el ridículo. La imagen sin movimiento y sin sonido es simplemente mentira. Aparece la presentadora, mueve los labios con método; al instante surge, en el ángulo superior derecho, la palabra Ruanda. Siguen sus labios en movimiento. Me excito. La presentadora desaparece, se esfuma, y un paisaje repleto de moribundos de estómagos abultados llena la pantalla hasta reventar: es un campamento de refugiados. Un camión aparece en la escena y sus ocupantes reparten alegremente un cargamento de esperanza formado por pequeños sacos de arroz; sospecho que esperó a que la cámara filmara para irrumpir en el cuadro y teñir la imagen de solidaridad universal. Entre la masa oscura de gente distingo un joven vestido con trapos negros con piernas invisibles, dos muletas de ébano lo sostienen prodigiosamente. Un niño mira a la cámara con seriedad de médico cirujano: sonríe. A través del color marrón uniforme y el revoloteo del millón de moscas que pugnan por su ración de carne putrefacta se abre paso una mujer de edad indeterminada, me fijo en ella con la respiración entrecortada y el corazón a punto de reventar; viste un traje azul claro con lunares, y el cuello de encaje blanco, aunque algo sucio, no deja lugar a duda. Se mueve con soltura hacia el camión, cuando consigue su ración de arroz se gira y mira a la cámara: me mira a mí; luego desaparece con el camión y el niño cirujano, y vuelve como de un sueño la presentadora. Oigo trastear en la cocina, Silvia ya se ha levantado de la siesta.

Con la excusa de comprar tabaco salgo de casa tratando de olvidar la mirada de mi madre y los labios de la presentadora. La necesidad de sexo oral es una idea que poco a poco va llenando mi polla de una sangre roja y espesa, coagulada. Antes de salir del portal me quito el peluquín y recibo una ráfaga de aire denso en mi recién estrenada calva, una aceptación

por parte de la meteorología. La calle está vacía, recuerdo que es verano, agosto, domingo por la tarde, vacaciones. Sonrío con satisfacción al percatarme de que ya me liberé de esa fatua tregua en el tiempo en la que intentamos ser y hacer todo aquello que no supimos ser ni hacer durante el año; ese paréntesis en la vida reservado sólo para los miserables, que son las vacaciones. Las verdaderas vacaciones solamente las viven los niños. Y ya que las menciono, me vienen a la memoria las que pasaba en un pueblecito de Santander durante los años que duró mi infancia. Me gustaba acompañar a mi padre (al que tomaba por verdadero por supuesto) a pescar cangrejos de río; ya no hay, desaparecieron con la infancia y con las vacaciones; como digo, me gustaba pescar con él. Recuerdo cuánto me reía cuando, en algún arriesgado movimiento por capturar un hermoso ejemplar, perdía el equilibrio y con un aspaviento caía hacia atrás, y golpeaba el agua provocando el estruendo que sólo un padre puede hacer al caer; a mí entonces se me saltaban las lágrimas de la risa cuando él se levantaba empapado con el flequillo tapándole la cara: porque mi padre adoptivo tenía pelo, no como yo.

Al cruzar la calle, camino del estanco, distingo en la distancia el cuerpo generoso de Javier. Es demasiado tarde para colocarme el peluquín, me ha visto.

—Paco, no te conocía, cuánto tiempo...

—Un año —respondo con precisión.

—Bueno ¿Y qué es de tu vida? Ya veo que has perdido el pelo...

Suspende su observación a la espera de que sea yo el que hable de la miseria del desempleo.

—Sí, ha sido rápido. El médico me ha dicho que es debido a un cambio hormonal. ¡Los misterios de la genética!

El primer asalto lo gano por puntos.

—Bueno, cuenta. ¿Qué haces ahora? En la agencia todo sigue igual; con menos personal, claro, pero igual.

Le veo incómodo, no sabe a qué atenerse, espera la evidencia de mi miseria pero no la ve, lo noto en su mirada de redactor jefe de una revista de mierda. Me empiezo a divertir y mantengo un poco más su incertidumbre.

—Pues... —frunzo los labios y entorno un poco los ojos: creo que logro componer una imagen emocional neutra, lo puedo comprobar por su cara de pasmo— ...ahora trabajo por mi cuenta, y me va bastante bien.

—¿Por tu cuenta? ¡De free lance a tu edad! Como en los viejos tiempos, ¿eh?

Ilustra haciendo fotos imaginarias con una cámara imaginaria; pero su corpachón destartalado soporta mal la interpretación. Le noto nervioso.

—En cierto modo sí. Trabajo para National Geographic y un par de revistas de viajes en las que propongo los temas y solicito el equipo. Con National de puta madre, ellos lo ponen todo, yo sólo aprieto el disparador —noto un cambio en su rostro y sus manos quedan agarrotadas sujetando una cámara invisible con teleobjetivo—. La semana que viene viajo a Ruanda: sueldo más dietas.

Me despido con un apretón de manos tan falso como mi reciente problema hormonal y me largo con la promesa de llamarle si me entero de alguna vacante de redactor.

Tomé el coche y me perdí en la ciudad. Llegué hasta un barrio que no conocía, hasta una calle estrecha por la que me costaba maniobrar y que olía a basura añeja. Me di por satisfecho al desembocar en una plaza también desconocida y descubrir, sentada en un banco de piedra, a una mujer con sus hijos, abandonada a la suerte de una tarde de domingo con calor

asfixiante de ciudad. Aparqué y me senté frente a ella. Era perfecta. Sus gestos de mujer y madre se correspondían con el ideal de mis sueños. Pasé más de una hora contemplando el batir de sus manos y de sus ojos y de sus labios; sus hijos naturales no podían negar que la adoraban, y yo sentí por momentos una urgencia cada vez mayor por llenarle la boca de semen. Me levanté y me marché, empezaba a oscurecer.

Caminaba caliente y sin un duro cuando la vi apoyada contra un coche en equilibrio inestable. Tenía el bolso abierto sobre el capó y se pintaba los labios ante un pequeño espejo de mano. Su aspecto repugnante encajaba con la calle en la que estaba. Busqué su mirada inútilmente, después me fijé en su boca desdentada, con dificultad para articular palabras y mantener retenida su saliva. Iba vestida con unas mallas ajustadas de un color imposible que se ceñían extraordinariamente a su cuerpo y marcaban su vulva como una hucha. Sus pies, que se esforzaban en mantener la verticalidad del cuerpo, iban enfundados en unas alpargatas a punto de desintegrarse y estaban cubiertos por una capa de materia indeterminada que poseía un extraño color a asfalto, realmente costaba distinguirla de la propia calle.

—¿Cuánto cobras por chuparla? —le pregunté.

—Mil calas —respondió mientras sus venas ya soñaban con el dinero.

—Lo quiero completo, con corrida incluida, sin condón —sonreí.

—Entonces un talego más.

Me siguió hasta mi coche en lo que me pareció un largo camino acompañado de la muerte. Bajándome los pantalones en el asiento delantero, oía su respiración arañándole la garganta y el sonido me asustó un poco: encendí la radio. Una farola lejana iluminaba suavemente la escena y mis ojos ya se habían acostumbrado a la difícil luz en el momento en que ella se inclinó

sobre mi sexo. El olor era insoportable: sudor, orín y óxido de hierro se mezclaban asombrosamente componiendo el perfume de las pesadillas. Su cabeza subía y bajaba, y su pelo ralo dejaba brillar unas calvas tamizadas por la caspa. Pronto un gorjeo ahogado comenzó a sonar; abatí un poco el asiento y bajé más mis pantalones para evitar que se mancharan con sus babas. Mi erección era perfecta, no se podía negar que aquella puta sabía comerse una polla. Sentí cómo su respiración se aceleraba y se hacía trabajosa. Ya toda su boca desdentada era un mar de saliva; no tardó en levantar la cabeza para poder tragar y tomar un poco de aire. Tenía los pómulos muy salientes, antes apenas me había fijado en su rostro, su cuello era muy largo, flanqueado por dos cuerdas tan tensas que parecían a punto de romperse, y en su boca no quedaban más de uno o dos dientes. Tosió y una gran pompa se formó en el agujero de su nariz, se fue hinchando e hinchando hasta que estalló y un largo moco pendió hasta sus labios.

—¿Cambiamos de postura? —dije.

Ella asintió con la cabeza al tiempo que el humor amarillento se bamboleaba desafiando las leyes universales de la gravedad. Le hice pasar a la parte trasera y sentarse en el suelo.

—Así podrás respirar mejor —musité y apoyé su cabeza contra el asiento—. Ahora yo haré el trabajo —dije, y situándome frente a ella introduje el nabo hasta hacerlo desaparecer por completo en su garganta.

Aunque la posición era algo incómoda, al menos, había terminado con el sonido bronco de su respiración; el deseo de reventar y conseguir que el semen rebosara su boca y le saliera por las orejas contribuía a que mantuviera la postura y la cadencia. Había comenzado a llover, la humedad se añadió al calor sofocante de aquella noche de verano y el interior del coche se convirtió en un horno con olor a retrete de gasolinera de carretera. Conseguí que me metiera dos dedos en el culo prometiéndole cien

duros más; traté de no imaginar en que estado se encontrarían sus uñas y me afané en facilitar su introducción. La muy cerda los movía bien, está claro que el oficio no está reñido con la higiene. Me viene a la memoria el panadero que había en mi barrio; yo era muy pequeño y mi falsa madre me mandaba a comprar el pan los domingos antes de ir a misa, "vete donde el Leo y trae dos barras", me decía; yo obedeciendo me plantaba delante del mostrador y, con el flequillo apenas rebasándolo, repetía: "dos barras de pan"; aquel señor enjuto, entonces, tomaba las barras con unas manos en las que la suciedad parecía encontrarse muy a gusto y las introducía en la bolsa de tela blanca cuajada de florecillas. "Mamá, el panadero tiene las manos negras como el carbón", decía esperando que tirara el pan a la basura; pero ella callaba y preparaba, con esmero, mi bocadillo de paté. "El Leo es el que mejor pan hace del barrio", decía después, a la par que me ofrecía el bocadillo envuelto en una servilleta. La puta lleva rato con los ojos cerrados, y sus dedos se han quedado quietos dentro de mi ano. Tomo su cabeza con ambas manos y le suelto la corrida directamente en la garganta, ella ni se entera. En el mismo instante en que me limpio, la observo y me asalta la náusea. Continúa roncando cuando abro la puerta y la tiendo sobre la acera. Sigue lloviendo. Por el retrovisor veo como se hace un ovillo sobre sí misma. Felices sueños.

Al llegar a casa los niños están en la cama y Silvia también. Atravieso el pasillo en la oscuridad y me sorprende mi imagen al cruzar rápida por el espejo de la pared, me coloco el peluquín. Creo conservar aún el olor a óxido de hierro, los otros se fueron con el aire que entraba por las ventanillas abiertas del coche, pero el de óxido se mantiene intacto. Una ducha abundante de jabón consigue que permanezca tan solo en mi recuerdo. Lavo concienzudamente mi sexo y mi ano; me consuelo al pensar que la puta quizá tuviera hijos.

Una lámpara se enciende en una ventana vecina y con la luz me

hago cargo de mi destino más próximo. Silvia duerme desnuda, con la sábana acordeonada y enroscada a su cuerpo como una serpiente inmensa de tergal. Me presiente y abre los ojos.

—Llegas muy tarde. ¿Dónde has estado? —pregunta en tono de falso enfado mientras se retuerce con el ademán infantil de una niña y la sabiduría de una mujer.

—Me encontré a Javier, mi antiguo redactor jefe, quizá tenga un trabajo para mí —respondo desde la oscuridad. Su cuerpo brilla por acción del sudor, ha dejado de llover y el calor es insoportable.

—¿Por qué no te acuestas de una vez? —resuelve ella apartando el nudo de sábanas con un gesto alimentado por la idea de mejora. Abre sus piernas y el aroma a lejía invade la habitación, el mismo aroma que me enloquece y que ella ya sueña con dejar de oler. Estalló mientras mordía sus pezones color paté y yo cerré los ojos para confundir a mi cuerpo y, mentalmente, repetí mil veces: "chúpamela", "chúpamela", en la esperanzada tarea de conseguir que los deseos involucraran a los hechos; entonces ella me besó, y su boca en mi boca me ratificó lo inútil de mi intento.

El sol de mediodía me sorprendió en la cama. Silvia llevó a los niños a casa de su madre, lo que me libraba a mí de cualquier tarea hasta la hora de recogerlos por la noche. Eran las doce y media cuando me levanté decidido a desayunar y darme una ducha que eliminara esa película de sudor invisible formada durante la noche. Fue al entrar en el cuarto de baño cuando noté la extraña sensación de encontrarme en una casa que no era la mía. No recordaba que los sanitarios fuesen así, ni que estuviesen dispuestos de esa forma: el lavabo, el inodoro, el bidé, todas las piezas parecían haberse enrocado para llamar, de este modo, mi atención por algo. Busqué el significado de esa insólita señal realizada por seres inanimados, intenté percibir sus ondas, pero me sentía muy debilitado por la noche anterior y mi

receptor no obtuvo mensaje alguno. Abrí el armario y, en lugar de encontrar el peluquín junto al frasco de goma adhesiva, hallé un vaso y un par de cepillos de dientes con los bustos de Mickey y Pluto en plástico rojo y azul respectivamente: me había equivocado de cuarto de baño. ¿Sería la desorientación la señal de que algún cambio se iba a producir en mi vida? Lo medité mientras preparaba unas tostadas.

Una vez terminado el desayuno volví a la cama con el periódico de la mañana (que Silvia me había subido) en la mano y la sana intención de no hacer otra cosa que ver pasar la vida durante el resto del día. Un artículo en la sección nacional me inquietó. La noticia hablaba de un hombre que había descubierto una red de tráfico de córneas. Por lo visto el tipo llevaba tiempo observando cómo, en la zona centro de Madrid, abundaban negros con una gasa tapándoles un ojo, generalmente el izquierdo. El hecho le llamó tanto la atención que se dedicó a filmar en video a todo aquel que llevara parche. Logró recopilar más de treinta y cinco individuos en una semana. Presentadas las pruebas a la policía ésta decidió actuar, comprobando con sorpresa al interrogar a los sospechosos, que una red internacional pagaba con cien mil pesetas y un permiso de residencia falso cada córnea.

Eran casi las tres cuando llegué a la página de contactos. Una emisión de ondas de magnitud cambiante se iba produciendo a medida que mi vista recorría los pequeños reclamos sexuales: era sin duda el signo que antes me previno.

"Lucía, actriz porno, 25 años, muy morbosa, senos gigantes. También hoteles. Tel.: 551.19..."

"Recibo sola, morena, 35 años, 90 kilos de vicio. Enemas y disciplina. Tel.: 521.76..."

Sentí que la señal había llegado. Los anuncios por palabras iban conduciendo poco a poco mi destino, que ascendía por ellos como si de

una escalera se tratase. Los fui leyendo, uno a uno, hasta llegar al que cerraba la sección, el último.

"Mabel, casada, 40 años, todos los servicios. Francés especial. Recibo en domicilio particular, trato preferente, aire acondicionado. Tel.: 402.29..."

Tomé el rotulador rojo de trazo grueso y describí círculos imaginarios sobre el anuncio. Las tres líneas fueron sobrevoladas en infinidad de ocasiones sin que la felpa encarnada llegara a tocarlas. Aquel aviso impreso, aquella predicción, difería extraordinariamente de los de empleo, y requería, pues, otro tratamiento. Lo leí cien veces para memorizar hasta la textura de la tinta sobre el papel, de manera que llegara a formar parte de mis recuerdos, de mi cerebro, de mi cuerpo, y me acompañara, así, el resto de mi vida.

Flotaba extasiado sobre la cama cuando la realidad me asaltó en forma de oleada de calor y caí de lo alto de mi sueño: no tenía dinero. Busqué por toda la casa inútilmente, incluso las huchas de mis hijos fueron registradas: era evidente que no había ni un duro. Me senté desolado en un rincón, el anuncio recorría mis neuronas y se integraba en mi sistema nervioso; creo que fue su influencia en mi raciocinio la que me dio la solución: mis cámaras.

En el cartel de la tienda rezaba: "Se compran todo tipo de cámaras y accesorios. Pagamos más que nadie". Entré y esperé junto al mostrador, nadie salía. Tosí levemente, y observé la pequeña puerta abierta y de interior oscuro en la que aparecería, sin duda, el hacedor de dinero. Debí toser unas cuantas veces más antes de que compareciera a mi reclamo un jovencito de aspecto saludable comiéndose un bocadillo.

—Buenas tardes, traigo una cámara y un objetivo para vender
—informé sin esperar que me devolviera el saludo.

—¿Tienes los papeles? —me contestó el muchacho sin saludar y con las migas de pan rodeando sus labios.

—No.

—Ya.

—Son mías, te lo aseguro, mira soy fotógrafo —respondí con el calor subiendo a mis mejillas, y le mostré el D.N.I. y un par de pases de prensa que conservaba en la cartera—. He renovado el material. Cambié de marca.

—Está mal la profesión ¿eh? —atajó mi discurso.

El chico, a pesar de sus pocos años, destilaba esa maldad hacia lo humano que genera el trabajo de mostrador.

—¿Y qué traes?

—Una Nikon F4 y un tele de 300 mm. original. Están como nuevos.

El joven me miró y dio un mordisco generoso a su bocadillo, sin duda me había perdido el respeto. Tomó el material sin limpiarse las manos y asistí con sorpresa a una exhibición de destreza inigualable: en pocos segundos desmontó y montó el equipo, y comprobó hasta el último detalle.

—Parece en buen estado, pero sin papeles...

Durante unos segundos mantuvo la frase inacabada, en el aire. Debía detectar la urgencia que percibía en mis ojos, que debió de ser mucha a tenor del precio que puso al material.

—... te puedo dar veinticinco mil.

—Es poco —dije cabizbajo observando con detenimiento el culo de bocadillo que quedaba sobre el mostrador.

—Sí, pero tú quieres el dinero ahora ¿verdad?

El chaval tenía un gran talento criminal. Había que reconocer que el pequeño "Capone" era superior en los negocios, un hijo de puta

inteligente: hubiese aceptado menos. Me di por satisfecho y salí a la calle ufano e hinchado como un gato guardando los billetes untados de paté en el bolsillo.

El primer obstáculo estaba salvado, y mi pene congestionado me empujaba a acometer el siguiente.

—¿Es usted Mabel, la del anuncio?

—Un momento, ahora mismo le paso... —la línea se interrumpió y una música de sintetizador comenzó a interpretar Love Story.

—¿Sí, digamé? —exclamó una voz menos profesional.

—¿Es usted Mabel? —pregunté forzando involuntariamente la voz para dar entidad a mis palabras, en un típico comportamiento de permanente seducción masculina.

—Sí, soy yo —se produjo una pausa de dramatismo sostenido en la cual mi oreja era aplastada literalmente por el auricular—. El servicio completo —continuó de súbito— son treinta mil, incluye: video, baño y copa. El francés normal son quince mil y el especial veinte. No hago griego ni lluvia.

—¿Es usted casada realmente?

—Claro.

—¿Con hijos?

—Dos.

—Me interesa el francés —respondí tanteando los billetes grasientos.

—¿El especial?

—El especial —conluí sin saber muy bien de qué se trataba. Anoté su dirección experimentando de nuevo el conocido deseo de llenar la boca de una mujer casada por completo, añadiendo al hecho, la posibilidad de contemplar la foto de boda, junto a la de sus dos preciosos vástagos,

observándome desde la cómoda de la habitación.

Mabel era una profesional, de eso no me cabía ninguna duda, o al menos lo había sido, una trotona con clase. Lo de su matrimonio parecía cierto, a tenor de la ropa de hombre que había en el armario, la loción contra la caída del cabello que vi en la repisa del cuarto de baño, y la pila de periódicos deportivos bajo la mesita del salón. Sobre sus hijos no descubrí nada que ratificara su existencia, ni una sola foto (la de su boda sí estaba).

—¿Cómo se llama tu marido?

—Luis.

—¿Lo sabe?

—Claro.

—¿Y tus hijos?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Cómo se llaman?

Se agachó y me abrió la bragueta lentamente, "Luis y Jaime", dijo introduciendo su mano y acariciándome detrás de los testículos.

—Dale un baño, cariño —concluyó.

El especial consistía en untar el pene con mermelada, o nata, o leche condensada, para después lamerlo profusamente en lo que me pareció un aburrido gesto pornográfico. Por suerte tenía paté, y aunque el aspecto que presentaba mi sexo cubierto por él no debería de ser igual de apetitoso, Mabel consintió, pienso que por curiosidad. Intuí que sus ojos me ponían una querella cuando me aferré con fuerza a su nuca y realicé el prodigio de convocar en su boca dos sustancias tan distintas: la ceremonia pagana estaba tocando a su fin. Mientras eyaculaba sentí cómo el receptor que contenía mi cuerpo se iba licuando y se vertía a través de mi sexo hasta su boca, mezclado con el esperma, y cuando creí haber expulsado hasta la última gota, experimenté un profundo deseo de volver a trabajar.

Comprendí entonces que había completado un círculo alrededor de mi vida, el primero de otros tantos que se irían formando, a su vez, en torno a éste, y que sin lugar a dudas compartirían un mismo centro geométrico, un origen primario, un eje: el formado por el paté y el vestido de mi madre adoptiva.

Me despedí de Mabel elogiando el buen gusto general de su casa y reconociendo las innegables virtudes de un buen aire acondicionado.

2. JUSTO CONDIMENTO

Aún quedaba más de media hora para levantarme cuando el olor de la Carmen venció mi pereza. Había tenido sus buenos años, pero ahora no era más que un montón de carne derrotada y peluda que olía a orines y a queso podrido, sobre todo los domingos. Sólo se lavaba para ir a misa de nueve, era lo único que conservaba: su fe.

Esperé a que el Lucas se quitara de la puerta para salir y levantar el cierre. Lo peor que podía pasarme un domingo era empezar la jornada con el Lucas delante del mostrador. Era un borracho deprimente y charlatán, babeaba al hablar y se le caían los mocos después de la tercera copa. Cogía el vaso de vino con las dos manos; bueno, con una y dos dedos de la otra, porque los otros tres se los arrancó de un mordisco una burra, dicen que defendiendo su honra. Al Lucas todo el pueblo sabe que le gusta follarse a las burras y a las cabras, bueno, y a la mujer del Cosme cuando tiene cuartos.

—Buenos días Justo, puntual como siempre.

—Buenos sean, Lucas.

—Me iba para casa ya, pero te he visto levantando el cierre y me he dicho, "la primera del domingo en ca' Justo".

Un perro gris y negro se detiene y olfatea la bragueta del borracho.

—Vaya, Lucas, parece que le has gustado.

—No, ¿sabes qué pasa? El chucho huele donde ha habido candela. Vaya noche Justo, vaya noche. Pero vamos dentro y ponme un vaso de

vino, que ya te cuento, ya.

El domingo ha amanecido soleado, y a pesar de estar a mediados de febrero, la temperatura es buena, como para andar en mangas de camisa. "Lo primero que haré —pensé cuando me levanté esta mañana— será limpiar el retrete"; el olor ya empieza a salir hacia afuera y hoy habrá mucha clientela.

Noto que me voy perdiendo otra vez en recuerdos, en imágenes; me pasa a menudo cuando bajo al bar y no hay clientes (bueno está Lucas, pero como si no). Miro el tocadiscos, al otro extremo de la barra, junto a la caja. La Carmen empeñada en tirarlo, y yo erre que erre que no, "algún día pondremos música", le digo, y ella se ríe dejando escapar una especie de silbido por los espacios sin dientes. Me parece ver a Marta bailando en ropa interior alrededor de la cama, al son de la música, y reír y reír con sonoras carcajadas, y fastidiarse cuando se paraba de pronto (nunca funcionó muy bien), entonces yo le decía, "no te preocupes, me levanto y te lo arreglo, tiene sus manías como todo el mundo, pero tú no te pares, sigue, sigue, que ya lo arreglo, ya", y saltaba de la cama ligero e hinchado y le daba un golpecito donde yo sabía mientras tarareaba la canción para que ella no perdiera el compás ni se enfriara.

—Justo, ¿y ese vino, viene o qué?

—¿Todavía estás aquí?

—Vamos no jodas Justo, a veces pareces como ido, no sé, embrujado.

—Tú qué sabrás.

—¿Quieres que te diga algo?

—¡Bah!

—Te lo diré de todas formas. La cabeza no se va porque sí, a no ser que tengamos la tripa tan llena de vino que, al no haber más, nos suba

hasta los sesos; entonces sí, entonces se nos borra el bar, y el pueblo, y Valladolid entera, y nuestra puta vida también. Te lo digo yo y hazme caso. Pero cuando no hay vino, es otra cosa. La cabeza se nos puede ir de chicos, pero de hombres... malo. A las mujeres sí, a ellas se les va a menudo; se quedan como paralizadas y a veces se les sorprende mirando por la ventana apretando los visillos.

—Tú que sabrás de mujeres ni de nada, y no me hagas hablar
—le grito al miserable de Lucas tirándole la bayeta a la cara.

—Justo, tienes razón, no te enfades. Te voy a contar lo de esta noche, ya verás, para animar esto un poco.

—Mira, Lucas, tengo mucho que hacer, así es que, paga el vino y andando.

Es agradable encontrar a gente más miserable que uno. A veces no es fácil. Yo tengo al Lucas y a la Carmen. Bueno, y al fascista de don Luis, tiene dinero y poder, pero ha sido un cornudo, y eso es de lo peor; un gran cornudo, a mí me lo van a decir.

Dudo en el menú de hoy: patatas con carne y chuletas de cerdo y fruta, o sopa de marisco y huevos con chistorra y natillas de postre, pan, vino y café como siempre. Me decido por lo segundo, hoy estoy caliente y, además, viene don Luis a comer con el cura y el médico. Voy por los huevos. Atravieso el patio en dirección al corral. Tengo quince gallinas y un gallo que se llama Azaña, pero nadie lo sabe claro; ni siquiera la Carmen, ésa menos que nadie. Ésa aún guarda la camisa azul y la pistola de su difunto marido en el armario, y las botas, y dos calzoncillos usados, que aunque ella oculta celosamente, yo los he visto. Sinforosa ha puesto tres, la Dori dos, pero la más puta de todas es la Rosita que tiene cinco. A ver: diez, doce..., dieciséis..., veinticuatro..., treinta, serán suficientes, y si se acaban, pues frío unas chuletas y puerta.

Me gusta mirar los dibujos del tocadiscos. Alrededor de la caja

miles de hombrecillos, hombres y mujeres, parecen danzar todos juntos. Siempre que los observo descubro alguno nuevo, uno que antes no estaba. Me sonrío cuando lo encuentro, y se lo cuento a la Carmen por contárselo a alguien, por aquello de compartir nuestras alegrías, que si no parecieran que fueran menos. Y ella me mira con esa mirada de animal moribundo y me dice lo de siempre: "ese tocadiscos habría que tirarlo, te está volviendo loco. No son hombres, son florecillas, ¿no las ves?, florecillas". Y yo termino asintiendo por dejar de oírla y oler su aliento, pero me miente, sé que ella también los ve.

Al final pensé meterme en la cocina por evitar encontrar a la Carmen cuando baje. Soporto mal verla vestida de domingo y desearla, aunque no sea más que durante un instante. Si no estoy en la barra pasa y grita, yo respondo pronto para que no se adentre en la cocina, y ella se marcha, lo sé por el ruido de los tacones. Siempre es igual, también eso se ha hecho costumbre; por eso me cuesta tanto recordar las cosas, la memoria se muestra opaca y confusa cuando trabaja instalada en la rutina.

Salgo y veo al Lucas apoyado en la barra exprimiendo el vaso vacío. Dudo un momento pero al final le sirvo otro vino; quiénes somos para decidir sobre los demás.

—Acaba de salir tu mujer.

—Ya.

—Iba guapa. Te lo digo con respeto.

—Bien, y qué.

Le veo salir tambaleándose y, lo que son las cosas, me consuelo otra vez creyéndome un poco afortunado.

Andaba faenando en la nevera cuando les sentí llegar. Noté cómo la bilis se me revolvía, y me hice el sordo durante unos minutos a pesar de oír los golpes en el mostrador.

—Justo, Justito, sal ya hombre. Deja de meneártela en la cocina. Tenemos la garganta seca.

"Tus muertos", pienso mientras salgo con los puños apretados.

—Buenos días Justo, muy desatendido veo el bar.

—Preparando la cocina para la comida estaba.

—Eso se hace antes, se madruga más. Se te pegan las sábanas marrano. Venga, ponnos unas cervezas.

—En seguida don Luis.

El gran hijo de puta me echa el humo del puro en la cara y después se disculpa dándome una palmadita en el hombro. Al hacerlo se le abre un poco la chaqueta y puedo verle las cachas al Astra de nueve tiros.

—Aquí están las copas... y unas olivas para acompañar.

Siempre he preferido las palabras a las armas, y una mala paz a una buena guerra. Soy de alma pacífica, de origen vamos, aunque a veces me hierva la sangre y parezca que voy a reventar. Me sé contener, respirar hondo y pasar de largo, sin entrar al trapo. Esperar la ocasión.

—¿Algo más los señores?

—Otra ronda y después pon una mesa para tres. La del fondo, ya sabes.

—Hoy tengo sopa de marisco muy rica, huevos con chistorra y de postre natillas.

—Por mí bien, ¿y vosotros?

—Bien —contesta don Joaquín, el médico, apurando su cerveza.

—Bien, bien, de maravilla —dice al mismo tiempo don Faustino pisándole las palabras.

—Estupendo —contesto con la bilis en la garganta. Todos los domingos igual, lo dicho, rutina.

Me voy hacia la mesa y la preparo con rapidez, con precisión, con oficio. Su mantel, sus copas, las servilletas bien dobladas, los cubiertos: al detalle. De pronto siento urgencia, no sé, estoy intranquilo, quiero tenerlo todo dispuesto para que no me falte tiempo para lo mío.

Vendrá también la maestra. Se sentará en la mesa que hay frente a la cocina, junto a la ventana, "buen sitio", le dije, "el mejor, tranquilo y soleado"; "eso parece", respondió contenta la primera vez que vino. Y yo encantado. Le gustan tanto mis natillas como a don Luis mi chistorra. No veo el momento.

Don Faustino es el primero en terminar su segunda copa, pero espera junto a la barra jugueteando con una aceituna. Don Luis invita, bien lo saben ellos, por eso nada dicen hasta que al cabrón se le acaban las ganas de charlar y decide sentarse a comer, entonces van detrás tragándose el humo de su puro.

—Unos vinos y unos taquitos de serrano para ir abriendo el apetito —me grita don Luis desde la mesa sin apearse el puro de la boca—. Mientras lo hace mira a sus acompañantes buscando su aprobación. Don Joaquín dice "venga"; al cura, de espaldas a mí, le veo asentir con la cabeza, como era de esperar.

El médico llegó al pueblo ya para diez años. Vino como ayudante de don Rogelio, que más que médico parecía veterinario por lo animal que era tratando a los enfermos. Con los niños se comentaba que era "bastante más delicado y atento", dicen que su favorito era el pobre Lucas que se pasaba horas y horas en la consulta cada vez que don Rogelio le llamaba para revisarle no se qué de unas alergias que tenía; quién sabe si de ahí le vino después lo de la bebida, quién sabe. En el pueblo, a pesar de todo, se le respetaba por viejo, por médico y sobre todo por ser miembro del Movimiento, pero de medicina, nada de nada; aunque al mus era superior, y

bebiendo, un cántaro sin fondo, ni un mareo ni un vómito: algo bueno tenía que tener. Según dicen (porque yo entonces no estaba aquí, eso llegó al poco) le reventó el corazón en la misma mesa donde ahora come doña Luisa, la maestra. Don Joaquín se quedó entonces con el puesto, más por don Luis que por méritos; él fue quien tapó lo del crimen, eso lo digo yo que fui quien lo vivió.

Don Faustino lleva aquí toda la vida; le recuerdo, siendo yo muy chico, dando misa en latín, ya sin pelo y con barriga, y gastando esa mirada de pájaro inútil que nunca perdió; él también tapó lo de don Luis, el muy mamón, desde entonces como hermanos. Yo no digo que no tuvieran sus razones, que a veces las circunstancias obligan, y más cuando nos rugen las tripas y la pared del frontón está salpicada de sesos un día sí y otro también; lo que digo es que una vez hecho, pues ya está, cada uno por su lado, a olvidar, que en la cabeza hay que dejar sitio para lo bueno, y no para lo malo. La memoria está para echar mano de ella cuando nos miramos en un espejo y no nos reconocemos, o para cuando tenemos que cumplir y no se nos pone dura, que de eso entiendo un rato.

¡Vaya! Ya se está llenando esto y volví a olvidarme de limpiar el retrete.

La una y media y aún no llega doña Luisa. Quiero pensar que se retrasa, veo su mesa sola y me pongo malo. La Carmen ya llegó, pasó por entre las mesas saludando a todos como una gran señora, y subió a casa para continuar durmiendo. Come una vez al día como los perros, y cuando lo hace más te vale estar lejos de puro asco que da. Una vez la vi trincarse un puchero entero de garbanzos con chorizo. Claro que a media noche tuve que llamar a don Joaquín para que le remediara de alguna forma los vómitos y la diarrea que le produjo tanto garbanzo.

Veo a doña Luisa entrar por la puerta y la vida parece volver a

mi entropierna. Tan seria, tan educada, con esa cara avellanada tan blanca, y esos ojos que baja cuando le hablas, de pura virtud. Siempre lleva algún libro bajo el brazo que después lee esperando la comida, supongo que para no tener que hablar con nadie; y qué bien que hace, que en este pueblo a nadie veo a su altura. Saluda a don Luis por norma, y a don Faustino por obligación, y se sienta en su mesa con las rodillas muy juntas, pequeñas y puntiagudas, bisagra de muslos suaves y firmes pantorrillas, que no se las veo pero que se las imagino.

Me saluda tímidamente y yo me hago el ocupado, y después me acerco con la libreta en la mano aunque ya sé lo que va a comer.

—Buenos días, doña Luisa.

—Buenos sean Justo.

—¿Para comer supongo?

—Sí claro. ¿Qué tenemos hoy?

—Sopa de marisco muy rica, huevos con chistorra y natillas. A usted le puedo cambiar el segundo por merluza rebozada.

—Mejor, gracias.

—¿Le traigo un vasito de vino mientras?

—Muy amable.

Me adentro en la cocina con flojera en las rodillas. Esa mujer revuelve mis sentidos y me hace hervir la sangre. No sé explicar lo que es, pero consigue hincharme de tal forma que temo se me note palpar bajo el mandil. Tan formal, tan austera, con ese vestido gris y blanco que me limita y me hace ver lo imposible de mis deseos, me niega la esperanza de poder estrecharla algún día entre mis brazos y gozarla, y desquitarme con ella y en ella de este vacío que a veces me nubla hasta la vista.

Le sirvo un vino fresco en vaso ancho y enfrío mi calentura en él. La mantengo dentro un rato, a pesar del frescor la noto hincharse, no se

endurece pero engorda. Observó furtivo cómo doña Luisa acerca el vaso lentamente a sus labios y bebe. Creo notar su boca húmeda y fresca en mi verga; enloquezco, y tengo que contenerme para no inundar de leche los calzoncillos.

Don Luis mira hacia el mostrador (lo hace mientras bebe del vaso de vino donde he escupido). Todos los domingos, cuando viene a comer, le dirige dos o tres miradas furtivas, y se queda como ido, con los ojos huecos clavados en el tocadiscos. Alguna vez se ha acercado y me ha parecido que lo tocaba, sin atreverse a abrirlo. El muy cerdo se morirá sin comprobar si era el mismo que había en aquella pensión de Valladolid, el mismo al que alcanzó una bala rebotada. Gozo con mi osadía, con la ofensa de mantener su recuerdo vivo ... y sus cuernos. Disfruto viendo cómo se le encoge el corazón, y cómo su mente (su podrida conciencia) se le revuelve, aunque sea tan solo una vez a la semana. Ahora mira hacia aquí, le veo de reajo, está impaciente por llenar su abultado vientre, pero le haré esperar un poco más: ese puro es mortal con el estómago vacío.

Acaba de entrar don Cosme y la puta de su mujer. El pobre desgraciado parece no darse cuenta de cómo mira ella hacia la mesa de don Luis, y de cómo éste y don Joaquín le dirigen una clara sonrisa de complicidad. Doña Adela es una mujerona de aspecto apetecible a pesar de su más de medio siglo: fuertes pantorrillas, andar erguido, generoso pecho y un tremendo pero moldeado trasero, marcado por una falda tan estrecha que apenas le deja andar, y que me pregunto cómo no le quita el resuello. Su cara es una máscara, la reconozco por sus pinturas, pero no logro reconocer ningún rostro debajo de ellas. Don Cosme es el dueño de la tienda de ultramarinos, y aunque anda bien de dinero, pareciera que tuviera "un cocodrilo en el bolsillo", razón por la que su mujer, aunque no de oficio pero sí por afición y lucro, anda por ahí de cama en cama buscando cuartos para sus gastos, que

deben ser muchos a juzgar por su buena disposición. Don Cosme debió conocerla en Valladolid, en uno de sus viajes a la capital por asuntos de negocios, y se casó con ella hará unos seis o siete años; y no sé si ya la conoció puta o le salió rana después.

Don Cosme levanta la mano y reclama mi presencia.

—Buenos días don Cosme, y señora.

—Buenos días Justo.

—¿Qué les pongo?

—Pues para comer, pero algo ligero.

Parece no recordar que sirvo menú, se lo explico y tomo nota. Piden el completo y doña Adela me puntualiza que quiere los huevos y la chistorra poco hechos, "... porque si no, no me saben a nada", me dice la muy zorra. Desde arriba veo su generoso escote, el canalillo entre sus dos rotundas tetas; las miro de soslayo y se me pone gorda. Mientras termino de anotar la bebida se endurece la carne de la misma manera que lo hizo aquella noche cuando ella entró, poco antes de cerrar, y se apoyó en la barra: "Ponme una copa Rodrigo", me dijo. No sé por qué me llamó así, supongo que sería el nombre del tipo que venía de follarse esa noche. Su mirada anegada en alcohol me invitaba a su carne. Yo llevaba poco casado con la Carmen, y por entonces tenía las necesidades bien cubiertas; pero aquella mujerona, generosa y carnal, se me ofrecía descaradamente detrás de la barra. "Pon otra copa"; "en seguida", le contesté; "no tengo para pagarte", susurró ella haciendo un mohín, "bueno, ya veremos", y le serví otro güisqui hasta el borde. Fue el puro instinto el que llenó mi carne de sangre, y fue él, quien hizo que me bajara la cremallera y pusiera mi miembro congestionado sobre el mostrador, delante de ella, observando cómo se terminaba su copa. "Paga", concluí rotundo. Fuera, recuerdo, había comenzado a llover.

He servido las sopas al cacique de don Luis y compañía. Las

puse hirviendo y con su correspondiente salivazo, eso que no falte, no sea que lo echen de menos. Ahora preparo la de doña Luisa: bien cumplida de gambas y de chirlas, caliente lo justo, que bien la he probado con "mi termómetro". Cuando la tenía dentro de la sopa, por el ventanuco que da a la barra, la he mirado y he disimulado como si estuviera faenando. El tímido "sol de uñas" que hace hoy (que aunque poco caliente, ya anima a salir de casa) le estaba iluminando el rostro y parecía de oro, de puro hermoso. Y cuanto más la miraba, más se me hinchaban las ganas, y con el calorcito más aún. Y la he tenido un buen rato dentro, jugando con las gambitas y con el arroz, con el plato un poco volcado para tenerla más cubierta y quede la sopa más condimentada, que así sé que le gusta más.

De repente se me viene Marta a los sesos, y la veo con claridad. Quizá sea porque cuando las ganas se me colman la razón se me ordena y busca sus buenos momentos, que aunque breves, bien que los hubo. "Pensión Paraíso" se llamaba nuestro nido, nombre de bolero como ella decía, nombre de burdel decía yo. No sé por qué se fijó en mí. Yo a ella la tenía más que vista: trabajaba todo el día como bracero en las cuadras de su marido y no se me había pasado por alto. Entonces me sentía más destinado a la lástima que al deseo, pero el destino es caprichoso y cicatero, y me mostró, por una vez en mi vida, un dulce de caramelo, o eso creí entonces. "No te laves, me gusta el olor a caballo de tu entrepierna", —me decía desvestiéndose con la urgencia del momento—. En la memoria tengo grabado el olor de su piel, un olor fuerte de mujer de una vez, su tacto duro y suave, y las grietas de sus pezones, que nunca caté unos de mejor sabor. Había un cuadro sobre la cómoda, un cuadro grande y grosero, con un enorme ciervo abatido por una partida de perros; siempre lo miraba cuando ella andaba por mis bajos, me distraía y retrasaba el momento, que todo truco es válido cuando se jode con una mujer como aquella, una mujer capaz de convertir a los niños en hombres

y a los hombres en niños. "¿Te gusta?", —balbuceaba levantando un poco los ojos con mi carne hinchada entre sus labios—; yo siempre asentía con la mirada fija en los ojos del podenco blanco y negro que clavaba sus mandíbulas en el cuello del pobre animal.

Que no es la felicidad el estado natural del hombre es sabido, pero que lo sea la desdicha, no deja de ser una putada.

¿Cuántas noches compartí con ella: veinte, treinta..., cien?: sólo siete. Siete encuentros, siete noches, siete momentos felices; es muy poco para que sean el sustento de lo que me queda de vida. Demasiado poco incluso para un hombre como yo que con poco se conforma, que no le pide a la vida más que tranquilidad, y que cuando la noche cubre la franqueza del día, lo único que quiere es descansar en la cama compartiendo unos ronquidos broncos y ahogados, antes que unos jadeos sazonados de saliva agria.

He servido los segundos platos y, mientras friego los primeros (que el negocio no da para tanta vajilla), me divierte ver a don Luis mojando pan en los huevos que ha puesto la Dorita inspirada por el bueno de Azaña, y me contengo la risa cuando le veo comer la chistorra: la trocea en cachos muy pequeños, como para que le dure más, y saborea cada uno de ellos durante minutos; le encanta, siempre me lo dice, "no sé de dónde sacas una chistorra tan rica", "secreto de cocina", le digo, y él insiste varias veces; pero cómo decirle que el secreto no es de dónde la saco, sino en dónde me la meto.

Pocas satisfacciones me van quedando (y menos desde que me casé con la Carmen), una de ellas es esta venganza, sucia y ruin, éstas ofensas cobardes y tristes, dignas de alguien que, como yo, ha perdido lo poco que tenía de hombre; la otra la tengo ahora entre mis manos chorreando natillas, las mismas que espera la puta de doña Adela. Ando tan caliente que me tengo que quitar las ganas de alguna forma antes de subir arriba: si tengo que follar con ella que sea sin deseo alguno. Alguien se acerca a la cocina y me la tengo

que meter en la bragueta toda pringada. Disimulo: es la Carmen.

—Justo, cuando subas después de recoger, llevas un poco de orujo, ya sabes que me ayuda a dormir y hoy no tengo el cuerpo nada católico. Ah, por cierto ¿Sabes a quién he visto?

—No (al alcalde pedazo de guarra).

—Al alcalde.

—¿Sí? Buen hombre.

—Muy bueno.

¿Qué nos impulsa a la maldad? ¿Qué extraño bicho nos pica y nos transforma? Fue ella la que me buscó cuando enviudó, ella fue la que me metió en su cama para que calmara esas ansias tuyas que nunca aplaqué y que temo tenga siempre. Para mi desgracia yo no tuve más que asentir: asentir a la boda, asentir con el bar, asentir a follarla cada noche de cada día de cada año. ¿Por qué busca torturarme ahora con los cuernos? Pensará que me hace daño acostándose con el alcalde los domingos. Pobre estúpida.

—Bueno, ya sabes, ¡la botellita, eh!

Sé que anda entre mis cosas cuando yo no estoy, busca restos de recuerdos. Que las mujeres son muy raras y la Carmen más. Sé cuánto le jode pensar que hubo una mujer en mi vida que me caló las entrañas; que aunque yo nada le dije (ni le diré, cómo podría), ella siempre lo supo. No tuvo mas que mirarme a los ojos para saberlo, que es en los ojos donde se nos marcan las cicatrices del corazón, y las mías son tan claras y profundas como surcos de arado. Y buscó cada día durante los primeros años (que ya no busca sino hacerme daño) y, como don Luis, lo tiene delante de sus narices y nunca lo vio. La muy necia sólo sabe decir que son florecillas lo que adorna la caja, y yo me divierto tocándolo, acariciándolo delante de ella, y de él, y notando en mis dedos algo más que madera y hierro.

Vaya, ya me he ido otra vez en imaginaciones y no me he

enterado que don Cosme me pide la cuenta con el brazo en alto.

—Dígame don Cosme.

—La cuenta Justo, que nos vamos.

—¿No quieren café? —sugiero siguiendo con la mirada el canalillo del escote de doña Adela.

—No gracias.

—Lo decía porque va incluido en el menú, y sería una pena...
—comento distraído sin quitar ojo a los grandes globos de carne viva.

—Bueno, trae dos con leche.

—Dos con leche... desde luego.

Me agarro la tranca tras el mostrador. Al llegar a la cocina la saco y la enfrió en las natillas de doña Luisa. Llevan mucho huevo para que estén bien espesas, como le gustan a ella, "que casi se puedan cortar" me dijo un día. La veo leer esperando el postre. No me cuesta mucho imaginar cómo serán sus carnes. Aunque los hábitos bien que las cubren, las creo blancas y suaves como el raso, y aromáticas; y sus pechitos, menudos y cálidos como nidos de golondrinas, y sabrosos. Siento su sexo estrecho y novicio. Y sueño con su boca entreabierta bajo la mía pidiéndome que la bese mientras la poseo. Puta vida la mía: casadas con Dios o con el Diablo, así es como encuentro a las mujeres que me llenan. Oigo un crujido, un lamento, y me derrumbo en la mesa aún tembloroso, desahogándome sobre el plato.

Recompongo las natillas, lo mezclo bien todo, y hasta las adorno con un par de barquillos que agradeceré ver comer.

—Sus natillas.

—Gracias Justo, y vaya trayendo la cuenta cuando pueda.

—No hay prisa.

Ha llegado la tempranera noche y el bar, como siempre a estas horas, se ha quedado vacío. Hace rato que recogí las mesas, fregué los platos

y tiré la basura, también apagué el luminoso y bajé el cierre; que al Lucas siempre le da por aparecer cuando menos se le espera. Hago por que el tiempo pase tomando una cerveza desbravada y fumando la colilla de doña Adela, (que el tabaco me lo prohibió la Carmen) que aunque don Luis se dejó el segundo puro casi entero, a la colilla le saco mejor sabor.

Abro el tocadiscos. Aún esta puesto el disco que sonaba aquella noche en que yo llegué tarde. ¿Por qué no esperó? ¿Por qué la mató a ella y no esperó para matar a su amante? Qué confusas son las cabezas de los hombres, y qué difícil es descifrar sus razones. Quizá su orgullo de hombre no hubiera podido soportar saber que era su mozo de cuadra el que gozaba a su mujer, y prefiriera vivir con el engaño de la duda que reventar con la dureza de la verdad. Es posible que don Luis, en el fondo, sea tan cobarde como yo.

Con la cabeza entre las piernas de la Carmen, hundido todavía más en la rutina, espero la llegada de un nuevo día. Y lamiendo (resignado como un perro) su maloliente coño, mi nariz me recuerda que olvidé, de nuevo, limpiar el retrete.

3 EL MES DE LOS CARACOLES

Los andenes atestados. El calor artificial que sube de las vías, trepa las paredes de ladrillos, escala hasta la bóveda oscura de la estación.

Llega un tren.

Un viernes como otro cualquiera en una estación. La sala de espera, con amplias puertas de cristal, le trae confusos recuerdos. Le cuesta concretar detalles. Lo único que sabe es que se siente bien, muy bien. Solamente lleva una pequeña bolsa de viaje en una mano y el periódico de la mañana en la otra. Aún no sabe por qué lo compró, nunca pudo leer en los trenes. Quizá lo hizo porque sus manos vacías no le gustaban, por eso el periódico; su corazón vacío tampoco, por ello quizá, este viaje.

—Billetes por favor... gracias.

—Señor, ¿su billete?

—Está dormido.

—¡Eh, eh, despierte!

—¡Vaya sueño que tiene usted!

—Perdone, me había quedado traspuesto.

—¿Me enseña su billete por favor?

—Desde luego.

Y fue sacando el billete cuidadosamente guardado en el interior de su cartera. Un billete de 1ª, vagón 6, asiento 62, un billete amarillo y gris... sólo de ida. Para el revisor fue uno más a picar. Para el viajero, aquella perforación triangular, representaba que ya no había retorno.

Notó cómo el sudor recorría su cuerpo y empapaba su ropa. Le dolían todas las articulaciones y, además, esas constantes ganas de orinar.

—Disculpe, ¿me permite pasar?

—¡Otra vez! Desde luego usted no para —espetó la señora sentada a su izquierda mirando a un público que compartía su opinión.

—Necesito salir un momento, lo siento —respondió él atravesando una alambrada de piernas con pocas intenciones de colaborar en su huida.

—¿No se encuentra bien? A ver si ha cogido frío y se le ha enfriado la vejiga —dijo la señora que vestía un traje negro con rayas amarillas y llevaba unas gruesas gafas de concha negras—. Mi marido era muy propenso a coger frío de joven, y ya de mayor, con la próstata, no paraba quieto: todo el rato con el grifo abierto.

—No, no es nada de eso —responde el viajero chirriando la mentira al salir—, necesito estirar un poco las piernas.

—¿Quiere que avise al revisor para que le acompañe? —continúa la señora con aspecto de avispa, dejando una pregunta en el aire sin la menor intención de que se materialice en acto, con la esperanza de que continúe etérea y se pierda, al fin, absorbida por sus narices.

—No necesito nada, gracias —concluye, sin girarse, saliendo del vagón. Camino del servicio repite su última frase "no necesito nada", y cuanto más lo hace más urgencia siente su vejiga, y amarrado a su entrepierna comprueba su fragilidad y la temperatura de su orín. Tardó bastante en volver a su asiento; esperó en el pasillo, frente a la ventanilla abierta, a que se le secara un poco el pantalón.

A través del cristal el viajero busca el recuerdo de unos paisajes que pasaron, en el mismo sitio y a idéntica velocidad, por delante de sus ojos. Fija la mirada en la imagen del otro lado del vidrio y comprueba

que, hasta donde llega su memoria, todos los recuerdos de todos los viajes de su vida tenían el mismo paisaje.

—¿Podría bajar la ventanilla? La niña se marea un poco, y con el fresquito del aire sin embargo me hace el viaje fenomenal —le zumba la avispa acercándosele mucho al oído, como tratando de superar una supuesta deficiencia auditiva en su interlocutor.

Sin contestar, el viajero, se levanta y actúa sobre el cristal, que con un chirrido agudo desciende trabajosamente: obligado. Luego se sienta y mira a la hija de la avispa; la niña/mujer le descubre y le observa por un instante, hasta que encuentra en su camino los ojos acuosos de la vejez y se retira dulcemente para perder su mirada en dirección al pasillo.

La avispa abre su bolso y un olor a tortilla de patata invade el vagón. La tarde empieza a caer.

Un brusco vaivén le saca del sueño y, en su despertar de boca pastosa y ojos entornados, comprueba cómo la luz entra por todas partes despidiéndose. Mira a su alrededor y nada ha cambiado: el señor adicto a las novelas del oeste, la avispa, su hija y la señora de mediana edad vestida como quien se quiere poco. Todo permanece igual, a excepción de la animada conversación que se ha entablado entre las dos señoras, con la niña en medio evitando los salpicones de saliva con las manos, y las palabras con unos pequeños auriculares que taponan sus oídos y le proporcionan, con el volumen muy alto, unos momentos muy cercanos a la felicidad.

La señora vestida por su enemigo escucha atenta las verdades de la vida que la avispa le expone con tanta soltura como abundancia. Los temas cambian con la facilidad de un guiño y ninguno escapa a su análisis. El viajero prefiere permanecer algún tiempo más ausente y, simulando no haber despertado de la siesta, observa, tras unos párpados a media asta, la imagen de una niña/mujer cargada de recuerdos. La mira y ve cómo danzan sus piernas

morenas y duras, sin vibraciones, al son de las chispas de sus ojos. Y sigue metódico el recorrido de la mirada de la chica: ve cómo atraviesa el vagón y la conversación y llega, algo tamizada, a los ojos de un joven alto y cetrino de claro aspecto moruno que, al otro lado de la puerta, en el pasillo, la recibe con la sonrisa del instinto.

—Los chicos de ahora...¡Si usted supiera...! Son todos basura —la paradoja saca al viajero de su éxtasis, y lo devuelve a la realidad produciéndole un claro desorden en los latidos de su corazón—. Su meta es divertirse —continúa la avispa adoctrinando a la señora de mediana edad en general, y al resto en particular—, a costa de sus padres claro. Han perdido los valores más elementales, no tienen metas. Vagan por la vida sin otro fin que ellos mismos, enarbolando la bandera de la indiferencia y sus genitales, con perdón, como único estandarte. ¿Y qué buscan en las chicas? Una sola cosa —endurece el tono de la voz al tiempo que alza una mano con el dedo índice tieso, ferroso— : gozar con ellas, sin más —concluye echándose hacia atrás moviendo la cabeza y el morro fruncido hasta casi desaparecer con el gesto de haber realizado la respuesta del millón. La señora de mediana edad y ropaje indeterminado, asiente con la cabeza algo asustada.

—Mi niña es muy lista —continúa la avispa tras una breve pausa para tomar aire—, ella sólo piensa en sus estudios. Ya tendrá tiempo de encontrar un buen chico y casarse.

El viajero recuesta la cabeza y se diluye en la imagen de la chica y su inocente juego de seducción con el árabe. Trata de adivinar lo que pasa por su cabeza, pero hasta que ella no se gira y en su recorrido fija la mirada sobre la del viajero, éste no comprueba que los pensamientos de ambos se hallan tan lejos que casi llegan a confundirse, y por primera vez en mucho tiempo cree oír el sonido sordo de la tela de su pantalón al ceder a una erección.

—Y qué me dice usted de la cantidad de enfermedades que hay hoy en día —retoma la conversación la avispa después de un paréntesis reflexivo—. Y no es que diga una que puede estar tranquila por ser decente y no andar por ahí de cama en cama. Que yo lo del contagio no lo tengo muy claro —hace una pausa mientras niega con la cabeza y frunce el morro—, nada claro.

—Diga usted que sí —interviene la madura señora por primera vez, con la urgencia y el entusiasmo de quien ha encontrado un alma gemela—, yo tampoco me fío ni un pelo. Aparte de lo que dicen, tomo mis propias precauciones. Cada vez que tengo que entrar en un servicio público, cuando no tengo más remedio claro, ¿sabe qué hago?

La avispa se encoge de hombros con los ojos muy abiertos inclinándose hacia delante dispuesta a recibir la respuesta como el maná. El cowboy lector mantiene la novela a un palmo de sus narices, con la cabeza algo ladeada lleva rato sin pasar una hoja.

—Pues con mucho cuidado, me subo y lo hago en cuclillas —concluye bajando mucho la voz.

—¿Cómo? —cuestiona defraudada la avispa por no comprender a la primera.

—En cuclillas, subida ¿entiende?, con los pies en la taza y agarrada a la cisterna. Es lo más seguro, algo incómodo pero yo aún estoy ágil —responde satisfecha.

—¡Ah, ya! Subida, claro, para no tocar, sí, sí, comprendo, y nada de salpicones —dice la avispa con la intención en los ojos de probarlo cuanto antes—. Toda precaución es válida, diga usted que sí.

El viajero ha seguido furtivamente la conversación, y por un momento se ha olvidado de sí mismo, de su viaje, su destino y de todo, y se siente bien. Mira a la señora de mediana edad cómo estira su falda

obsesivamente, tratando de alargar unos milímetros más la tela para cubrir su pudor, y aunque difícil ve posibilidades en ella. Entorna los ojos hasta que los cuerpos van desfigurándose y convirtiéndose en manchas de colores. Presiona suavemente sus sienes con la yema de los dedos, fijando su mirada en el color verde de las paredes, y comprueba cómo poco a poco empieza a producirse el prodigio, y sonríe al ver que un soldado se materializa en el vagón. Todos le miran menos la señora de mediana edad. Coloca su petate sobre el compartimento portaequipajes y se sienta sin mediar palabra. Transcurren algunos minutos antes de que el joven saque un cigarrillo de su camisa caqui y lo encienda.

—Disculpe, pero no se puede fumar aquí dentro. ¿No ha visto el cartel? —le increpa la madura señora.

Sin responder, el joven la mira y da una larga calada con los ojos entornados y la cabeza vencida hacia atrás: recreándose.

—Me tranquiliza, me apaga los instintos —susurra el soldado soltando lentamente el humo sobre su cara—. Y a ti... ¿qué te calma?

Surge la señora de una nube de humo con los ojos llorosos y la tez blanca. No responde.

—No estás mal para tus años —continúa el soldado con una media sonrisa picarona—. Nada mal.

A continuación tira el cigarro, que sigue ardiendo en el suelo, y acerca su cara a la de ella sin levantarse del asiento. La señora, paralizada hasta la respiración, le mira con el labio inferior desprendido, y no pestañea aun cuando el joven deja resbalar la mano por su escote.

—¿Sabes lo que me tranquiliza también?

—...

—Vamos, trata de imaginar.

—No sé —acierta a contestar la señora mientras contempla

confundida cómo sus pechos, fuera del sostén, se tensan bajo las manos ágiles del soldado.

—Que me la chupen.

Lentamente el soldado se levanta y abandona los senos anacarados entre un oleaje de tela, quedando desamparados con un temblor de carne abierta. Desde su posición de sentada, sus pequeños ojos repintados le miran para después cerrarse en un gesto de sumisión y entrega.

El soldado va desabrochándose el cinturón. Después, poco a poco, los botones de la bragueta, hasta que el pantalón resbala hacia los tobillos ayudado por un sugerente movimiento de caderas. Los demás ocupantes del vagón no prestan atención a la escena. La señora y su hija meriendan unos bocadillos de tortilla con sendas botellitas de agua mineral, y el señor de la derecha vive sumergido en la polvorienta lectura de su novela del oeste. Entre tanto, la señora de cumplidos años y cada vez menos ropas, recoge nerviosa la camisa caqui y la anuda por encima del ombligo del joven recluta el cual sigue contoneándose y bamboleando de un lado a otro un badajo que le cuelga más allá de medio muslo.

—Vamos, tranquilízame, he tirado el cigarro, es justo, ¿no?

Antes de que termine de hablar ya tiene su polla en la boca. Lame aquel miembro con la intención de proporcionarle la dureza de los sueños. Hunde el glande lustroso y soberbio una y otra vez en su boca todo lo que puede, y comprueba cómo éste va adquiriendo proporciones descomunales bajo su influencia. De vez en cuando para y traga saliva, se suena los mocos con un pañuelo que después guarda en la manga de su rebeca y respira hondo antes de precipitarse de nuevo sobre su bastión de carne viva. El joven resopla entre estrofa y estrofa de un bolero cantado con más voluntad que oído:

*Soy tu refugio de amor
mis besos, yo te daré
Haré lo que quieras tú

mi dulce querer*

De pronto el joven se detiene, deja de cantar y da un tirón hacia atrás con los riñones, sacando de golpe la polla de la boca de la señora.

—Ya está bien de chupar. Ahora a meter.

La mujer queda sorprendida, inclinada y dispuesta, con la boca ahuecada y brillante unida a la torre por un puente colgante de saliva.

Tras unos torpes y cómicos ensayos, se ha situado encima del soldado, que sentado junto a la ventanilla ha retomado los versos donde los había dejado:

No me vayas a engañar
di la verdad, di lo justo
a lo mejor yo te gusto, y quizás

sea bien para los dos

En cuclillas sobre el asiento, sube y baja empalada por una verga inmensa de un color rojo vivo. Aferrada al respaldo para mantener el equilibrio, la otoñal señora pugna por introducir toda la carne en el horno, dando pequeños brincos sobre la verticalidad de la tranca del soldado.

La señora que viaja con su hija mira de reojo por primera vez a los amantes y, en voz tan baja como puede, le dice a su hija: "ves, en cuclillas, sin apoyarse, toda precaución es válida".

El negro y peludo coño contrasta con el par de blancuzcos y fofos muslos y la rojiza polla del soldado. En un instante los contornos se desdibujan y el litoral de las carnes se inunda de luz fluorescente. Pronto toda

la escena es ocupada sólo por colores y un penetrante olor a tortilla de patata.

"Próxima parada Ávila". La megafonía resuena en su cerebro y alterándolo lo ordena, y recibe de sus ojos la información correcta de un vagón sumido en el tedio de sus propios ocupantes. Se encuentra satisfecho y ufano y no puede reprimir una sonrisa fresca y sostenida de adolescente cuando observa cómo la señora de mediana edad se levanta y dice: "Voy al vagón/bar, tengo la garganta seca".

Otra vez el mareo. Se le nubla la vista, se le derriten las mejillas y las orejas, se le rompen todos los huesos del cráneo, y las cejas caen sobre sus ojos e intentan taparlos para siempre. Otra vez esa maldita señal. Que no se den cuenta, que no le vean temblar. Ha de sujetarse esa mano, así, al bolsillo. Ya se le va pasando, no ha sido nada; aquella vez fue peor, cuando se cayó y se rompió una ceja: todos odiosamente amables. Cuatro puntos y dos días en el hospital, en observación: "está usted hecho un chaval, le hemos analizado hasta el carnet de identidad. Todavía tiene que dar mucha guerra", era lo que le oía decir constantemente al cretino del médico que lo único que conseguía era ponerle peor. Fue hace dos años de aquello, su mujer hacía uno que había muerto.

Una hora escasa. La llegada estaba prevista para las diez y media. Sería de noche, estaría oscuro cuando bajara del tren. Todo lo tenía calculado. Pensaba que así estaría más protegido, aunque no estaba seguro de qué.

Bajó del tren titubeando, con la pequeña maleta en una mano y la otra aferrada a la barandilla. El periódico quedó olvidado en el vagón. Le temblaban las piernas, era una sensación que casi había olvidado. No era nada nuevo, le pasaba siempre que iba a verla, y en ese momento, y a pesar del tiempo transcurrido, la recordó; era algo que había intentado evitar durante todo el viaje. Quería haberlo hecho en el momento oportuno, pero no pudo, y a

medida que recorría la estación camino de la calle sintió cómo, poco a poco, se le iba encogiendo el corazón.

—¿Qué desea tomar el señor? —le pregunta el enjuto camarero secando los vasos con un trapo tan negro como sus ojos.

—Un café solo.

—¿Con leche?

—No, solo de soledad, sin acento.

—¿Cómo dice?

—Sin leche.

Y fue echando lentamente el azúcar, después de haber roto con cuidado el pico del sobre. Sólo puso la mitad, como siempre, y como siempre se tomó el café sin sacar la cucharilla de la taza. Le tembló mucho el pulso al dejarla sobre el plato; no como siempre.

—Me cobra, por favor.

Y le vino a la memoria la voz del joven camarero que le servía el desayuno cada mañana en el bar de enfrente de la tienda de su padre, "son seis pesetas, señor Garduña".

—Ciento veinticinco.

Extrajo la cartera del bolsillo interior de su chaqueta. Una cartera de piel marrón, descolorida y agrietada por los años, que retenía ya su contenido a duras penas. La miró y acarició el cuero durante unos instantes antes de sacar un billete para pagar.

"Siento el retraso, pero no sabía que comprarte. Después de darle muchas vueltas me decidí por esto, es algo que siempre podrás llevar contigo."

No sabe aún por qué la dejó, o no quiere saberlo. Intentó creer que su mujer y su trabajo harían que la olvidara, y en cierto modo lo consiguieron. Un próspero negocio fue el que le dejó su padre: dos tiendas de

ultramarinos que debería dirigir "...con autoridad y diligencia —como le decía— y dejarte de tonterías. Olvida tus viajes de fin de semana a Salamanca y piensa en sentar la cabeza". Unos consejos que no había podido olvidar jamás.

—¿A dónde? —pregunta una voz mezclada con otras tantas que hablan de fútbol a través de unos altavoces.

—A la calle Pardo Bazán.

—Eso está... —dice el taxista suspendiendo la frase en el aire mientras se rasca la cabeza y baja un poco el volumen de la radio.

—Cerca de Los Ovalles —dice el viajero desde la oscuridad del asiento trasero.

—Sí, ya se, ya —dice iluminado el taxista—. Lo siento, llevo aquí quince días. Me casé con una salmantina. Vengo de Madrid. ¿Y usted? —preguntó apagando la radio y soñando con una succulenta conversación que, la verdad, tenía pocas garantías de que se produjera.

—De más lejos.

No ha cambiado mucho, o quizá sea la noche la que le oculta todos los cambios. Ya no está el quiosco que había en aquella esquina, era verde, recuerda; y el vendedor, pequeño y nervioso, fue la primera persona en hacerle notar que no era un extraño en aquella ciudad, cuando un domingo por la mañana le dijo: "el ABC verdad". Bueno, fue la segunda.

"Quiero perderme en tu vida, formar parte de ella pero sin ser imprescindible. Estar y no estar. Que me esperes sin miedo, con la certeza de mi vuelta. Quiero estar en tu vida, fija pero inconstante". Le dijo, y él aceptó sin demasiada confianza, con la duda de que fuese verdad y la incredulidad de aquel que descubre un tesoro enterrado.

—¿A qué número?

—...

—Señor, ¿a qué número? —repite el taxista con una urgencia falseada.

—Perdone, al catorce.

Bajó trabajosamente del taxi. Sus años, sus recuerdos y su miedo le doblaban las rodillas. Se detuvo delante de un portal gris y negro con una gran puerta de cristal y respiró hondo. Los tiempos modernos habían adosado un portero automático en el costado izquierdo, el mismo en el que se apoyaba siempre esperando que ella sacara la llave de aquel bolso rojo con reflejos de luna llena.

Recordó su desnudez, su piel joven, su sexo joven, su inexperiencia. Sus movimientos torpes pero sinceros le trastornaron. En poco tiempo no existieron secretos para ella, llegó a conocer el cuerpo de él como el suyo propio. Nunca olvidó aquello, no en vano había vivido de esos recuerdos durante cuarenta años. Necesito tomar algo, pensó. Y cruzó la calle camino de un pequeño bar, con un pequeño anuncio de neón en el que ponía "Bar El Estudiante", en pequeño. Cruzó casi sin mirar, como huyendo, y entró con veinticinco años, con el paso firme y decidido, las manos rápidas y el corazón engañado. Miró tras la barra buscando aquel muñeco vestido de tuno que tanto odiaba, pero no lo encontró, en su lugar había un cartel que decía: "Se prohíbe cantar y bailar", nunca pensó que pudiera echar tanto de menos aquel infame muñeco.

—Envido a Grande.

—Paso.

—Y yo.

—A la Chica.

—Quiero.

Un reñido mus se mezclaba con el programa informativo de un transistor que había junto a la caja registradora y con el ¿qué deseaba?

rutinario del camarero.

—Un café solo.

—¿Algo para mojar?

—No. Solo.

Un pequeño corte y medio sobre vertido en la taza. Se gira hacia la puerta y ve su pasado cruzar la calle y entrar en el bar abrazado a un sueño de veinte años y grandes ojos negros. Su nariz, entonces, percibe el olor de la felicidad aunque no llega tan hondo como para embriagar su corazón y lo pierde para siempre mezclado con el aroma del café. Mira el fondo de la taza, aún queda azúcar: nunca le gustó demasiado lo dulce, a lo amargo se fue acostumbrando.

Al final creyó quererla. Fueron cuarenta años de matrimonio. Cuarenta años de armonía. Dos hijos, la mayor, Nuria, se casó y marchó con su marido a Roma iba ya para doce años. La pequeña nació en abril. Murió cuatro años más tarde de una neumonía mal curada. La llamaron Elena, él insistió en ello.

Fue un matrimonio vacío para ambos, en el que no cabía la sorpresa ni la pasión, pero una rutina diaria forzó un conocimiento mutuo basado en la necesidad de no estar solos, un conocimiento total. Una mañana de marzo ella regaba las plantas del balcón, se volvió y le miró; él supo entonces que ella se iba a morir: hasta ese punto se conocían. La enterró en el panteón familiar, junto a sus padres. Después de muchos años había podido comprárselo. Lo odiaba, ahora lo odia aún más. Vivió sin demasiados problemas económicos, heredó un negocio que le permitió vivir bien y que le aseguró el futuro; asegurar el futuro, tiene gracia.

—¿Alguna cosita más?

—¿Cómo dice?

—¿Alguna cosita más? —repitió el camarero abandonado a la

experiencia de una frase mil veces dicha.

—No, gracias. Bueno espere..., póngame un coñac.

Recorrió la estancia con una mirada imposible, y vio cómo la luz se iba debilitando a medida que pasaba el tiempo; creyó que ésta tenía la calidad de una llama de gas que por momentos se fuese apagando. La tenue luz inauguró un entorno nuevo forjado por su memoria. Salió a la calle con la cabeza derrumbada sobre sus hombros y, con la brusquedad con que aparece una tormenta de verano, se le borraron los veinticinco años de la piel y sintió el frío de los años malgastados.

Caminó calle abajo, sin mirar atrás, llevaba ya demasiado tiempo haciéndolo. Siguió andando hasta que un disco en rojo le detuvo. Miró al suelo y vio una sombra como una mancha bajo sus pies, la evitó. Paseó distraído unas cuantas calles. De pronto se detuvo, se notó cansado, vacío, ridículo. Se giró buscando algo y cuando al fin descubrió un banco libre se sintió más tranquilo.

Se fue sentando en lo que parecía un acto definitivo y mientras lo hacía apretó un papel en el bolsillo.

"...yo tampoco sé que pasaría si te viera de nuevo. No podría asegurarte nada. Supongo que si no lo hacemos no lo sabremos nunca. Piénsalo, yo estoy dispuesta a intentarlo, merece la pena. Tú decides".

Tiene su última carta en el bolsillo. Las demás las llevaba en la maleta que dejó olvidada en aquel bar.

Siempre pensó que las cartas eran un fin en sí mismas al margen de su contenido, que representaban un resguardo de existencia. Por eso conservó todos sus resguardos y estaba seguro de que ella habría hecho lo mismo. A menudo pensaba que aquello que escribimos o nos escriben, nos

sobrevive en el tiempo, y con la fuerza universal de las palabras nos arrincona en el espacio hasta hacernos desaparecer. A medida que pasaban los minutos iba experimentando cómo se desarrollaba el proceso por el cual aquellas pocas líneas escritas en papel cuadriculado envolvían su cuerpo de anciano y lo reducían intentando hacerlo desvanecer; y mientras una parte de él se minimizaba y perdía entidad la otra se afanaba por mantener un mínimo de volumen, de consistencia, suficiente para afrontar una última batalla contra su desintegración como hombre y como amante; y con un gesto solidario dirigido hacia sí mismo escupió en su mano y se la llevó a la entrepierna buscando su miembro desesperadamente dentro de la bragueta, entre los pliegues de la camisa, entre sus calzoncillos y, cuando al fin lo encontró, tocó la frialdad de la nada.

"...debemos intentarlo. Ven conmigo. Déjalo todo. Es abril, un buen mes para escapar. La semana que viene es mi cumpleaños. Es un buen mes para empezar algo nuevo. Lluve, sé que te gusta la lluvia, salen los caracoles, ¿recuerdas aquel con mi nombre pintado en su caparazón?: Elena, en azul..."

Trató de calentarlo, de sacarle el frío, de darle riego; y se perdió en recuerdos: "deseo los recodos de tu cuerpo y de tu alma, sus pliegues, sus perfiles. Toma mi sexo y dame el tuyo, bebamos el uno del otro. Disfrutemos de nuestros aromas, de nuestros sabores, antes de confundirnos el uno con el otro y desaparecer para siempre". Intenta perfilar los detalles, no le cuesta. "Así, sigue, no dejes ningún recodo de mi sexo sin lamer, recórrelo por dentro y por fuera como si fuera la última vez. Así, así, te amo". Y la mano era su mano, y las caricias eran sus caricias. Con la cabeza echada hacia atrás, con la mirada fija en las estrellas, fuerza la paranoia. Su cuerpo se disgrega,

se desmenuza bajo la influencia de las palabras escritas. Y su mano se ajena a su cuerpo y se va transformando, ya no es su mano, la que rodea el inerte pene, ahora es su boca, la boca intemporal de ella, con su calidez intemporal, la que rodea su recuerdo. Presiente un despertar, un quejido en su interior, una luz en su cerebro, o en lo que queda de él. Y la mano intenta imitar sus tiernos labios, su humedad, su textura, pero su miembro sigue perdido entre la cadencia de unos dedos temblorosos.

"...la semana que viene me marcho, ya esperé demasiado. Me mata tu ausencia. No puedo vivir en esta ciudad sin ti. Se feliz, yo lo intentaré. Te amo".

ELENA

Siente algo. Un bramido inunda su pene fofo y ausente. Su mente sigue volando: "Cabalga, vamos, así, continuaremos siempre así, muy juntos, tu sexo alrededor de mi sexo. Sigue así, siento mi vida entera correr hacia atrás. No te pares, vamos sube, baja, más aprisa, más despacio. Mírame a los ojos, veo tus ojos, son hermosos y sinceros, brillan, eres feliz. Ya llega, ya... llega". Y el viajero continúa mirando las estrellas con los ojos llenos de lágrimas desintegradas mientras su mano cesa su inútil movimiento, y deja reposar para siempre su desmenuzado miembro sobre la bragueta entreabierta. Toma lentamente el pañuelo del bolsillo de la gabardina, llora callado y seca la meada del pantalón.

Había vuelto a una ciudad vacía, lo supo siempre, por eso se atrevió: sabía que ella ya no estaría. Cuando la dejó no tuvo tiempo de pensar en lo que hacía, y ahora ya no era tiempo de pensar en nada, sería tan absurdo e inútil como intentar rescatar un terrón de azúcar del café.

El viajero camina, intenta distraer su atención a base de vagas

miradas. Trata de sobrevivir a la noche, que con su oscuridad, hace más difícil distinguir las pupilas de la soledad.

4. UNA VEZ POR SEMANA

Los domingos todo cambiaba en casa de los Pérez. Al señor Pérez le gustaba levantarse tarde, y antes de hacerlo oía un poco la radio en la cama. Su mujer le preparaba el desayuno mientras él se duchaba con agua bien fría, para despejarse.

El señor Pérez acostumbraba a desayunar en la terraza cuando el tiempo lo permitía, y a pedirle a su mujer que se la meneara por debajo de la mesa; a lo que ésta accedía gustosa sin dejar de mirar hacia todas las ventanas de los edificios, siempre con una media sonrisa en los labios.

La ausencia de niños convertía la estancia en un lugar silencioso y ordenado, ideal para el descanso y la lectura. Y era, sentados en el sofá del salón, cuando el matrimonio Pérez agradecía más el no haber tenido hijos.

Tras la comida, y después del café, el señor Pérez se mostraba muy vulnerable. Medio adormilado, permitía que su esposa jugara con sus pelotas haciéndolas chocar una contra otra, a él le resultaba indiferente, pero consentía por ver a su mujer contenta.

A media tarde, tras una breve siesta sobre el sofá, el señor Pérez se desperezaba con la boca seca y la polla tiesa. Era entonces cuando su mujer (como todos los domingos) se hacía de rogar a la llamada de su esposo. Se le ponía más seca la boca y más dura la pija cuanto más tardaba. Ésta aparecía transcurrido un tiempo perfectamente medido y le tendía un vaso de agua fresquita. El señor Pérez se levantaba y bebía a grandes tragos dejando

que el agua inundara su boca y se desbordara por ambos lados, resbalando por su torso desnudo y salvando su abultado vientre, para terminar goteando sobre la superficie tensa del glande, refrescando así sus ganas. La señora Pérez observaba la escena y esperaba a que su marido terminara, y con gesto infantil, se disculpara por haber mojado un poco el suelo de madera. La señora Pérez se agachaba, y de rodillas, secaba expectante el agua derramada, ocasión que aprovechaba el señor Pérez para introducir la polla en la boca entreabierta de su mujer. El señor Pérez opinaba que el suelo debería quedar bien seco, sin humedad alguna, y la señora Pérez insistía una y otra vez restregando con la bayeta en un incesante movimiento circular al tiempo que su marido se afanaba por introducirle también los testículos en la boca.

Ni el señor Pérez ni su mujer se vestían los domingos. Andaban desnudos y en zapatillas durante todo el día, y sólo se cubrían con una bata si alguna visita inoportuna osaba alterar su armonía machacando el timbre de su puerta.

La señora Pérez, cuando daban las seis, se introducía en la cocina con la sana intención de sorprender a su marido con una succulenta tarta casera de nata y chocolate. El señor Pérez hacía como que no se enteraba, y permanecía en el salón releyendo las obras completas de San Juan de la Cruz y fumando la única pipa de tabaco que, por propia decisión y recomendación médica, tenía a bien de consumir una vez por semana. No pasaba más de media hora antes de que el señor Pérez, una vez calcinado el contenido de tabaco de su cachimba de caoba, se preguntara en voz alta por el paradero de su esposa. Siempre dejaba transcurrir unos minutos antes de levantarse y buscarla por toda la casa. El recorrido era rutinario: comenzaba con un rápido vistazo a la terraza, a la que el señor Pérez se asomaba con "La Llama de Amor Viva" tapándole los genitales; continuaba por el pasillo camino del dormitorio, trayecto que hacía musitando el nombre de su querida esposa. Una

vez en la habitación gritaba frases hechas que sabía eran del gusto de su mujer, y por un espacio nunca inferior a dos minutos, el señor Pérez chillaba cosas como: "¿Dónde está mi cerdita?" o "¡Vamos marranita, sal de tu agujero!" e incluso "¡Cuando te encuentre, puerquita mía, te voy a reventar el culo!". De la habitación pasaba, algo acalorado, al cuarto de baño, donde se refrescaba un poco y aprovechaba para echar una meada y peinar su ya escaso pelo cano. Cuando la señora Pérez era hallada por su marido, ésta mostraba sorpresa y él indignación. El intercambio de reproches duraba unos minutos, hasta que el señor Pérez descubría el pastel a medio terminar sobre la encimera. La señora Pérez sabía perfectamente lo que iba a suceder y acercaba con disimulo el tarro de chocolate líquido. El señor Pérez se deshacía en elogios y en predicciones sobre el exquisito resultado que depararía la tarta y era entonces cuando, con gesto travieso y pueril, introducía dos dedos a modo de cuchara en el tarro de chocolate y los sacaba colmados y titilantes. La señora Pérez le recriminaba y protestaba (durante no más de un minuto) por su glotonería, aunque bien sabía donde iría a para el chocolate en realidad. El señor Pérez sodomizaba a su mujer sobre la encimera, procurando no molestarla demasiado y que ésta pudiera terminar tan succulenta tarta. La señora Pérez sentía unas tremendas cosquillas cada vez que su marido bombeaba su polla untada de chocolate, pero se aguantaba la risa para no desconcentrarle.

La hora de la merienda era tranquila y relajada. Comían más de medio pastel y el resto prometían terminarlo en la cena, aunque siempre acababa en la basura. Sobre las siete y media jugaban una partida de cartas. El señor Pérez se servía una copa de oporto, y su mujer le acompañaba con unas gotitas de anís con agua. La partida transcurría acompasada por una música de cantos gregorianos hasta que, llegadas las ocho, el señor Pérez desaparecía debajo de la mesa con la excusa de recoger una carta caída. La señora Pérez sabía donde su marido buscaría la carta y le esperaba con las piernas bien

abiertas, contando distraída los puntos de su jugada. El señor Pérez lamía, durante no menos de diez minutos, la breva a su mujer, esperando el suspiro hondo y sonoro arriba de la mesa; tras oírlo salía trabajosamente y se volvía a sentar en la silla con el rostro congestionado, los pelos revueltos y la mirada turbia, mostrando la carta con la mano en alto: siempre el As de bastos. Su mujer, sin mirarlo, le recriminaba lo torpe que se estaba volviendo hasta para jugar a las cartas.

No gustaba de la televisión el matrimonio Pérez, y sólo se permitía una excepción los domingos por la tarde. La señora Pérez hacía como que no se enteraba cuando su marido introducía la cinta en el video y se acomodaba en el sillón de dos plazas color "azul anochecer" como decía su marido. El señor Pérez tomaba el mando a distancia en sincronía con su esposa que, casi al tiempo, apagaba la lámpara rinconera con pantalla color "azul amanecer" como ella decía, dejando el salón en una semioscuridad con sabor a años veinte y con olor a vinagre.

Ni el señor ni la señora Pérez mostraban sorpresa por las escenas que aparecían en pantalla, y permanecían inmóviles con la mirada fija en el televisor. Pasados unos veinte minutos, el señor Pérez comenzaba a manifestar claras muestras de entusiasmo con una trempada firme y consistente. Era en la escena de las dos chicas y el caballo cuando la señora Pérez se levantaba y colocaba cuidadosamente una pequeña toallita de mano sobre el sofá para evitar mojarlo: la señora Pérez era muy cuidadosa con el mobiliario de la casa. El señor Pérez asaltaba a su mujer justo en la escena en que tres poderosos mulatos se corrían en la cara de una jovencita de piel lechosa y grandes ojos verdes. La señora Pérez no podía contener la emoción cuando veía cómo, el mulato que tenía la polla más larga, lamía la cara pringosa de la chica y terminaba besándola en los labios: unas tímidas lágrimas resbalaban entonces por su rostro hasta más allá de la barbilla. El

señor Pérez, aprovechando la hinchazón del momento y la ternura de su mujer, ensartaba a ésta a lo perro sin quitar ojo de la pantalla y aguantaba la corrida hasta la escena de la meada; llegado el momento cerraba los ojos y se deshacía soñando que le cubría una lluvia de orines calientes y salados, para terminar con un llanto de felicidad sobre la espalda de su mujer.

El señor Pérez esperaba a que su mujer se metiera en la cocina a preparar la cena para darse entonces un baño caliente, a eso de las nueve, por espacio nunca inferior a media hora. La señora Pérez compensaba la ausencia de su marido con una berenjena untada de mantequilla que mantenía introducida en su vagina hasta que le oía salir del cuarto de baño. Tomaba gran cariño a las berenjenas, y las utilizaba durante varios domingos, sustituyéndolas por otras cuando su piel se arrugaba en exceso; entonces las troceaba con pena, y las preparaba rebozadas en huevo según una vieja receta familiar.

La cena discurría en silencio, y sólo de vez en cuando el señor Pérez se atrevía a levantar la vista del plato para observar el cuerpo derrumbado por los años de su mujer, un cuerpo violáceo de carnes blandas que le enardecía, sobre todo cuando ella hacía bambolear sus grandes tetas y ocasionalmente las introducía en el plato de sopa. El señor Pérez veía los pezones cuarteados y terrosos endurecerse al contacto con el calor y tomar un color más vivo y brillante. El señor Pérez se ponía a darle a la zambomba al ver los fideos pendiendo de los pechos mojados de su mujer y, cuando su polla estaba a punto de estallar, paraba y se levantaba con la servilleta para secárselos. Se detenía frente a ella con el miembro firme y húmedo mientras ésta se dejaba secar con la mirada distraída.

Nunca cruzaban palabra durante las cenas, sentían pronto el final del domingo y eso les entristecía.

Sobre las once y media la señora Pérez fregaba los platos con

un delantal de plástico transparente. El señor Pérez, detrás de ella, desplazaba la silla de la cocina con sumo cuidado para no ser descubierto y se subía a ésta con titánicos esfuerzos ayudándose en el pomo de la puerta, y mantenía el equilibrio apoyando una mano en el frigorífico al tiempo que con la otra se trabajaba el nabo. La señora Pérez sabía perfectamente lo que hacía su marido, pero disimulaba. Seguía fregando los platos y esperaba, sin girarse, aunque tuviera que lavarlos más de una vez. El señor Pérez, en acrobática postura, se esforzaba en la que sería sin duda la última satisfacción hasta el domingo siguiente y, con los ojos cerrados, meneaba un pene con más historia que consistencia. La señora Pérez no era capaz de evitar el emocionarse al oír cómo su marido gemía tras ella, pero permanecía quieta hasta que notaba el salpicón intermitente sobre su espalda. El señor Pérez, encorvado sobre la silla y con la ya breve picha entre sus dedos, contemplaba orgulloso y satisfecho cómo su hombría resbalaba, densa y abundante, por los cabellos plateados de su mujer; poco le importan ya los casi veinticinco minutos de esforzado equilibrio y lacerante tratamiento manual que le había costado eyacular por cuarta vez, un domingo más.

Los Pérez siempre se acostaban bien abrigados, incluso en verano: "a su edad no les conviene coger frío", fue lo que les dijo su médico de cabecera aquel día que aparecieron en la consulta con un constipado de caballo, "son ochenta y dos años, Don Luis, y su mujer le sigue de cerca, hay que cuidarse, que, como dicen en mi pueblo, están con la última muda puesta".

El señor Pérez apagaba la luz de la mesilla y desplomaba su cabeza sobre la almohada. La señora Pérez se había metido antes en la cama y ya roncaba, con un gorjeo ahogado e insistente. Era los domingos por la noche cuando el señor Pérez tardaba más en conciliar el sueño.

5. EL AÑO ESCOCÉS

Eran cerca de las ocho cuando, Carlos, salió de la ducha y encendió un cigarrillo con el aire displicente de quién se sueña elegido de los dioses. Llevaba el pelo a medio secar, y el flequillo ondulado se precipitaba sobre su rostro anguloso y bronceado, en un desorden estrictamente calculado. Con el albornoz sin abrochar se plantó ante el inmenso espejo que cubría buena parte de la pared del salón para comprobar, una vez más, el enorme parecido que tenía con el modelo del anuncio de su perfume favorito. Era viernes y el fin de semana no hacía más que empezar para él: "nena, prepárate", musitó en tono suave, y lanzó un beso que le fue devuelto por el espejo y le rozó los labios acariciando su vanidad. Tomó la correspondencia del aparador y se dejó caer sobre el butacón, dispuesto a ponerse al día con el correo acumulado de toda la semana. Entre los sobres, que contenían revistas de economía, de salud, de deporte, y dos ejemplares atrasados de la revista Atalaya, Carlos vio uno que separó inmediatamente. Una mueca de sorpresa se dibujó en su rostro de triunfador, y mientras respiraba dentro de una nube de humo opiáceo, rasgó el sobre con el pulgar teniendo cuidado de no afectar al remite.

Hola Carlos:

Te escribo por primera vez desde mi marcha a Escocia, hace ya ocho meses. No voy a disculparme, no es el momento. Te mando esta carta con la intención de liberar mi conciencia y de compartir contigo unos hechos que,

incluso a ti, te parecerán sorprendentes.

Incluyo mi, digamos, diario de a bordo; una selección de las notas que fui tomando durante mi estancia aquí. Espero seas discreto con su contenido una vez lo hayas leído. Relájate y tómate tiempo para hacerlo, te aseguro que lo merece.

Deseando que te encuentres bien, se despide tu amigo.

Carlos soltó las cuartillas sobre la mesa baja y se sirvió un whisky con mucho hielo. Se maldijo en voz alta por haber decidido revisar la correspondencia; la interferencia de Sabino no entraba en sus planes, y aunque deseaba saber de su vida, la lectura de una larga carta suya alteraría una noche de viernes perfectamente planificada. Paseó nervioso por el amplio salón con el vaso pendiendo de su mano derecha y el cigarro en la izquierda consumiéndose al mismo tiempo que su resistencia. No podía negar que lo que había leído atraía poderosamente su interés, pero transgredir la norma le jodía tanto como llevar ropa interior barata. Verónica le esperaba dentro de una hora para cenar: tenía reserva en el restaurante. Ella era una más de sus múltiples conquistas, "cincuenta kilos de carne de primera", como él llamaba a las chicas que le gustaban. La conoció en el gimnasio, hacía unos meses, y aunque le importaba tan poco como los problemas de hambre en el mundo, se veía obligado a los múltiples cumplidos, atenciones y regalos de un "perfecto caballero", obteniendo, a cambio, el premio a su sacrificio. A pesar de su "ya larga relación", no lograba acostumbrarse, y siempre le causaba una leve ansiedad el follar con ella, por eso llevaba todo el día soñando con inventariarle cada palmo de su piel sobre la alfombra persa del salón.

Conectó el CD y trató de olvidarse de Sabino convocando todos los sentidos en la difícil tarea de seguir un mambo de Celia Cruz. El salón se convirtió en una pista de baile improvisada y el espejo reflejaba la

imagen esquizoide de un bailarín de primera. Se quitó el albornoz sin dejar de cimbrar su cuerpo, y un pene agachado pero lustroso acompañó al conjunto en aquella danza onanista. "Verónica, cariño, mira lo que tengo para ti", dijo con voz meliflua, y agarrando su pene con dureza simuló el batir de las maracas, y al son de éstas se sumó el sordo pero rítmico sonido venéreo. Celia Cruz terminó y Carlos soltó una carne que ya empezaba a endurecerse. Los folios continuaban sobre la mesa baja; se sirvió un nuevo whisky y momentáneamente cedió a su influjo.

INTRODUCCIÓN

Todo empezó una mañana cuajada de nubes color plomo, el día treinta y siete desde mi llegada. Caminaba deprisa (con la misma intención de cada día para no llegar tarde al trabajo) cuando la vi por primera vez junto a la parada del autobús...

Carlos esperó tono y marcó.

EL ENCUENTRO

DÍA 37 DESDE MI LLEGADA. Hoy he visto, junto a la parada de autobús, a la futura madre de mis hijos. No es fácil describirla, tengo su impresión en mis retinas, y cuando cierro los ojos veo su figura en negativo, recortada sobre unos lienzos negros. Su mirada vendía a buen precio su cuerpo...

Empezó a sonar la señal en el auricular.

... y yo me sentí el único comprador en muchos kilómetros a la redonda. Desapareció en un autobús que no era el mío. Espero volver a verla

pronto. Siento una erección.

El teléfono sonó más de diez veces antes de que descolgaran al otro lado. Carlos, con la cabeza vencida, facilitaba la recepción de las últimas gotas de su vaso.

—¿Dígame?

—....

—¿Sí, dígame?

—Hola cariño, soy Carlos.

—¿Carlos?, ¿dónde estás? Deberías estar camino de mi casa. Teníamos una cita, ¿recuerdas?

—¡Oh!, sí cariño, disculpa pero... ha surgido un problema...

—¿Cómo?

—... un problema grave, muy grave Verónica. Deja que te cuente.

—Explícate.

—No te lo vas a creer, pero... tengo aquí a la... policía.

—¿Qué?

—No te preocupes, a mí no me pasa nada, ha sido a... a mi vecina, una ancianita muy simpática que vive enfrente.

—Pero si el piso de enfrente lleva vacío más de dos años. Tú me lo dijiste.

—Sí, estaba siempre vacío, o casi siempre, resulta que venía poco por aquí, ya sabes, la tenían sus hijos en el sur, en Málaga creo, más cálido el clima, y bueno...

—¿Bueno qué?

—... pues que la señora, por lo visto, estaba haciendo una tarta para sus hijos que venían hoy a verla, qué tierno ¿verdad?, y como se quedó

sin azúcar debió pensar: "voy a pedirle un poco al vecino", y ...

—¡Increíble!

—... cuando estaba en el salón, esperando que yo le trajera el azúcar de la cocina, pues ¡zas!

—¿¡Zas!?

—¡Zas!, se ha muerto.

—¿Cómo?

—Cayó redonda sobre mi alfombra persa. Y bueno, tuve que llamar a la policía. Por lo visto un ataque al corazón. No veas cómo tengo el piso, no hacen mas que hacer fotos y fotos, y claro, me han dicho que no me mueva de aquí hasta que...

—¡Carlos!

—¿Qué cariño?

—Eres un cretino.

—Pero Verónica, podemos quedar más tarde, ¿qué te parece a eso de las diez y media?

—¡Piérdete, y cuando te encuentres, te haces una paja a dos manos! Clic.

Se quedó durante unos instantes con el inalámbrico en la mano, mirándolo, después lo dejó sobre la mesa baja de mármol de Carrara y cristal. ¿Qué ha podido fallar?, pensó. Mueren miles de personas a diario de ataque al corazón, no es tan absurdo, se replicó en voz alta, con un tono mucho menos trabajado que el utilizado momentos antes.

Pasaron cinco minutos largos antes de que se levantara de su butacón italiano. Un CD de Sinatra ocupó el espacio vacío que había dejado Celia Cruz, y "La Voz" invadió el salón y atenuó el olor a superficialidad. Graduó el sonido perfectamente, incidiendo sobre tantos botones como cientos de miles de pesetas le había costado su equipo de música. Volvió sobre sus

pasos y se sentó buscando una postura cómoda y estable. Retomó la lectura de la carta, no sin antes servirse un cuarto whisky con poco hielo.

DÍA 40 DESDE MI LLEGADA. La he vuelto a ver. Estaba en el mismo sitio y a la misma hora. Me quedé junto a ella, paralizado, sólo mis ojos en un ejercicio de pericia por captar imágenes en una postura imposible han realizado alguna actividad. Vestía de color cereza, toda cereza, y le acompañaban, de nuevo, un par de lienzos en blanco. Quise hablar, decirle algo, pero creo que mis pelotas presionaban las cuerdas vocales y el único sonido que era capaz de emitir era el de mi propia saliva al ser tragada.

Son las cuatro y media de la mañana y aún no he podido conciliar el sueño.

DÍA 52 DESDE MI LLEGADA. Gran día. Son las doce y media de la noche y retomo mi diario después de varios días sin escribir nada en él. Hoy sucedió. Iba camino de la parada del autobús a la misma hora exacta, como venía haciendo las dos últimas semanas, cuando la volví a ver. Vestía totalmente de amarillo, me dije: "mala suerte" y fui en su dirección. Sus rasgados ojos azules, que casi desaparecían cuando sonreía, no paraban de observarme; al llegar a su altura los abandoné y los sustituí por el gris pétreo de la acera, que me pareció entonces extrañamente confortable y apaciguador de la fiebre que sufría mi entrepierna. Enmudecí de nuevo, fue ella la que habló: "me llamo Annette", dijo, "me gustaría que vinieras a mi casa este fin de semana, a mi familia le encantará que lo hagas, ya les he hablado de ti". Mis genitales, que habían tomado mi garganta al asalto, sólo me permitieron decir "bien". Anoté la dirección y se despidió dándome un beso en los labios.

Ya me he masturbado tres veces en lo que va de día.

DÍA 56 DESDE MI LLEGADA. Estoy en casa de Annette. Llegué esta tarde sobre las seis. Ella me esperaba en la parada del autobús y luego fuimos hasta la casa paseando bordeando los acantilados. Vive en una preciosa casa baja con el tejado de pizarra negra. Desde la ventana de mi habitación se puede ver el mar y los cortados. Durante la cena, Annette, me habló de su afición al arte, acude a diario a clase, quiere ser pintora. Sus padres parecen buena gente, y de su hermano, un año mayor que ella, aún no tengo formada una opinión.

Son las once y media y me dispongo a acostarme, mañana me han prometido un día repleto de actividades.

DÍA 57 DESDE MI LLEGADA. Día para no olvidar en mi vida. Anoche, poco después de cerrar mi diario y acostarme, apareció Annette. Mientras le preguntaba qué hacía metiéndose en mi cama ella susurró "es mi cuarto", y sonrió sacándome los calzoncillos con los dedos de los pies. "¿Y tus padres?", le pregunté al recibir el calor de sus manos por todo mi cuerpo. ¿Quieres que vengan?", respondió con una sonrisa picarona; casi no podía distinguir su rostro, pero sus labios húmedos dibujaron la mueca perfectamente. Observé cómo las curvas muy acentuadas de su cuerpo delimitaban con estética fotográfica lo que presentía una playa de dunas de sal. No quise preguntar más, y para una vez que mis pelotas ocupaban su lugar natural, decidí actuar; y fueron mis manos las que sustituyeron a las palabras, con virtuosos movimientos recorrieron aquel terreno de perfectas dimensiones, de altas colinas y dorados valles, un cuerpo finito en extensión pero infinito en posibilidades. Mi mano encontró su sexo y jugueteó con unos pequeños rizos que apenas lograban cubrir aquel delicioso accidente geográfico. Mi dedo anular recorrió su abertura hasta que notó que se humedecía, y penetró sin reparo en la cálida gruta. Fue entonces cuando sentí

una barrera natural y Annette brincó hacia atrás. Quedó de rodillas sobre la cama y su cuerpo se llenó de luz de luna. "Eso no", me dijo moviendo el dedo índice de un lado a otro como si se dirigiese a un niño, "aún no ha llegado su momento", continuó moviendo el dedo mientras el maderamen que sostenía mi sexo crujió, y creí notar su caída como si de un árbol talado se tratara. Quedé expectante, durante unos instantes sólo el ruido seco de mi miembro derrumbado y de mis pelotas a punto de estallar se oía en la habitación. Annette rompió el silencio y acercando su boca a mi oído musitó en castellano: "mis o-tross a-gu-je-ros son tu-yoss", con un precioso acento escocés.

Carlos se percató de que la colilla consumida, que tenía entre los dedos, estaba a punto de quemarle. La soltó en el cenicero y bebió del vaso de whisky hasta dejar en su interior unos titilantes hielos medio consumidos. Se levantó de su butaca y caminó de un lado a otro encendiendo otro cigarrillo; intentaba elaborar un diagnóstico. Se sirvió un nuevo whisky con hielo y sonrió. "No cabe duda, se ha enamorado", pensó, "¡está encoñado mas bien!", gritó a un público inexistente. "Algunos de los elementos no son del todo clásicos", continuó su reflexión, "pero ya nadie se sorprende de nada. Y las chicas, ¡Dios, no hay quien las comprenda!, la mayoría de las veces no sabes si quieren que te las folles hasta reventarlas, o ver contigo Sonrisas y Lágrimas con una gran bolsa de palomitas".

Los siete u ocho whiskys que había tomado empezaban a hacerle efecto, y los efluvios del alcohol comenzaron a acentuar su locuacidad y, cual líder expectante de masas, cuajó un monólogo sin destinatario.

"Sabino, gilipollas, te están tomando el pelo. La zorrита esa lo que quiere es divertirse contigo, pero sin que tu polla traspase la puerta de su decencia, ¡ja!, va a conservar su himen para un buen partido, ¡increíble! Veo

que de nada te han servido mis consejos, ¿recuerdas?, como cuando saliste con aquella chica belga, ésa que decía que se suicidaría si la dejabas: ¡un farol!, te lo advertí, todo mentira. No me creíste entonces, hasta que la llevé al Viaducto, sitio típico, informé, de gran tradición, predilecto de suicidas con vocación clásica. Aparte de vomitar, después de mirar hacia abajo, nada, no hizo nada. Luego me diste la razón con aquella gallega, que creías inaccesible y por la que lloraste más de una semana lágrimas de desamor, ¿recuerdas?; te dejé mi deportivo, y te la follaste aquella misma noche en el asiento trasero, ¡puag! de mal gusto".

De pronto se paró junto al equipo de música, suspiró profundamente como remarcando el final de una dura tarea, y barajó los CD, con la mirada perdida, intentando adivinar la música más adecuada para el momento. La decisión le llevó más de cinco minutos; se sirvió un Martini con limón y se dirigió hacia el inalámbrico.

R.E.M. comenzó a sonar.

—¿Verónica, estás ahí?

—....

Miró su reloj "aún hay tiempo", pensó.

—Verónica, por favor, contéstame. Te lo puedo explicar cariño.

—....

—Bueno, te explicaré igualmente. Fue un amigo, sabes, llevaba años sin saber nada de él y de pronto se presento en casa. Debí decirte la verdad. No sé por qué invente esa historia. Le dije que volviera mañana. Lo hice por ti. ¿Te imaginas?

—¡Qué detalle!

—¡Ah!, ya veo que lo entiendes. Me alegro. ¿Qué te parece si nos saltamos la cena y vienes a mi casa? Picamos algo, tomamos unas copas y... ya sabes, nos hacemos un especial.

—Carlos, mamón. Clic.

"Se va ablandando, bien", pensó mientras dejaba el inalámbrico y se rascaba pensativo los cojones. Cogió los folios y buscó con alguna dificultad debida a la nube etílica en la que flotaba; se empezó a inquietar al no hallar el punto a seguir: volvió atrás, de nuevo adelante, hasta que por fin lo encontró.

LAS REVELACIONES

DÍA 58 DESDE MI LLEGADA. Esta noche hice el amor con Annette, o más bien jodí como una bestia con ella. Escribo desde el porche de la casa. Todos están en el interior. Annette está pintando y su familia posa para ella. Ha prometido que esta noche, después de cenar, me enseñará alguno de sus cuadros. Siento vértigo al recordarla, al revivir lo que pasó esta noche: era una estructura compleja, constituida por extraños recovecos; no era de carne y hueso, parecía hecha de un material gelatinoso que se acoplaba perfectamente a mi cuerpo, que lo cubría y lo llevaba hasta el éxtasis. Era un compendio de curvas luminosas, cubiertas de sudor cristalino y olor venéreo, y de agujeros profundos, tan confortables como enloquecedores. Enseguida me di cuenta que no estaba a su altura y la dejé hacer, no pude otra cosa que consentir que me consumiera por completo. Esta noche he visto la esencia misma del follar por follar, el súmmum del polvo.

Annette se ha pasado cuchicheando con su familia toda la comida y me miraban de una forma extraña, con condescendencia, creo.

DÍA 59 DESDE MI LLEGADA. Ayer Annette me enseñó sus cuadros. Los expuso en el salón apoyados en sillas, contra las paredes y encima de los muebles. Su familia, sentada alrededor de la mesa, me observaba con suma atención, impacientes (pensé en ese momento y no me

equivocué) porque les diera mi opinión. No podían ocultar el orgullo que sentían en ese momento por su hija. Sus ojos brillaban, y sus manos inquietas mostraban un convulsivo nerviosismo. "Siempre se emocionan cuando muestro mis cuadros", dijo Annette, sentándose junto a mi. Luego, ante mi mutismo, me instó a que diera mi opinión. Yo estaba paralizado, mi vista recorría aquellos obscenos cuadros una y otra vez; registraba las imágenes y las enviaba a mi cerebro para que las analizara, pero este quedaba trabado a la hora de elaborar un juicio lógico. Annette insistió un par de veces más, hasta que, utilizando un registro que me pareció ajeno a mi voluntad, logré articular: "son tan bellos como perturbadores", con lo que ella y su familia estallaron en un júbilo largo rato retenido.

Aún me cuesta creer lo que vi: utilizando un soporte de lienzo y en técnica mixta, Annette mezclaba óleo sin rebajar, trabajado con paleta, y diversos elementos reales pegados al cuadro, la realización me pareció pobre, y el estilo ausente: el resultado de un pintor que no lo es. Los temas eran otra cosa, hacían olvidar, sin duda, las carencias artísticas: representaban a los distintos miembros de su familia realizando actos sexuales, entre ellos y con desconocidos. Todos eran tremendamente obscenos, pero uno de ellos me dejó helado: la escena representaba a su hermano, que desnudo y situado a cuatro patas sobre la cama, era sodomizado por su padre en una habitación roja y blanca. Pese a lo retorcido de la imagen, lo realmente sorprendente era su título: "Día de la Iniciación".

Debo estar volviéndome loco. Después de ver esas muestras de depravación e incesto que representaban los cuadros, nos hemos sentado a tomar café. Las pinturas permanecían en el mismo sitio, mientras les oía comentar, con toda naturalidad, detalles y anécdotas relacionadas con cada uno de ellos. Mi escocés sigue siendo pobre y sólo capté parte de la conversación que allí se entabló: la madre, en relación a un cuadro que

representaba una felación en la que ella y Mike, su hijo, eran protagonistas, comentó que éste se le había corrido en la boca más de seis veces antes de que Annette terminara el cuadro. Increíble. Continué sentado un buen rato hasta que el padre propuso tomar unas copas. Todos aceptamos (yo el primero) y entre risas y comentarios nos fuimos animando, ayudados sin duda por el alcohol. La locuacidad se multiplicó por diez, incluida la mía, y las bromas y risas tontas inundaron por completo la escena. De pronto me encontré extrañamente a gusto. Desde que llegué a esta casa era la primera vez que me sentía integrado en el entorno, en un contexto que se me antojaba irreal y mágico. Mi confort momentáneo dejó paso a una especie de ansiedad; me vi alterado, acelerado, excitado. Sin pensarlo dos veces me levanté (no sin alguna dificultad para mantener el equilibrio) y les dije, en un escocés más voluntarioso que preciso, que me iba a la cama. Me giré y guiñé un ojo a Annette al tiempo que me encaminaba hacia mi cuarto compartido. Oí entonces cómo la madre les decía que por qué no me quedaba. Yo me hice el distraído hasta que oí al padre decir a Annette: "¿crees que puede hacerlo?", y ella respondió: "claro, le pediré que vuelva".

Me invitó a que volviera y me sentara en el mismo butacón azul con motivos florales del que antes me había levantado. Accedí sin oponer objeción alguna, sin duda alentado por una curiosidad envuelta en los halos del alcohol. Presentí que llegaba el momento de la revelación. Aquello que se mostraba velado y absurdo, iba a tomar cuerpo. No debí esforzarme mucho en saber lo que allí pasaría, sólo era cuestión de tiempo que yo dejara de estar al margen. Hoy ha sido el comienzo de un nuevo compromiso.

No recuerdo con detalle cómo comenzó todo, no logro precisar el instante (a pesar de que sólo han pasado unas horas) en que Sally, la madre de Annette, comenzó a realizar una felación a su hijo. Quizá fue mientras me servía un ron con limón, ¿o era un vodka con naranja? De pronto la vi

arrodillada entre las piernas de Mike, chupándole la polla concienzudamente. Miré a Annette, y ella, tras unos segundos de duda, me sonrió. No logro concretar qué sentí en ese momento, ni qué hice, creo que seguí bebiendo. Al tiempo que terminaba mi copa, la escena continuaba desarrollándose y complicándose: el padre de Annette besaba a ésta con extrema ansiedad y, con sus manos bajo el jersey de lana, le tocaba alternativamente las tetas. Sally entre tanto había cambiado de postura, y era ahora su hijo el que sentado en el suelo, le lamía el coño a su madre, que de pie, flexionaba un poco las piernas para facilitarle la labor. No pude evitar calentarme y una erección incontrolada se marcó con descaro en mi estrecho pantalón de tenis. Annette se había quitado el jersey y estaba tumbada en el sofá; su padre, de pie, continuaba manoseándole las tetas, y ella con habilidad le sacaba la polla por la pernera del calzoncillo.

Empecé a tocarme el sexo mientras apuraba la copa. La imagen era tan grosera como excitante: el cuadro representaba a una madre que estaba siendo enculada por su hijo sobre la mesa del salón, y a una jovencita, de diecisiete años, con su padre sobre el sofá componiendo el sesenta y nueve más obsceno que jamás imaginé. Encendí un cigarrillo nervioso, con la polla a punto de estallarme dentro del pantalón. Me hipnotizaban las imágenes, es difícil entenderlo y más difícil explicarlo, pero me fui acostumbrando y terminé viendo cuerpos gozando: sólo eso, ya no me causaba extrañeza ni repulsión el acto incestuoso, sino que me incendiaba un poco más a cada momento.

Sally se corría dando alaridos mientras su hijo continuaba con la polla dentro de su culo. Después le gritó algo y éste sacó la carne, amoratada y brillante, de su ano, que permaneció dilatado durante unos instantes. Mike acudió al reclamo lastimero de su madre y le introdujo el miembro en la boca hasta hacerlo desaparecer por completo en su interior. Él

gritaba y Sally engullía la tranca a punto de descargar.

Annette, situada bajo Steve, lamía con meticulosidad sus pelotas, las introducía alternativamente en la boca al tiempo que le masajeara la minga con las manos.

Entretenido mirando, no me percaté de que Sally se había levantado y, situándose detrás de mí, empezó a acariciarme la nuca. Había abandonado a su hijo, sin duda con la intención de no ser descortés con el invitado. Mike, apoyado contra la mesa, se la meneaba con intención sustitutoria observando cómo Steve lamía el coño de su hermana. Sally tiró suavemente de mi cabeza hacía atrás y me besó; su boca, caliente y lúbrica, me introdujo de lleno en la escena. Movi6 su lengua dentro de mi boca recorriendo cada recodo al que podía acceder y me acarició el pecho propinándome tímidos pellizcos en los pezones. Continuó besándome hasta que la abundante saliva que fuimos generando empezó a resbalar por ambos lados de mis mejillas, entonces retiró su boca y me secó con su mano suave y experta.

Mike se había incorporado al dúo y ahora formaban un trío perfecto en el que Steve se trabajaba la polla de su hijo en tanto Annette, con los ojos fijos en mí, lamía el ano de su padre. Sally llamó a su hija, no recuerdo qué le dijo exactamente, sólo sé que ésta se deslizó con agilidad, salió de debajo de su padre y se acercó sinuosa hacia mí secándose la boca con la mano. Sabía lo que pasaría y me preparé: cerré los ojos y el momento no se hizo esperar. Noté cómo sus manos abrían la cremallera a punto de estallar, del pantalón corto y liberaban mi pene, que sentí cómo brincaba. Mi excitación lo había hecho humedecer de tal forma que su mano resbalaba sin dificultad por él al masturbarme. A su vez, su madre hacía balancear sus grandes tetas sobre mi cara, y permitía, por cortos espacios de tiempo, que mi boca chupara sus duros y oscuros pezones. Annette sustituyó pronto su mano

por su boca, y era ahora ésta la que recorría con esmero la longitud de mi sexo, de la punta a la base, rozando mis pelotas hasta hacerme enloquecer. Mike se corría, y oí también los ahogados gorjeos de su padre. Sentí que mi pene reclamaba su momento, el premio a tanta espera y a tanto abandono; ahora, inundado de sensaciones, se revolvía y vibraba dentro de la boca de Annette, próximo a su final. Fue entonces cuando Sally habló, como en un mal sueño todo se paró de pronto; Annette soltó mi pene (que se agitó lastimero) y se levantó cuando su madre le dijo: "recuerda los modales". Sally sustituyó a Annette en la tarea con mi polla, y ésta recibió con alegría el nuevo refugio, más cálido y diestro, si cabía, que el anterior. Sus labios se cernieron en torno a mi glande, y su lengua lo recorrió en toda su dimensión, sin dejarme asimilar todas las sensaciones que me transmitía. Noté cómo mi sexo se hinchaba, me pareció que adquiría dimensiones descomunales dentro de su boca. Una oleada que presentía violentísima, se empezaba a generar junto a mi ano, y fue subiendo hasta mis pelotas que, duras como piedras, la impulsaron con más intensidad a través de la base de mi polla. Me temblaban las piernas, movía involuntariamente los dedos de los pies, y mis manos, agarradas a los brazos del butacón, impedían que mi cuerpo se curvara en exceso. Presentí un orgasmo brutal, capaz de hacer descargar un chorro de semen tan potente y abundante como para llenarle la boca por completo. Entonces miré a Annette, que junto a su padre y hermano, esperaban sonrientes el desenlace.

Me corrí en medio de violentos estertores, y cuando por fin pude enderezar la cabeza y dirigir mi cara sudorosa hacia abajo, pude ver cómo Sally se afanaba en tragar el copioso fruto de mi orgasmo. Acaricié su frente, y ella cogió mi mano, en lo que me pareció un gesto absolutamente maternal. Sonreí y ella me devolvió la sonrisa, dejando entrever una preciosa dentadura recortada por unos abundantes labios rosados.

Son casi las seis de la mañana y aún sigo escribiendo en mi

diario. Me encuentro cansado, algo mareado y confundido, pero sobre todo, me siento excitado, tremendamente excitado.

—Sé que estás ahí. Descuelgas y después no quieres contestarme. Soy Carlos, ¿recuerdas?, un tipo serio.

—....

—Tú... me importas, ¿sabes? Siento algo especial por ti, te lo juro. Siempre he sido un poco veleta con las chicas, pero tú... no sé, me has llegado más adentro que ninguna.

—....

—Di algo. Te lo explicaré todo. Vamos, prepararé una cena especial. Me apetece tanto hablar contigo esta noche...

—Carlos, no sigas, estoy confundida.

—Cariño, vamos, te lo aclararé todo. Te espero, ven pronto. Será maravilloso.

—No sé, yo...

—Vamos preciosa, no se hable más del asunto. Bueno, esto... te tocaba descanso, ¿no?

—¿Descanso?

—Sí cariño, de la pildorita. Ya sabes... Es por comprar...

—¿Cómo?

—... gomitas. Lo digo por saberlo, por curiosidad. No sé... se me ocurrió de pronto.

—Clic.

¡Maldita sea, casi la tenía!, se reprochó Carlos. Dejó los folios sobre la mesa. Cogió un cigarrillo de la pitillera y lo ajustó en sus labios con gran delicadeza mientras observaba cómo su polla se destacaba bajo sus calzoncillos Calvin Klein. La erección tomó el camino de la izquierda y fue

allí donde una pequeña mancha empezó a dibujarse. Sus balances mentales, tan claros y abundantes instantes antes, se tornaron pobres e imprecisos. Había descartado hacer juicios sobre lo que acababa de leer, su preocupación inmediata no era su amigo, ni por supuesto Verónica, ya no; su inquietud, lo que le urgía desesperadamente solucionar, se encontraba mojada y palpitante bajo sus calzoncillos. Barajó las posibilidades, pero al final desistió, su consuelo no vendría del exterior, no había ni opciones ni tiempo. Se levantó en dirección al equipo de música, cambió el CD y volvió a sentarse en la misma postura exacta; echó la cabeza hacia atrás y se masturbó. Berlioz sonaba, abusivo en agudos y en sonido cuadrafónico.

COMPÁS DE ESPERA

DÍA 183 DESDE MI LLEGADA. Ayer amaneció un precioso día soleado y el padre de Annette propuso una comida en el campo. Fuimos en la furgoneta de Mike hasta una zona repleta de pinos cerca de un pequeño lago. Hemos charlado de muchas cosas mientras saboreábamos un exquisito vino. Steve, me ha sorprendido con un discurso crítico sobre forma y contenido en Literatura. Mi escocés ha mejorado extraordinariamente y creo poder transmitir con cierta fidelidad el contenido de su ensayo. Todo empezó cuando saqué a colación a un joven autor mencionado por la prensa en los últimos días, a quien se presentaba como un firme baluarte de la joven literatura y se le tildaba, con elogio, por su abundante y acertada utilización de los vocablos, signo inequívoco de su talento y cultura.

Steve es crítico de arte de un pequeño periódico local, y su parca conversación contrasta con su verborrea y locuacidad en sus artículos. Dijo algo sobre literatura que espero poder reproducir lo más fielmente posible: "La cantidad de veces que un libro nos obliga a consultar un diccionario, no indica en absoluto, ni el talento ni la cultura de su autor. La

opacidad de un texto literario no dice nada en su favor, sino más bien todo lo contrario. ¿Qué intenta un escritor con la utilización de palabras poco usuales y a menudo rebuscadas?, lo ignoro; quizás cada uno persiga algo distinto, aunque todos en el fondo lo mismo".

"¿Qué?", le pregunté interesado.

"Sentirse diferentes a los demás mortales: especiales. Escribir como habla su vecino les resultaría demasiado vulgar cuando se trata de exponer en un libro hechos importantes y trascendentales, pensamientos profundos o sentimientos nobles y bellos. Es pues el momento donde el cajón de las palabras inusuales es abierto y su contenido utilizado indiscriminadamente".

"Pero la utilización de cultismos y sinónimos enriquece el lenguaje, o mejor dicho", rectificué, "impide que se empobrezca", concluí satisfecho.

Él me replicó.

"El mero hecho de que se llamen cultismos es ya inadmisibile y en cuanto a los sinónimos, no hay dos palabras que signifiquen exactamente lo mismo".

Era obvio que se contradecía y que el vino (al que no estaba acostumbrado) le había proporcionado más entusiasmo que acierto en su disertación. Después se durmió sobre las piernas de Sally, cuando lo hizo, ella me miró y me confesó que él siempre había querido ser escritor. "Todo explicado", contesté sonriendo.

Hoy he conocido un poco más a Steve.

Carlos retiró la vista de los folios y meditó unos instantes sobre lo que acababa de leer. Dio una honda calada a su cigarro y retomó la lectura sin llegar a adivinar el motivo por el cual, Sabino, había seleccionado semejante párrafo.

Volvimos pronto. Mike había invitado a una amiga suya a cenar y debíamos estar a tiempo de vuelta en casa. La cena fue ligera pero original; Sally echó mano de unas viejas recetas familiares y fue todo un acierto. Mike se acostó nada más terminar, se disculpó diciendo que demasiado sol le daba dolor de cabeza y la verdad es que aquel día tomó bastante; el resto nos quedamos compartiendo la sobremesa.

Carol (así se llamaba la invitada) no era la primera vez que venía. Al parecer era una antigua compañera de instituto del hermano de Annette y había pasado muchos fines de semana en casa de los Webster. Tomamos unas copas y sin mayores preámbulos nos pusimos a follar. Steve se ha corrido en seguida y se ha quedado dormido sobre el sofá; antes se disculpó con Annette por no haber podido acompañarla en su orgasmo. Por lo tanto, me he quedado solo con tres mujeres. Mi inicial preocupación pronto se esfumó, no me dejaron pensar, no cabía la vacilación. Como en un torbellino, me envolvieron manos, lenguas y sexos; y me precipitaron al vacío de los sentidos.

Sin saber cómo, me encontraba tumbado sobre mi vientre, boca abajo. Delante de mi cara estaba el coño de Carol, que me dispuse a lamer de inmediato. Tras de mí, sin saber quién era la responsable de cada movimiento, dos lenguas y cuatro manos se afanaban en no dejar un solo recodo de mi cuerpo sin tocar, sin lamer. Unas manos se hundían bajo mi vientre buscando mi polla que, ya erecta, se aplastaba entre mi cuerpo y la alfombra. Mi ano, entre tanto, era explorado por una lengua agilísima, una lengua larga y diestra, que entraba y salía hasta hacerme enloquecer. Carol se convulsionaba a cada lametón mío y levantaba la pelvis pidiendo más y más.

Me corrí en el culo de Carol, Annette le cedió el honor en calidad de invitada. Su madre ayudó en el acto acariciándome las pelotas y, con dos dedos empapados en saliva que introdujo hasta los nudillos en mis

entrañas, consiguió que mi descarga fuera más violenta y abundante. Annette se conformó en lamer el ano dilatado y pringoso de Carol, mientras rozaba su coño húmedo e hinchado contra el mango del sofá.

DÍA 207 DESDE MI LLEGADA. Hoy he reparado en que llevo en casa de los Webster casi seis meses. El tiempo ha pasado tan aprisa... Me asusto al pensar que en unos días termina mi curso de especialización y deberé volver a mi trabajo, a la rutina del laboratorio, al hastío de mi vida. El regreso está próximo y yo lo niego. Es tal mi integración y aceptación en esta familia que no logro imaginar cómo podría pasar un solo día sin ellos.

Escribo en mi cuarto, junto a la ventana, a la luz de la luna; temo encender el flexo, Mike duerme conmigo hoy y tiene el sueño muy ligero.

DÍA 210 DESDE MI LLEGADA. He decidido quedarme aquí, no regresar. Ellos me apoyan y no necesito más.

DÍA 213 DESDE MI LLEGADA. Hoy me encontré algo taciturno y distante; el asunto de mi trabajo y la decisión de quedarme aquí ocupó mis pensamientos retorciéndolos a veces. Los Webster, incluida Carol que había venido a devolver unos discos, han tratado de animarme. A pesar de que he intentado disimular mi abatimiento todos lo han notado y su atención la han centrado en conseguir alegrarme. Steve ha empezado a contar chistes malos, y Sally burlescamente le increpaba su falta de gracia. Carol propuso que jugáramos a "El Rey Mandón" y todos estuvieron de acuerdo, incluida Annette, que dulcemente pretendía que olvidara mi fracaso lamiéndome los dedos de la mano uno a uno.

Otras veces habíamos jugado pero el título de rey se sorteaba y a mí nunca me había tocado serlo; así que, acepté encantado. El tal juego

consistía en que el rey, en este caso yo, mandaría a sus súbditos realizar todo aquello que quisiera, con la única condición de no intervenir en la acción.

Ha sido muy divertido mandarles hacer todo aquello que quise y como quise. Fue tremendamente excitante tener cuatro cuerpos, desnudos y lúbricos, para combinar a mi antojo sobre la alfombra del salón.

DÍA 232 DESDE MI LLEGADA. Annette cumple dieciocho años, la edad en la que deberá ser desvirgada. Por fin llegó el tan esperado momento; lo que no entendí meses atrás, se resolvía hoy. Annette se mostraba nerviosa; su madre, durante más de una hora la ha preparado. Sólo la familia podía estar presente, por lo que he esperado en el porche a que terminaran. Steve había estado dos días sin realizar ninguna actividad sexual, su cuerpo y su mente deberían estar firmes y dispuestos para el Día de la Iniciación de su querida hija Annette.

Según me explicaron, la iniciación consistía en el aprendizaje de los secretos familiares. El camino de quienes se iniciaban iba desde la vinculación a sus progenitores hasta la separación de ellos, desde el acercamiento total a la familia hasta la separación también de ella: la aceptación razonada del placer, su gusto por lo nuevo, la intensidad y el apasionamiento, su conciencia de ser sexuado. Bueno, al menos esta era su base teórica e ideológica.

Por lo que me han contado, todo ha ido bien. Steve desvirgó a su hija correctamente, y ésta descansaba plácidamente en la habitación roja y blanca. Me lo contó Sally mientras acariciaba la nuca de su hijo y agarraba la mano de Steve.

Sin duda, esta mañana he contemplado a una familia feliz.

DÍA 247 DESDE MI LLEGADA. Esta noche, en el instante en

que lamía la polla de Mike y su padre me sodomizaba, me he sentido tremendamente afortunado. Hasta hoy no lo había visto tan claro: quiero a todos por igual, deseo sus cuerpos y sus almas como si fuesen un solo cuerpo y una sola alma; penes y vaginas las uso sin distingos, doy y recibo con la misma entrega y satisfacción, comparto sus vidas y sus cuerpos con una perfección divina, pero no puedo evitar pensar en si es correcto o no. Creo que he pasado el límite establecido y me encuentro vagando en tierra de nadie.

—Ring, ring, ring...

—....

—Ring, ring, ring...

—¿Dígame?

—¿Carlos? Soy yo, Verónica.

—....

—Estaba confundida, creo que no te encuentras bien...

—....

—Contéstame, seguro que lo podemos arreglar. Todavía no son las diez, nos queda toda la noche. Seguro que aún quieres jugar conmigo, yo también.

—....

—Carlos, ¿aún quieres que vaya? ¿Carlos?

—Clic.

DESENLACE.

DÍA 253 DESDE MI LLEGADA. He decidido escribir a Carlos, no sé cuándo, pero creo que empieza a ser necesario que me comunique con el mundo exterior. Llevo treinta días sin salir de casa y he tenido mucho tiempo para pensar. He pasado del equilibrio perfecto de hace unos días a un estado de profundo vértigo y confusión. Ellos se presentan tan

íntegros y firmes en sus convicciones, tan seguros. Yo no he sido mas que un acólito de una causa que me embriagó y aturdió de tal manera que olvidé todo cuanto había fuera de esta casa, incluida a mi familia. Ellos son distintos, no puedo conseguir su estado natural. Me siento flaquear. Ayer sentí mi debilidad, mi diferencia. Mike invitó a un par de amigos suyos, les dio por el culo antes de cenar y después, a los postres. Estos follaron con su madre mientras que Steve alababa la tarta de manzana que Annette había preparado. La normalidad era absoluta, como tantas otras noches para ellos, y en cierto modo, también para mí. Pero, de pronto, sentí que algo no me parecía correcto.

DÍA 263 DESDE MI LLEGADA. Hoy he escrito a Carlos. Los hechos de esta tarde me han llevado irremisiblemente a ello. La incertidumbre y la duda me llevan a pedir consejo de puertas hacia afuera. Necesito una opinión, no puedo continuar así. Sigo aquí voluntariamente, deseo seguir. He gozado y sigo haciéndolo como en mi vida. Tengo todo lo que deseo y sin embargo dudo de mi equilibrio. Cada vez sucede un hecho más complejo que añade más altura a la estructura en la que veo izada mi vida, algo más soez e impensable se presenta ante mis ojos con toda naturalidad, y soy testigo directo de ello, y también partícipe. Me siento zozobrar y creo posible caer en el abismo más profundo que sería la negación de todo.

Los padres de Sally nos visitaron esta mañana. Los signos de alegría fueron evidentes. Según me enteré después, éstos hacía un año que no les visitaban. Vivían lejos, en un pequeño pueblo del interior. Tras la comida, vinieron los regalos, y tras los regalos, la orgía. Fue chocante ver a esos ancianos entregarse a toda suerte de posibilidades. Sus cuerpos ágiles y aún tersos, contrastaban con sus caras arrugadas y cenizas, y sus deseos para nada parecían apagados.

Sodomizamos a un anciano ávido de placer, primero su yerno,

después su nieto y por último yo. La anciana madre folló con todos y lamió cuanto pene y coño se ponía a su alcance; parecía tomar nuevas fuerzas a medida que tragaba el semen que tan generosamente le ofrecíamos.

Fue al descargar dentro del culo de Sally cuando mi mente pareció abrirse. La miré mientras lamía la flácida polla de su padre y me sentí diferente: no era parte real de aquel grupo.

Pienso en mi familia. Estoy confundido.

Carlos soltó los folios fotocopiados y se apresuró nervioso a buscar la postdata. Su mente se afanaba en ordenar datos, en poner lógica a cuanto había leído, en entender los hechos que le narraba su amigo, y también en comprender esa constante erección que continuaba empapándole los calzoncillos.

POSTDATA:

Habrás podido comprobar por estas pocas hojas extraídas de mi diario y en las que he tratado de resumir ocho meses de metamorfosis, cómo mi cuerpo y mi mente han luchado por conseguir el equilibrio entre este mare magnum de experiencias nuevas, que con tanto descaro y abundancia se presentan ante mí cada día. He pasado por varias etapas hasta conseguir cierta estabilidad; estabilidad que poco a poco se ha ido minando hasta dejarme al borde de un precipicio.

Nada ni nadie me retienen aquí, pero no puedo ni tan siquiera pensar en marcharme. La contradicción me abrumba, me enloquece la sinrazón aparente. No soy capaz de escapar de este lugar; no logro entenderlo, pero lo comparto hasta sus últimas consecuencias.

Necesito tu ayuda: tu aprobación o tu más firme reproche serán recibidos con igual alegría. Sólo quiero una abierta opinión, tu opinión. Trata

de entenderlo. Un abrazo.

Me hundo en un abismo de aguas profundas pero claras en las que no hace falta respirar.

Sabino.

Carlos se ajustó con delicadeza un pitillo entre los labios y meditó unos instantes antes de coger el teléfono. Permaneció inquieto el tiempo que escuchó la señal de llamada. Por fin, una voz al otro lado:

—Buenas noches. ¿Qué deseaba?

—Buenas. Quería reservar un vuelo para esta noche.

—¿Destino?

—Glasgow.

—Un momento.

Fumó nervioso largas caladas. Los dedos de su mano libre danzaban frenéticos sobre el cristal del aparador.

—El último salió a las 19:55.

—¿Cuándo sale el próximo?

—Un momento

Sus dedos eran puro ritmo.

—A las 11:20 de mañana tiene uno por British Airways.

—¿Ninguno antes?

—No.

—¿Seguro? Es muy importante señorita.

—Espere... Sí, por Iberia tiene un vuelo a las 9:15.

—Bien, resérveme un billete, por favor.

Se miró de reojo en el espejo y contempló cómo su abultado nerviosismo pugnaba con sus calzoncillos por adoptar su natural postura.

6. EL SENTIDO DEL TACTO

Había llegado a convencerse de que su vida se dividía en dos partes claramente diferenciadas en el tiempo y en el espacio: una, la que comprendía sus trayectos en metro de casa al trabajo y viceversa; la otra, todo lo demás.

Desayunó un poco de pastel de pasas con café mientras veía la televisión. Su programa favorito era uno de documentales que ponían a las ocho de la mañana de lunes a viernes. Le fastidiaba mucho no poder verlo acabar, por lo que nunca empezaba bien el día. Entornó los ojos a la vez que observaba el televisor y el trozo de pastel, chorreando café, aguardó aferrado a su mano a mitad de camino de su boca; y continuó así hasta que el lince, que con sigilo había esperado pacientemente a una confiada liebre, decidió atacar cobrándose sin demasiada dificultad una presa tan ingenua como previsible. Tomó las gafas de sol y el cuaderno de crucigramas con las cejas enarcadas y el aire de enfado medido que acostumbraba. Había apagado el televisor cuando un lirón careto hembra estaba a punto de parir. Maldijo una vez más su horario de entrada a trabajar. Anduvo ligero los cuatrocientos metros que separaban su casa de la estación de metro; conocía con exactitud la distancia, ya que se preocupó de calcularla con el cuentakilómetros del coche de su mujer en varias ocasiones. Fue esperando en el andén cuando se percató de que había olvidado la pluma en casa, y apretó con rabia el cuaderno de crucigramas en el interior del bolsillo de su gabardina Armani.

Se sentó ante la mesa de madera y cristal, y esperó la llegada

de su eficaz secretaria. Ojeó la correspondencia; se interesó por un sobre grande en el que ponía "Club de Amigos de los Crucigramas". Lo abrió sin miramientos y extrajo de él tres o cuatro cuadernillos de distinto color.

—Buenos días.

—Buenos días Celia.

—¿Quiere que le informe de los asuntos del día?, ¿o prefiere que primero le traiga un café?

—Un café, por supuesto.

Siguió con la vista la retirada de su secretaria; lo hacía instintivamente, sin esperar nada. Celia se le antojaba una mujer de una opaca personalidad en la que no tenía ningún interés en indagar. Su indumentaria era muy normal: ni elegante ni vulgar, ni provocativa ni demasiado recatada. "En una operación matemática, elemento que, al operarlo con cualquier otro, nos da ese otro". Sin duda, toda ella combinada con cualquier elemento nos daría ese otro: Neutra, pensó.

Dio una nueva oportunidad a la correspondencia, pero al final terminó en la papelera. Tomó uno de los cuadernillos; después de dudarlo un poco se decidió por el de color gris.

—Su café.

—Gracias.

—En un minuto le pongo al día.

—Que sea en media hora, por favor.

"Cualidad que individualiza totalmente (quizá tal vez en exceso), innecesario, inútil", con diez letras, veamos... inoficioso. Cinco letras: "Punto celeste opuesto diametralmente al cenit".

Comprobó que habían transcurrido veintinueve minutos y treinta y cinco segundos en el momento en que su secretaria volvía a entrar en el despacho.

—A las diez treinta tiene cita con el señor Thomson, de industrias SIDELSA, sobre el tema de embalajes. A las doce el asunto de la radio, ya sabe, sobre las cuñas. Le traen unas nuevas grabaciones.

—¡Nadir, claro!

—¿Cómo dice?

—Nada, nada. Continúe por favor.

—A las cuatro treinta, el Sr. Director espera los informes sobre embalajes y cuñas. Y nada más de momento.

—Bien.

—¡Ah!, hace unos diez minutos su mujer preguntó por usted.

—¿Sí?, ¿qué quería?

—Nada importante; que le dijera que se dejó su Mont Blanc en la chaqueta gris.

—Ya.

—No quería que se preocupara.

—Sí, está muy pendiente de mí. Puede retirarse. Gracias.

MIPRODATA era una empresa de marketing que se ocupaba de productos con problemas de imagen. Gustavo empezó a trabajar en ella al poco de terminar la carrera de publicidad, hacía ya diez años. Comenzó en la sección administrativa, pero no tardó mucho en conseguir un puesto directivo en publicidad y tratamiento de productos. Nunca le gustó su trabajo, detestaba en silencio los engaños y alteraciones estéticas a que se sometía un producto para hacerlo más atractivo. Durante años, en dicho departamento, había visto pasar artículos manipulados en exceso (colonias, detergentes, juguetes, compresas...), de tan ínfima calidad que a veces le costaba aguantar el tipo delante de los clientes y responsables de dichos productos, y se le hacía difícil evitar la risa. De su trabajo, sólo le compensaba el dinero que ganaba.

Gustavo se sabía criticado en la empresa por utilizar el metro

para desplazarse. "Todo ejecutivo que se precie deberá tener un buen automóvil; no sólo hay que ser importante y triunfador, además hay que parecerlo", oyó decir a alguien en una reunión de empresa. Gustavo achacaba su excéntrica manía del transporte público a que nunca obtuvo el carnet de conducir. Si tenía tiempo y las circunstancias lo permitían, detallaba hasta el extremo los detalles: "Imaginaros setenta y cinco clases prácticas, ilimitadas teóricas, cero fallos en el examen tipo test, una conducción casi perfecta reconocida por los tres profesores con los que compartí clases, ausencia absoluta de nervios, máxima concentración y extrema atención a la hora de los exámenes, ¿y qué pasaba?", exponía de una forma convincente, amena y casi teatral. "Indecisión, poca atención en circulación urbana, falta de control del vehículo, señalización a destiempo, siempre causas demasiado subjetivas como para poder ser rebatidas con alguna garantía", continuaba diciendo. "Consecuencia: suspendido en siete ocasiones; vamos para cansar a cualquiera. Decidido, nada de coches, me da igual lo que penséis, no cambio el metro, es rápido y no produce stress, y si me apuráis, es hasta gratificante si sabemos buscar sus atractivos ocultos". Las muestras de aceptación eran evidentes entre sus interlocutores una vez terminada su exposición. Gustavo se sentía satisfecho, poco importaba el fondo real, y además, cómo explicar que la verdadera razón se hallaba en una sexualidad tan inocente como retorcida que encontraba terreno abonado en los repletos vagones del metro.

Caminó sin prisa los medidos trescientos cincuenta metros que separaban su oficina (situada en un pretencioso edificio cerca de Nuevos Ministerios) de la boca del metro. No tuvo que esperar demasiado a que llegara su tren. Se sentó cansinamente, aunque se encontraba bien, en un asiento cerca de la puerta. Observó con detenimiento el interior del vagón y miró uno por uno a los ocupantes que viajaban en él. "Las vueltas a casa son para los crucigramas", pensó mientras sacaba de su gabardina un cuadernillo

rojo. "¡Maldita sea, el bolígrafo!", se reprochó a media voz.

Hoy el programa, Encuentro con la Naturaleza, trataba de las serpientes de campo españolas. Gustavo seguía muy atento las imágenes en el televisor como todas las mañanas. Ingería con parsimonia un trozo de pastel de chocolate acompasando sus movimientos a los de la serpiente bastarda, que engullía trabajosamente un ratón de campo. Era viernes, el mejor día de la semana para él, pero no porque diera paso al descanso de fin de semana; para Gustavo los viernes eran los días más propicios para viajar en metro: la ida siempre era excitante, nada de crucigramas.

—Olvidas de nuevo tu pluma, cariño —oyó gritar a su mujer instantes antes de cerrar la puerta de la calle. Se apresuró a volver a la habitación, llegaba tarde a la oficina. Cuando entró la halló de pie, en mitad del cuarto, con unas breves braguitas gris perla y sosteniendo en una mano, cogida de la punta y en posición vertical, su Mont Blanc.

—Tu pluma —repitió con musicalidad.

—Oh, sí, ya la olvidaba otra vez —acertó a decir en tono de fastidio. Tomó la pluma y la guardó en su attaché de piel negra, regalo de la empresa, con unas elegantes letras en relieve que ponían MIPRODATA. Giró dispuesto a salir cuando su mujer le sujetó por el hombro.

—Te olvidas de otra cosa —le susurró al oído, abrazándole por detrás. Él se zafó del abrazo con sutileza evasiva y la besó precipitadamente en los labios.

—No vuelvas tarde, hoy es viernes, ya sabes...nuestro día —le gritó mientras Gustavo atravesaba raudo el pasillo.

—Exacto cariño, nuestro día —farfulló antes de cerrar la puerta.

Gustavo no esperó en el andén más de cinco minutos. Llegó su tren. Se introdujo en un vagón repleto de viajeros al que se sumaban otros

tantos que entraban. Desarrolló su estrategia una vez más y tomó posiciones cerca de la puerta, en el espacio que queda entre ésta y los primeros asientos. Sin quitarse unas cómplices Ray-ban de montura negra, permaneció aferrado al pasamanos vertical con su mano derecha al tiempo que con la izquierda sostenía el attaché. Esperó a que se cerraran las puertas y el tren se pusiera en marcha antes de comenzar a actuar. Sabía que hasta la primera parada se tardaban cuarenta y cinco segundos, tiempo suficiente para realizar el oteo. Pronto descubrió algo interesante: "rubia, piel delicada, unos veintidós o veintitrés, delgada...", se sintió atraído, las premisas le parecieron buenas, suficientes más bien, pero la distancia era excesiva, no podría llegar hasta ella sin despertar claras sospechas. No vio nada mejor y esperó a la siguiente parada.

Fue en la cuarta cuando se sintió atraído por una morena: "No más de dieciocho años, algo descuidada, estudiante sin duda", la distancia y la posición eran inmejorables, y las paradas estimadas que permanecería, cuatro o cinco. Todo encajaba. Decidió no perder más tiempo. Veinte centímetros le separaban de ella. Un ademán rutinario para colocarse las gafas perfectamente colocadas sirvió para retirar la mano de la barra. Cuando volvió a asirse quedó a menos de dos o tres centímetros por debajo de ella.

Hasta el momento no había reparado en la dueña de dicha mano, normalmente no lo hacía; para Gustavo éstas eran un fin en sí mismo, un fin enloquecedor.

No se sintió satisfecho de la nueva posición, había desperdiciado una parada y ella continuaba fuera de su alcance. Repitió la maniobra, aunque ahora una tímida tos fuera la causa para retirar la mano; un centímetro separaba después ambas pieles. Trató de imaginar cómo sería su temperatura, cómo su tacto. Miró sus uñas demasiado cortas y sin pintar, con algunos pellejillos levantados cerca de las membranas. "Uñas de adolescente

inquieta”, pensó, “demasiado joven e inexperta para conocer el atractivo de unas uñas arregladas, el tremendo poder de unas manos bien cuidadas; si el rostro es nuestra carta de presentación, nuestras manos son la garantía de autenticidad”. Observó los nudillos, las articulaciones de los dedos (lisas, casi sin arrugas) y rectificó mentalmente: "dieciséis años".

Su dedo pulgar era el designado para aventurarse. Un suave vaivén del vagón era aprovechado por éste para salvar los escasos milímetros que le separaban de ella. Gustavo sabía que el contacto, aunque firme, debería ser sutil. Difícil empresa que él había solucionado mediante práctica y observación empírica: una vez su pulgar contactaba con la mano (prefería normalmente partes de la palma o dedo meñique) procuraba no realizar movimiento alguno durante uno o dos minutos. Transcurrido dicho tiempo, Gustavo estimaba que la mano había aceptado su presencia o estaba ajena a ella, en una palabra: toleraba su contacto.

Superado el tiempo de tolerancia su dedo pulgar realizó, acompañando a los pequeños vaivenes, unos tímidos roces. La piel le pareció cálida aunque algo áspera, "siempre lo son las de las jovencitas descuidadas", pensó. Centró toda su sexualidad en esa pequeña superficie de su dedo que le unía al placer. Tres paradas del metro le bastaron para llegar al orgasmo. Disimuló, como siempre, los espasmos abdominales con artificiales accesos de tos. Cuando se abrieron las puertas salió anegado en sudor y semen, acariciando lentamente la parte de su dedo involucrado en el acto. Salió satisfecho y decidido: feliz.

Los viernes eran especialmente relajados. Gustavo los dedicaba a visualizar diapositivas. Mantenía su despacho a oscuras para observar las imágenes reflejadas en la pantalla. Tenía que dar su opinión sobre unas pruebas de fotos destinadas a paneles de anuncios, vallas publicitarias y cabinas telefónicas. Los productos eran variados, y de cada uno había unas

diez o doce pruebas. A Gustavo le entusiasmaba apretar el botón que cambiaba la diapositiva, la semioscuridad, el humo del cigarro atravesando el haz de luz, y el silencio, sólo roto por el ventilador del proyector. Anotó sus observaciones en un cuaderno con hojas numeradas a tal efecto.

En la diapositiva veinticinco escribió: "Encuadre defectuoso. Idea general captada. Colores correctos, aunque con leve dominante magenta (corregir revelado). Enfoque crítico, defectuoso, utilizar para nueva toma un objetivo con mayor profundidad de campo (80mm ej.) y encuadrar sobre tercio superior". En las anteriores se limitó a anotar: "deleznables".

No volvió a escribir nada hasta la cuarenta y cinco: "aceptada con reservas". Gustavo cuando se sentía bien se mostraba muy exigente en su trabajo. El resto de la tarde lo pasó delante de la pantalla del ordenador. Le divertía jugar con el Macintosh y diseñar figuras entrelazadas de geometrías imposibles que hacía girar en un mundo tridimensional de posibilidades infinitas. Su trabajo no consistía en crear sino en confirmar, en aceptar lo que los demás imaginaban, lo sabía, pero no podía evitar a veces sentirse un dios por unos momentos y no un juez tan solo.

—Si no necesita nada más, me marcho don Gustavo.

—...

—¿Don Gustavo? —repitió el interfono con voz educada pero hastiada, de secretaria.

—¿Qué hora es? —contestó sobresaltado mirando el reloj.

—Las seis y media —continuó la voz artificial.

—¿Tan tarde?

—...

—No necesito nada, gracias. Puede marcharse y que tenga un buen fin de semana.

Se desperezó y apagó el Macintosh. Ordenó meticulosamente la

mesa y vació el cenicero. Odiaba encontrar su despacho revuelto al llegar el lunes por la mañana, por eso siempre recogía un poco antes de irse; a veces por precipitación o despiste no lo hacía y, al descubrir el desorden, pasado el fin de semana, presagiaba un mal día que a menudo se confirmaba.

Tomó su chaqueta de sport, Ermenegildo Zegna, con cuadros menudos azul oscuro sobre fondo crudo, del perchero. Siempre vestía camisa blanca, corbata lisa, pantalones vaqueros y zapatos a juego con el cinturón. La chaqueta representaba la variante principal en su indumentaria, el resto podría decirse que era inmutable, sobre todo los pantalones vaqueros; el semen secaba antes de traspasarlos.

Con once letras: "F. Sagacidad, perspicacia, veamos", empezó a hacer conjeturas. "Comienza por p, la 5ª y 6ª letras son t y r respectivamente y acaba en ción. Vertical: depósito de cadáveres, sin duda morgue. O sea, la anterior es pe. Increíble, va a ser penetración. ¿Se requiere sagacidad y perspicacia para penetrar?", pensó. "Yo diría que resignación, sin duda."

"F. Conformidad con la desgracia. Paciencia. Sumisión. Con once letras. Qué casualidad", exclamó al tiempo que esbozaba una mueca de fastidio y movía la cabeza de lado a lado. "Resignación."

Pasaba su viaje de vuelta a casa sentado en el último asiento del vagón. Gustaba de ir fumando cuando iba solo, a veces se permitía una pequeña ilegalidad. Odiaba la fría y cenital luz fluorescente, por lo que conservaba puestas sus gafas de sol durante todo el trayecto. El, en apariencia, desolador cuadro no se correspondía con la realidad, Gustavo se encontraba viviendo unos minutos de absoluto confort y relajación; como cada día, conseguía aislarse de todo y de todos y dedicarse a jugar a enlazar palabras, a descubrir significados y a comprobar otros, también a inventarlos. Los crucigramas despertaban su parte más ingenua, frágil e infantil, eran una vuelta

definida por la niñez. Miró por la ventanilla y comprobó que le quedaban dos paradas. “Cuatro minutos y cuatrocientos metros para el sacrificio”, se dijo en voz baja echando vaho en el cristal de la ventanilla y escribiendo con un dedo travieso: resignación.

Carla, la esposa de Gustavo, era una mujer joven y guapa, piel oscura, ojos verdes y esbelta figura. Cuando la vio por primera vez pensó que eso sería suficiente; seis meses después se casaban en un acto que más fue un negocio que una boda. Un negocio del corazón claro.

La cena estaba servida cuando Gustavo llegó. Lasaña y ensalada era el menú. Dos velas rojas esperaban como centinelas de excepción en el centro de una mesa preparada con meticulosidad.

—Enciende las velas cariño. Me parece tan sugerente cenar bajo su luz parpadeante —musitó Carla, acercando su cara a la de él. Sus grandes ojos le miraron y verdearon con brillantes destellos llenos de intención, no pudiendo ocultar que por ellos afloraban sus deseos más íntimos. Vestía un ajustado traje azul oscuro muy escotado, que marcaba su figura y resaltaba unos abundantes pechos cuyos pezones tensaban la tela y pugnaban por asomarse a la mesa. Una piel perfectamente bronceada completaba la estampa misma del placer.

—¿Cómo fue el día en la oficina cariño, algún problema?

—Todo bien, como siempre.

—Te veo algo decaído, callado, no sé...

—Un poco cansado solamente.

—¡Un poco cansado, un poco cansado! —Repitió burlescamente con la voz en falsete—. Después de cenar tomarás un buen baño calentito y prontito a la cama. Impresionante plan, ¿verdad?

—Verdad —repitió al tiempo que masticaba con desgana un trozo de tomate demasiado maduro.

Alargó el baño cuanto pudo. Fumó cuatro cigarrillos y leyó dentro de la bañera. Oyó cómo su mujer le reclamaba con insistencia tras la puerta, pero no salió hasta que el agua estuvo demasiado fría. Fue idea suya reducir los encuentros amorosos a los viernes por la noche. Constituía ésta idea un alivio para él durante la semana. Logró controlar la exuberante sexualidad de su mujer, sus insaciables deseos eran canalizados a través de los días y liberados al final de la semana. Gustavo había conseguido, a base de sesudas conjeturas, convencer a Carla de las ventajas de una vida sexual localizada en el tiempo: "Cuánto mejor es, tanto para ti como para mí, el saber qué nos depararán las noches, sin necesidad de pensar el uno en el otro; desechar la insinuación como llave para abrir el deseo, descartar los equívocos gestos, los fortuitos roces que en ocasiones nos llevan a realizar un acto para el que no estamos preparados ni deseamos. Fijar un momento para el goce nos liberará durante el resto del tiempo y nos centrará mejor en otras cuestiones. Créeme Carla, lo más deseado es lo esperado, aquello que tiene fecha y hora de comienzo, un viaje, unas vacaciones..., un buen polvo". Así se lo contó y así fue aceptado, y aunque Gustavo se sentía satisfecho y orgulloso de su bien pensada maniobra evasiva durante la semana, no podía evitar sentir un apretado nudo en la garganta cada vez que llegaba el viernes. Su temor iba en aumento. Las mañanas eran más llevaderas, sobre todo si había conseguido algún contacto satisfactorio en el metro y había logrado correrse adecuadamente. Las tardes eran peor, y al llegar a casa, tan sólo le quedaba la resignación y el acatamiento a los deseos de su mujer, a su sexualidad, tan evidente como variada.

Miraba la lámpara y contaba, una y mil veces, el número de bombillas. Una, dos, tres, cuatro, cinco y vuelta a empezar. Una, dos, tres, ...

—¿Te gusta cariño?

—Claro —respondió en voz baja Gustavo.

—Ya sólo me quedan las piernas. Así, un poco más por aquí, un poco más por allá. Listo.

Gustavo permaneció inmóvil, tumbado sobre el plástico encima de la cama. Su cuerpo (al igual que el de su mujer) brillaba con reflejos ambarinos, gracias a la luz de las numerosas velas y al abundante aceite que lo cubría por completo. No le resultaba nada fácil seguir las evoluciones de su mujer; su entusiasmo no era correspondido. Dejaba hacer a un amasijo de miembros, de movimientos rápidos, de posturas imposibles. Un conjunto de piel, aceite y saliva se retorció, sin tregua, encima de su cuerpo; lo lamía, lo arañaba, recorría cada tramo con despiadada ansiedad. Carla, restregaba frenética su coño por la cara de Gustavo reclamando, lastimera, que su lengua la penetrara.

“Conseguir una erección y mantenerla durante tiempo indefinido, lograr ese estadio puramente animal, al fin y al cabo, sólo depende de un estímulo físico”, pensaba a la vez que contemplaba la escena con total indiferencia.

—Vamos, métemela. Lámeme. Vamos, busca mi punto. Así, así. Más. Con los dedos. Primero uno, así, así. No pares con la lengua. Vamos, ahora otro. ¿Ves que fácil entran?, estoy muy dilatada —hablaba y lamía casi al mismo tiempo. Era capaz de hacerlo con la polla de Gustavo metida hasta dentro de su boca. Las velas repicaban con cada embestida, con cada suspiro. El aire se cargaba por momentos; era ya denso el olor a cera y aceite—. Bien, bien...más. ¡Cerdo!, méteme tres dedos, así, más, cuatro. ¡Ah, ah!, méteme la mano, la mano entera. Me cabe, sí, sí, ya... lo sabes. Así, así, entera, tú sabes que entra. ¡No, no!, sigue también con la lengua, con la lengua también ¡mamón!

Gustavo cerraba los ojos y lamía y lamía. Intentaba no respirar para evitar el fuerte olor de un coño deshecho en humores y babeante. Sentía

su cara empapada y trataba de contener las arcadas evadiendo su mente, situándose lejos y recordando momentos felices, como aquella vez cuando era niño y su padre le regaló aquel conejito color canela con grandes orejas e inquietos ojos. Recordó su pelo, tan suave como los sueños, y su olor de animal asustado. Sus dedos de niño aferrando aquel cuerpecillo tembloroso y frágil lleno de huesecillos y el diminuto sexo cediendo al empuje del bolígrafo de cuatro colores.

—¡Oh, oh!, me voy. ¡Cabrón!, me matas, no aguanto más. ¡Así, así! Te la voy a comer entera. Te voy a maaas...ticar las pelotas. ¡Oh, oh, ah!, vamos, levanta un poco más, pon las piernas hacia arriba, así. ¡Oh, oh!, así, ya, ya te veo bien. Así llego hijo de puta, ¡ya verás...!

Logró lacerar tanto su coño, que Carla no notó cuando Gustavo sustituyó su lengua por el bote de aceite.

Al tiempo que se lo restregaba, leía distraído:

"Aceite óleo: lo mejor para tu bebé. Hidrata y suaviza la delicada piel de tu bebé, protegiéndola de irritaciones. Ideal para casos de sequedad en la piel y costra de la lactancia".

—¡Cabrón, hijo de puta! Me encanta tu culo. Déjame y ya verás.

"Con nueva fórmula. Absorción más rápida. Lo mejor para ti: hidrata tu piel más eficazmente que lociones o leches. Aplíquese diariamente después de cada ducha sobre la piel mojada. Hipoalergénico".

Trató de acelerar el orgasmo que pondría fin a la pesadilla, y soltó el frasco de aceite para poder mordisquear de nuevo el clítoris de su mujer. Ella lamía y buscaba entre sus nalgas el agujero dónde introducir la lengua. Saboreó la piel fruncida e incidió sobre ella hasta que ésta cedió a la insistencia febril de su boca. Sus dos manos masturbaban en una postura imposible la polla lacerada y dolorida de Gustavo. De pronto pareció

enloquecer, dejó de lamer y le metió de un golpe tres dedos en el ano. Gustavo dio un respingo de dolor y cesó por un momento su tarea.

—¡No pares cabrón, maricón de mierda! Sigue, si...gue lamiendo. Me corro entera. ¡Tráгатelo todo, vamos, traaa...ga!

Golpeaba su vagina en la cara de Gustavo, la restregaba e intentaba abrirse hasta límites insospechados. Su sexo había aumentado extraordinariamente, y se mostraba abultado y de un brillante color fucsia. Su ano se contraía a cada embestida reclamando, sin duda, su ración.

—En el culo, ¡vamos cabrón!, métemelos en el culo. Más, más, así, así, ya, ya, me corro, ¡me coooo...rro otra vez caaa...brooón!

Carla quedó tumbada sobre el vientre de Gustavo, inerte. Sólo sus espaciados y espasmódicos movimientos de pelvis diferenciaban la vida de la muerte. Su sexo dejaba escapar, en abundancia, un líquido blancuzco, mezcla de flujo y saliva, que se precipitaba sobre el rostro ausente de su marido. Los dedos continuaban introducidos en el ano. Gustavo se concentró y soltó un tímido chorro de semen en una boca que, con los dientes apretados sobre su polla, se afanaba por tragar. Cuando los dientes aflojaron la carne, un respunte rojizo orló la base de su pene: Gustavo temía perderlo en alguno de estos encuentros.

—Buenos días señor Ditirambo. Traigo el informe que me pidió.

—Ah, buenos días Gustavo, pase, pase, le estaba esperando.

Trasasó el umbral de la puerta y entró en un despacho enorme rodeado, casi en su totalidad, por una inmensa cristalera. Madera y piel componían los elementos base de la decoración, y un busto en mármol reposaba sobre una gran mesa de cristal tras la que se sentaba un hombre de cumplida edad, pelo cano pero abundante, rígido, más bien rocoso, boca recta, ojos astigmáticos y el hablar aburrido de quien se ha hecho a si mismo: el

director de MIPRODATA.

—¿Qué le parece el busto?

—Se le parece mucho.

—Está hecho por ordenador. Un láser escanea la cabeza y manda las ordenes precisas a una serie de fresas que esculpen en la piedra con precisión. Cuesta un huevo pero es cojonudo.

—Sorprendente.

—Las gafas no las reproduce bien, vamos que el cliente no se parece una mierda si se las deja puesta, por eso me las quité, pero el resto quedó tal y como soy.

Gustavo hace resbalar el dedo por el mármol siguiendo la línea de la nariz.

—Griega, ¿verdad? Antes no me había dado cuenta de mi perfil griego.

—Sorprendente.

—Bueno Gustavo, vayamos al grano. Necesito su aprobación para dar paso a la campaña, el cliente tiene mucho interés en agilizar el lanzamiento del producto —dijo sin levantarse de su sillón encendiendo un largo puro.

—Bueno, señor Ditirambo...

—¿Sí?

—¿Le importa que fume?

—Desde luego que no, fume, fume. Pero dígame, ¿todo correcto, verdad? Nuestros creativos son fantásticos, pero no se lo diga, luego me pedirían un aumento de sueldo. Pronto las vallas estarán llenas de esos carteles, muchas vallas, muchas, y eso significa dinero, mucho dinero. Y eso es bueno para mí, y bueno para usted, y bueno para todos, claro.

—Creo que el anuncio no vale —respondió Gustavo con el

cigarrillo entre los labios.

—¿Cómo dice?

Abrió la cartera que llevaba bajo el brazo y extrajo dos cartulinas. Una la dejó bocabajo sobre la mesa; la otra la colocó en el caballete metálico dispuesto para tal uso. Permaneció unos instantes observando hasta que el director, impaciente, le instó.

—Bueno, ¿qué tiene de malo? La foto es buena, el texto sugerente y la chica preciosa.

—Correcto, estamos de acuerdo, pero algo falla tanto en el conjunto como en la intención. Queda trabajar más la idea, pulirla.

—¿Pulirla? —repitió nervioso el director sin quitarse el puro de la boca.

—"El perfume de los deseos más íntimos". Un slogan al uso. Bueno, puede valer, pero está mal compuesto. Hasta un principiante en publicidad sabe que un texto nunca debe iniciarse en el tercio superior izquierdo de una imagen y describir una curva descendente hasta el tercio inferior derecho. Es pesimista, es ...—hizo una pausa, meditó dando una calada tratando de llenar el tiempo—. Con siete letras: sin orden... Caótico.

—Bien, ¿algo más?

—La chica preciosa. Pero, según el estudio por ordenador, ocupa el 68% del espacio, texto y fondo el 28% y tan solo el 4% restante lo ocupa el frasco de perfume. ¿Qué queremos, promocionar el perfume o buscarle contratos a la modelo?, y además, qué puede sugerirnos lo evidente: una mujer semidesnuda es demasiado...—volvió a hacer una pausa—, cómo diría...con seis letras: utilizado en exceso: Manido. Únicamente la foto se salva. Buen enfoque, una trama sobre fondo, excelente, y se ha manejado bien a la modelo a pesar de lo limitado del tema.

—¿Tiene arreglo? —preguntó confundido el director

quitándose las gafas y restregándose el rostro.

—Bueno, trabajaría en tonos azules; reconozco que es una visión particular pero yo lo íntimo lo relaciono con ese color; y sólo una mano, una delicada y sensual mano de mujer con un dedo extendido sobre el perfume — Gustavo reconstruye con su mano, sujetando un frasco ficticio, la imagen—, como acariciándolo, bastaría para sugerirnos todo lo demás. El laboratorio trataría la mano con una trama suave para eliminar la evidencia del realismo fotográfico y hacer trabajar algo la imaginación; y nuestro perfume, el producto a vender, con un impecable enfoque y esmerada iluminación para conseguir justamente lo contrario.

—Bien, bien, bien, parece jodidamente interesante —ronroneó el director moviendo la cabeza en gesto afirmativo—. Y qué tal, unos ojos de fondo, unos jodidamente preciosos ojos azules —concluyó satisfecho con la mirada fija en Gustavo, esperando la aprobación a su aportación creadora.

—Vuelta a lo de antes. Demasiado evidente, demasiado... Con nueve letras: fácil de comprender: Elemental. Las manos lo expresan todo si se sabe mirarlas. Si no sabemos, nos inquietan, y si conocemos sus secretos, nos excitan. Son perfectas.

—Quiero una prueba para mañana —dijo displicente.

—Me he permitido —sin terminar de hablar, Gustavo tomó la cartulina que había dejado sobre la mesa y la apoyó contra el busto— realizar una prueba. Creo que el resultado es altamente satisfactorio.

El director miró la foto, entornando un poco los ojos, estorbado por el humo de su puro. Gustavo permaneció tenso, con el cigarro a punto de quemarle los dedos.

—Mierda, parece buena, esa mano es jodidamente atractiva. Mañana se la mostraremos al cliente, le gustará, vaya si le gustará.

Gustavo respiró hondo y se dispuso a recoger las cartulinas

cuando fue interrumpido.

—No hace falta que se la lleve, déjela, no se moleste. Mañana la recogerá, mañana.

Se despidió y caminó en dirección a la puerta sobre un suelo que no toleraba sus pies: ingravido, feliz.

Encendió el televisor de la cocina al tiempo que se servía el café. Siguió con la vista el ascenso del quebrantahuesos sobre un precioso azul cobalto, y escuchó muy atento las explicaciones de la voz en off: "El quebrantahuesos, que habita en los cortados pirenaicos, extrae los huesos de los animales muertos, emprende el vuelo y los deja caer para romperlos y poder comérselos. Ocupa el penúltimo eslabón en la cadena alimenticia y...".

La pantalla se tiñó de tonos ocres, verdes y amarillos, hasta que una mancha negra se movió en el centro de la imagen. Un jabato huía del ataque de un lince a través de un bosque de hayas. Corría desesperado en un travelling perfectamente siniestro. El veloz y elegante lince lo seguía cada vez más y más de cerca, y el jabato, durante su frenética carrera, producía unos broncos y lastimeros bramidos con la intención de avisar a su madre, única esperanza de conservar la vida. Gustavo bajó un poco el volumen por temor a despertar a Carla, y continuó con la mirada fija en la escena. El clímax iba en aumento y la música preparaba para el dramático desenlace. El plano cambiaba continuamente para mostrar a la madre del jabato tumbada sobre la hierba, dormida, ausente del drama que se cernía sobre su cría. Un primer plano del jabato acorralado en un risco inundó la pantalla y la llenó de dramatismo. Gustavo, nervioso, miró su reloj, después la pantalla, otra vez su reloj. "Es la hora, maldita sea", pensó llevándose un gran trozo de pastel de kiwi a la boca. Se terminó el café de pie, tratando de no perderse un solo fotograma, observando atónito cómo el jabato se lanzaba al vacío y moría reventado al chocar contra las peñas, en lo que le pareció un honroso suicidio.

Caminó nervioso y esperanzado los cuatrocientos metros que le separaban de la boca de metro en una clara mañana otoñal.

Permaneció en el andén unos tres minutos. Miró a su alrededor tras las oscuras gafas de sol y lo vio repleto. “Buen presagio”, pensó.

Siempre esperaba en el centro, siempre en el mismo sitio. Entraba por la puerta que le quedaba más cerca, lo demás era cosa del destino. Luchó por su atalaya en dura pugna con una señora de mediana edad que quería arrebatarse el puesto de observación. Finalmente logró conseguir la posición a pesar de quedar su attaché atrapado entre la mujer y un grueso caballero de sudor fácil que iba leyendo un arrugado periódico deportivo en una postura imposible de mantener por mucho tiempo.

El tren se puso en marcha con su cargamento de carne humana rebosando por cada ventanilla. “Llegó mi momento”, pensó Gustavo, y miró furtivamente las barras de asirse que había junto a él. Escudriñó cada asidero con el deseo voraz de hallar algo que le motivara lo suficiente. Continuó haciéndolo durante dos paradas, pero nada. En la tercera vio una mano que le atrajo: treinta centímetros por encima de la suya descubrió la mano más bella y deseable que jamás había visto. Sintió un hormigueo en su sexo y miles de grillos tronaron en sus oídos. Comenzó la aproximación aunque se encontraba algo incómodo: una quinceañera le oprimía un costado con una carpeta repleta de fotos de Brad Pitt, y un joven de pelo largo con los auriculares saliéndole de las orejas se afanaba por meterle su sobaco justo debajo de la nariz. Mantener la posición requería compartir casi el mismo espacio vital que aquella señora bajita de pelo grasiento, con la que luchó al entrar, y que aferraba a una niña de ojos anodinos y pelo tan grasiento como su madre. No las veía, pero podía notar su presencia clavándosele en los riñones con golpes chatos y continuos. Se adaptó a la adversa situación y desarrolló su técnica. Se aproximó a aquella mano de perfectas proporciones a cada ocasión que tenía,

cada vaivén se traducía en centímetros menos, cada parada restaba distancia y sumaba deseo. Pronto llegó al nudo metálico que une las barras y le pareció un muro insalvable. Sudaba. Su excitación iba en aumento, su miembro palpitaba lastimero desde la oscura y húmeda gruta de la bragueta esperando el contacto, la unión con el placer mismo. Una gota de sudor resbaló por su frente, amplia e inclinada, para terminar desapareciendo debajo de las gafas. Se acercaba el momento.

Miró la mano, objeto de su cruzada, y especuló sobre ella: "uñas ni cortas ni largas, de perfiles redondeados, esmalte transparente, cutícula perfecta, nudillos y articulaciones suavemente trabajados, unos treinta años, sin anillos aparatosos, sólo un modesto aro de plata en el dedo anular, bien. Todos los dedos parecen móviles y ágiles, no presentando la típica atrofia en el meñique; ausencia de cicatrices y marcas. Sin duda debe pertenecer a una mujer cuyo trabajo se desarrolla cara al público, por lo que su imagen es importante que sea cuidada para dar sensación de elegancia y pulcritud en su justa medida; sin embargo la estética ha de ser funcional, todo lo superfluo sobra a una herramienta de trabajo tan delicada y perfecta, como es una mano para una doctora", concluyó satisfecho.

Estaba a punto de entablar contacto, un solo vaivén más y ya estaría. Palpitaba con la boca entreabierta y la respiración a duras penas controlada. Su mano libre sostenía el attaché prisionero y, bajo la bragueta, su pene aguardaba impaciente a que se realizara el prodigio.

De pronto algo perturbador no seguía los cauces correctos. Los botones de su bragueta comenzaron a desabrocharse de una forma aparentemente espontánea. Antes de que pudiera darse cuenta, su miembro duro y mojado saltaba igual que un resorte del interior, liberado de su prisión de algodón. No tardó en ser anillado por unos dedos que compusieron un puño que se acopló a su pene constituyendo el molde perfecto. Se paralizó todo en

su anatomía, hasta las gotas de sudor de la frente parecieron congelarse. La mano, que se antojaba habilísima, recorría franca e incansable sus intimidades. Introducida en su pernera manoseaba los cojones y se atrevía a adentrarse cerca de las proximidades del ano demostrando tanta osadía como destreza. Su mente quedó en blanco, ni siquiera recaló en la sorpresa que habría experimentado su asaltante al encontrarlo tan dispuesto para el lance. El sentido de culpabilidad y la vergüenza ocuparon fugazmente sus turbios pensamientos por un instante, aunque pronto éstos dieron paso a un estado de auténtica angustia. Comprobó, bajo las gafas empañadas, el número de paradas que le restaban para llegar a su destino y barajó la posibilidad de bajarse antes; pero la descartó temiendo una reacción inoportuna de su agresor que delatara la situación y, con un suspiro hondo, esperó que todo terminara lo antes posible. La anónima mano campeaba a sus anchas por sus bajos como un gazapillo juguetón, como un lirón mimoso y travieso, hasta que decidió salir de la madriguera. Gustavo se sintió aliviado a pesar de que su pecho le contrariaba. El estupro había desaparecido de idéntica manera que había llegado, dejándole humillado e hinchado frente al cristal de la puerta del vagón. Oyó una respiración fuerte y entrecortada, una respiración de animal salvaje que le aturdió y le hacía temblar. Su pene, ajeno y traidor, duro y venal, fue nuevamente atendido. La funda que lo envolvía esta vez era cálida, húmeda y dócil igual que un baño de espuma, y comenzó a resbalar por él lúbrica y frenética con la precisión de un cilindro alrededor de su émbolo, y con el mismo fin. Fue aumentando la intensidad y el calor. Presionaba hasta hacerle daño, y el característico gorjeo rítmico se escuchó en el vagón sobre un lienzo en blanco de sonido. Quedaba una parada para el final del trayecto cuando Gustavo se vio asaltado por mil culebras que subían por las piernas hasta sus cojones, se apretaban en ellos, se introducían por el ano y le atravesaban las entrañas en dura pugna por ascender a su miembro, ansiosas

por salir aunque para ello tuvieran que reventarle la polla. Imaginó la mano, ágil y delicada, suave y robusta a la vez, una mano bañada en almíbar y saliva, y se abandonó a ella. Se corrió copiosamente cuando ésta centró su actividad sobre el glande. Toleró paciente que jugara unos instantes con su polla fofa pringada de semen, y fue entonces cuando escuchó a su espalda un gemido bronco, ahogado, un lamento de placer prohibido y fugaz.

Se abrieron las puertas, creyó recibir en su rostro una dulcísima brisa con sabor a sal que refrescó el incendio de su carne; sin volverse, salió despacio con un caminar tímido y medido, encubridor de sus últimas contracciones abdominales. Sólo se detuvo cuando vio a la señora de mediana edad y pelo grasiento adelantarle de un empujón y perderse entre la gente arrastrando a su pequeña de ojos vacíos. "Date prisa que llegamos tarde al cole", le gritaba a su hija mientras limpiaba con un pañuelo su mano pequeña y gordezuela de mujer vulgar.

Naufragó todo el día. Sobrevivió a base de café y crucigramas. La aprobación de su proyecto no logró animarlo. "Gustavo, ha dicho el cliente que es muy bueno, jodidamente bueno". Encerrado en su despacho, resignado a un ostracismo voluntario, hizo vagar su mente entre olas de autotemáticos, autodefinidos, autosilabografotemáticos... Combinó palabras sin parar: Con once letras: fatiga hasta el punto que los estímulos apenas suscitan reacciones"... hasta el agotamiento...

"Con siete letras: que causa indigestión al atiborrarse".

...hasta el empacho...

"Con seis letras: ansia de vomitar. Asco".

...hasta la náusea.

Permaneció junto al semáforo impassible, bajo una gris tarde de otoño, hasta que lentamente fue sacando una mano del bolsillo de la gabardina, y cuando vio un piloto verde encendido alzó el brazo.

—Buenas tardes. ¿A dónde? —preguntó rutinario el taxista sin quitarse el cigarro de la boca.

—Plaza Conde de Casal.

Gustavo se atrincheró en el asiento, minimizado y ausente.

—Los viernes son matadores —dijo el taxista mirándole por el retrovisor.

—...

—Aunque para mí todos los días son iguales, todos el mismo trajín.

7. CALOR DE HOGAR

La imagen del árbitro pitando el final del encuentro ponía fin al partido, y a su vez, terminaba con la espera callada, con los continuos roces y magreos que se venían produciendo en el sofá desde el comienzo del encuentro. No lo podían evitar: el fútbol les ponía cachondos. Román, sentía un extraño cosquilleo por todo el cuerpo desde el mismo instante en que se ponía el balón en juego y contracciones abdominales cuando el colegiado pitaba un córner. Esther, tenía una sexualidad menos sutil: más brutal. Sus pezones se erizaban si se cometía una entrada fuerte por parte de algún defensa leñero y se mojaba las bragas cuando el árbitro mostraba una tarjeta roja.

No sabían explicar el porqué, pero el fútbol les transmitía emociones muy distintas al resto de la gente. No esperaban el triunfo de ninguno de los dos equipos, ni siquiera les preocupaba quién jugara, sólo miraban y gozaban con las imágenes calentándose progresivamente, esperando el múltiple pitido que señalara el final del partido y con él, el de su deseo contenido. A menudo, con las repetición de "las jugadas más interesantes", comenzaba el "juego amoroso" o "precalentamiento".

Esta vez, Esther, sentada de rodillas sobre el sofá, dejaba hacerse; Román comenzaba lamiéndole la nariz, deteniéndose con minuciosidad en cada agujero para saborear el salado sabor de su cavidad interior. Continuaba por toda la cara, especialmente se recreaba en las orejas, que chorreaban saliva de su interior cuando terminaba con ellas.

Esther mantenía la cabeza inclinada hacia atrás y las manos

engarfiadas a la tapicería del sofá, como evitando caer al precipicio de sus sentidos. Aferrada al respaldo, suspiraba con la boca entreabierta, dejando resbalar un hilillo de saliva por la comisura de los labios, que serpenteando por su barbilla terminaba goteando como un grifo mal cerrado, precipitándose al fin sobre su blusa color cereza.

La televisión continuaba encendida y en la pantalla aparecía la imagen de unos delfines saltando sobre un mar, tan azul y brillante, que les hizo entornar los ojos al mirarlo. Se quedaron inmóviles, sólo sus pechos se agitaban desgobernados. Los delfines seguían cabalgando sobre las olas, con sus cuerpos brillantes y tersos; entraban y salían del agua en rítmica cadencia, en acompasados movimientos. Esther miraba a Román, después a la pantalla, de nuevo a Román, "voy a comerme tu delfín", dijo.

"No abras a nadie", fue lo último que dijo a su hija antes de cerrar la puerta. Bajó las escaleras deprisa. Odiaba los ascensores, el espejo de su interior siempre le devolvía una triste visión que no soportaba, una imagen siniestra debida a la fría y cenital luz fluorescente. El palpito de la urgencia ocupaba su pecho. Tenía el tiempo perfectamente calculado y sin embargo sentía una inquietud fruto de su conciencia: no le gustaba dejar sola a su pequeña de once años.

Salvó con paso firme el portal en dirección a la calle. Una vez en ella, el palpito y la inquietud se desvanecieron y su mente y su cuerpo ocuparon un estadio superior: el deseo.

Volvería en dos horas y media, era el tiempo estimado y el conveniente.

Había poca gente por la calle, era mediados de agosto y el incipiente bochorno retenía en sus casas a las pocas personas que no se

encontraban de vacaciones.

"Mejor poca gente", pensó. Se sintió más segura, menos probabilidades de ser descubierta.

Eran las diez y cinco, empezaba a anochecer. El pelo recogido bajo la gorra, nadie la vería. Se siente anónima, y mientras camina, aprieta con fuerza las llaves en el bolsillo del pantalón vaquero, por calmar los nervios. Su temor se va convirtiendo en excitación, ya llega el momento.

Maru se casó a los dieciocho años con un joven dos años mayor que ella. Habían tenido una preciosa niña que llegó sin quererlo, hacía ya doce años, pero que aceptaron de buen grado. Su noviazgo fue tan corto que quince días después de haberse conocido se casaban. Su marido era inquieto y creativo, impulsivo y caprichoso. Gracias a él, Maru disfrutaba de una sólida posición económica. Nunca le faltó de nada, ni le faltaría en un futuro. Lo que iba a hacer, no lo hacía por dinero, simplemente sentía que lo necesitaba.

Paró el taxi a los diez minutos de haberlo tomado, no había tráfico y llegó rápido. Se bajó y anduvo unos metros en línea recta antes de doblar la segunda esquina a la derecha. Entró en una calle peatonal muy estrecha y poco iluminada. Apresuró el paso haciendo que el taconeado de sus zapatos retumbara en sus oídos y se confundiera con los latidos de su corazón.

Dio unos pocos pasos y se detuvo. "Espectáculo porno: MILÚ Y SU AFICIÓN A LA BOTELLA", miró el cartel anunciador de la pared, como siempre. Recorrió con la vista, minuciosamente, aquel metro y medio de papel en blanco y negro. Todos los viernes en el CLUB VARADERO, de diez y media a once".

Su mirada se centró en la máscara negra que ocultaba parcialmente el rostro de aquella mujer que, con la lengua fuera, parecía gozar salvajemente. Se fue con el convencimiento de que nadie podría reconocer su identidad.

Con paso decidido llegó hasta el final de la calle. Se detuvo delante del local, llamó al timbre y esperó. Dos pequeños faroles rojos se bamboleaban lentamente empujados por una suave brisa. Empezaba a refrescar.

—¡Llegas tarde! —Le recriminó el pequeño hombrecillo de cejas pobladas y ademanes toscos que abrió la puerta—. ¡Siempre llegas tarde. Con el tiempo justo!

—No te quejes, llego con tiempo suficiente para cambiarme, no necesito más.

—Me pone nervioso esperar.

—No tienes que preocuparte, ya sabes que nunca te fallo.

—¡Vamos!, quedan cinco minutos para abrir y quince para el espectáculo. A mí me gusta ser puntual. Si no abres a la hora hay clientes que se marchan a otro local, no les gusta esperar en la puerta. Vienen muchos tan calientes que si llegan y ven el local cerrado son capaces de meneársela en el portal de al lado.

—No exageres —contestó Maru girándose con un desplante de rutina.

—Mira guapa, yo he visto de todo. Llevo en esto más de cuarenta años y nadie sabe más de puteríos que yo. ¿Entiendes?, nadie.

Maru empezó a desconectar, aprendió a hacerlo casi desde el primer momento que conoció a Clemente, su jefe; el mismo día que fue a pedirle el puesto que solicitaban: "bailarina porno". Ella le explicó el número que pensaba representar, a él le pareció "original, distinto y limpio". Le dio el trabajo, pero antes hizo que se metiera bajo la mesa y se la chupara mientras él, por teléfono, terminaba de hacer los pedidos de bebidas.

Caminó tras aquel hombrecillo atravesando una maraña de mesas y sillas desordenadas. Unas débiles luces puntuales iluminaban los

cuadros de las paredes. Uno de ellos, situado detrás de la barra, presentaba en detalle una gran polla negra que descargaba un generoso chorro de semen sobre la cara de una jovencita de tez pálida, labios rojos y boca entreabierta; debajo, en letras azules, se leía: "BLACK POWER".

Las paredes tapizadas en color rojo vino, mostraban con descaro el paso de los años y la humedad, y el olor a pino del desinfectante barato, recordaba a los antiguos cines de barrio de sesión continua. Una música de boleros, abusiva en graves, completaba un cuadro tan previsible como grosero:

Después que nos besamos con el alma y con la vida,
te fuiste por la noche de aquella despedida.
Yo sentí que al irte mi pecho sollozaba
la confidencia triste de nuestro amor así.

—Tienes todo preparado en tu camerino menos el lubricante, ja, ja, eso quedamos en que lo pondrías tú, ja, ja —dice el hombrecillo sobándole las nalgas a conciencia.

—Sí, prefiero usar el mío, me da alergia cualquier cosa, mi vaselina es muy suave, ya sabes... —responde Maru guiñándole un ojo mientras le aparta la mano del culo.

Maru entró en aquel pequeño cuartucho (que Clemente llamaba pretenciosamente camerino) decorado a la antigua usanza: biombo con motivos taurinos, espejo rodeado de bombillas con una proporción de fundidas del cincuenta por ciento, y una barra de pared a pared como ropero, repleta de lentejuelas y plumas, tantas arriba como en el suelo. Hacía siglos que no se barría.

Un ventilador color bronce viraba monótonamente de un lado a

otro, agitando las puntas despegadas de múltiples carteles anunciadores de antiguos espectáculos que cubrían las paredes, dando todo ello una terrible sensación de lugar abandonado.

Sobre la mesa: maquillajes, pinturas, pinceles, pestañas postizas y pañuelos de papel, muchos pañuelos de papel usados convertidos en pequeñas pelotas, que se movían libremente por toda la mesa empujadas por una brisa artificial.

Seis botellas de distinto tamaño, dispuestas en fila, reposaban frente al espejo. Aunque no tenían etiquetas ni tapones, eran fáciles de reconocer: una era de cava, otra de vino, las dos siguientes de cerveza, otra de whisky, y la última de anís.

—¿Lo encuentra bien de azúcar?

—Sí, gracias. Tiene la justa.

—¿Quiere alguna cosa más?

—Sí, haga el favor de traerme el informe de ventas del mes de mayo en Cataluña, y no me pase ninguna llamada.

—En seguida.

Se toma el humeante café de un sorbo cerrando los ojos y conteniendo la respiración para no tener que olerlo. Tira el vaso de plástico a la papelera, junto a los dos anteriores. Era el último del día, y el que más necesitaba.

—Aquí tiene su informe.

—Gracias Lucía.

—Si no necesita nada más me marchó, son ya las ocho y media y...

—Sí, perdone, puede marcharse. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Se queda mirando el gráfico, lo hace durante un buen rato, pero no se puede concentrar; solamente ve columnas de distintos colores y alturas, nada más. Levanta la cabeza y recorre con la vista su despacho, su gran despacho: maderas nobles, alfombras turcas, minibar, aire acondicionado, hasta un acuario repleto de peces tropicales, todos azules, su color favorito.

Nadie logra algo así antes de los cincuenta. Él, sin embargo, hacía nueve años que se sentó en el sillón del director; con veinticinco recién cumplidos. No le costó mucho conseguirlo, su padre se lo cedió poco antes de trasladarse a Boston. Un avanzado cáncer le roía la garganta, y la esperanza económica le llevó allende los mares a buscar un remedio que ya no existía.

"Mientras, te harás cargo de todo, al fin y al cabo existe el teléfono y el fax", le dijo su padre al marchar, "estaremos en permanente contacto", fueron sus últimas palabras. Dos meses más tarde, le enterraban en el panteón familiar. Fue en una mañana clara, sin nubes. Una leve brisa alborotaba sus cabellos algo largos. Su madre lloraba en silencio. Él tenía una rara sensación: sus pies le parecía como si no tocaran el suelo, se sintió gravitar, su cuerpo ascendió y lo creyó desvanecer al alcanzar una altura desde la que podía ver el entierro con todos los asistentes inmóviles, y en ese estado de ingravidez etérea y absurda se sintió feliz.

Hacía rato que se había quedado solo. Como todos los viernes, permaneció sentado en su despacho, esperando inquieto a que llegara la hora. Juguetó con las llaves de su coche, dio vueltas al llavero hasta que consiguió, entornando los ojos, que el caballito pareciera que brincara.

Miró por enésima vez el reloj. Podía ir preparándose. Abrió el tercer cajón de la mesa (el único que siempre cerraba con llave) y sacó una camisa blanca y un pantalón vaquero. Se desnudó, y guardó cuidadosamente la ropa en el armario, incluidos los calzoncillos.

Eran las diez menos cuarto. Fue apagando las luces, el aire acondicionado; echó de comer a los peces su cuarta comida y conectó el fax; por último, miró a su alrededor para comprobar que todo estaba bien, el resto de los días lo hacía su secretaria.

Guardó su cartera en el bolsillo trasero del pantalón, y las llaves en el de la camisa, ya que tenía cortados los bolsillos delanteros del vaquero. Cuando iba a cerrar la puerta, se detuvo "¡Los pañuelos de papel!" se reprochó mentalmente.

Desabrochó con torpeza el cinturón y continuó con los botones de la bragueta, ayudada de ambas manos.

—Me gusta más cuando traes el chándal.

—...

—Así es mucho más incómodo.

—Lo siento.

—No te preocupes; mira ya asoma, ¡qué gordita está! Ya verás... te los bajo hasta los tobillos sin quitarte las zapatillas. Sé cuánto te cuesta atarte luego los cordones.

Esther tiró de los pantalones, y después lo hizo de los calzoncillos, hasta dejar ambos por debajo de las rodillas. Tanteó con los dedos y liberó los testículos medio aprisionados entre los muslos. Román se tumbó en el sofá, y se quitó la camiseta.

—No quiero mancharme la camiseta de los Chicago Bulls, es mi favorita.

—No te preocupes Román, sabes que nunca se me cae ni una gota; pero si prefieres te lo puedo hacer de pie, aunque así tumbado me lo puedes hacer a mí también. Mira, con tanto hablar, se te ha quedado toda

arrugadita. Verás que pronto se pone gordota otra vez.

Esther, se agachó sobre el vientre y, lentamente, introdujo el trozo de carne en su boca. Lo mantuvo dentro, haciendo un movimiento de absorción y expulsión durante unos minutos, sin sacárselo del todo. Sus dorados y largos cabellos rozaban los cojones de Román, haciendo que se le erizara toda la piel. Paró un momento para tragar la saliva que se iba acumulando en su boca; parte había resbalado por el pene y mojado los cojones. Continuó lamiendo golosamente, sujetando la polla con la mano derecha. Como si de un helado de cucurucho se tratara, chupaba y chupaba el descubierto glande de Román. Se la metió de nuevo entera y la mantuvo dentro durante un buen rato. La dejó crecer y volvió sobre el glande. Su mano se llenó de carne tensa que agitó violentamente, resbalando con facilidad en un recorrido que empezaba en las pelotas y terminaba en sus labios, y vuelta atrás.

—¡Para, para! Ya noto el cosquilleo, ¡no sigas que se acaba!

—¡Uhhh! Ya paro. ¿Has visto? Esperamos un poquito y luego a mí, ¿vale?

—Vale —acertó a decir Román, con la respiración entrecortada.

—Un momento, no te muevas, voy a por una toalla para secarte un poquito. Se va a manchar el sofá de saliva y después, a ver qué digo.

Aparcó el coche en un paso de peatones; llegaba tarde y no tuvo paciencia para esperar en la cola del parking. Tan solo se encontraba a pocos metros del objeto de su espera. Todos los viernes igual, todas las semanas igual, e igual todos los meses durante el último año; distinto, sin duda, a todos los demás.

—Buenas noches Sr. Gálvez. La misma mesa ¿verdad?

—Sí claro.

—No sé por qué se lo pregunto, si ya se la reservo yo gustoso todos los viernes —añadió el pequeño hombrecillo cogiendo el billete que Jonás le tendía, en actitud de complicidad, al estrecharle la mano.

—¡Dese prisa, la actuación va a empezar!

Las luces se apagaron. La sala quedó iluminada únicamente por unas pequeñas lamparitas de pantallas medio quemadas. Comenzó a sonar una música de striptease barata, mientras un foco de color rojo se encendía e iluminaba una silla en el centro del escenario.

Jonás, bebió un trago largo de su gintonic, después, apagó la luz de su lamparita. En la semioscuridad se sentía seguro, protegido por una coraza de negrura lo suficientemente espesa como para retener sus sentimientos y ocultar su resplandor venéreo. Notó un desperezamiento, un cosquilleo, el principio de la erección.

— A continuación, lo que estaban esperando: Milú, la reina del porno, y su afición a la botella —anunció una voz en off.

Milú apareció por un lateral del escenario. Llevaba unos zapatos azul eléctrico, de altísimo tacón, un diminuto tanga del mismo color y una máscara que ocultaba la mitad de su rostro, dejando al descubierto una pequeña naricilla y una forzada sonrisa. Esbozó una breve coreografía al ritmo de la música, pero en seguida pasó a la acción. Le temblaban algo los dedos cuando desató los nudos que, a ambos lados de sus caderas, sujetaban el tanga. Estaba tan excitada como su público, quizá más, para ella era una necesidad, algo sin lo que no podría vivir.

Los focos la cegaban, sólo distinguía las siluetas de los clientes, en su mayoría ocupando una mesa en solitario. No veía sus rostros, pero intuía sus miradas, presentía sus respiraciones aceleradas... y sus

erecciones; las notaba en su piel, en sus pezones, en su vagina: empezó a humedecerse.

Milú, se encaminó hacia el fondo del escenario, desde allí, lanzó el tanga que cayó sobre el hombro de un cliente de la primera mesa. El hombre, de mediana edad y aspecto neutro, se apresuró a cogerlo; lo desdobló con cuidado apoyando la diminuta tela sobre la palma de su mano, acercó su nariz y lo olió profusamente. Antes de guardárselo en el bolsillo de su chaqueta, recorrió con su lengua el interior varias veces, persiguiendo, sin duda, el rastro de la vagina que había albergado. Buscó el gusto dulzón del flujo pero sólo encontró un molesto sabor a vaselina.

Milú volvió con algo en la mano. Era una botella de cristal mateado. Ensayó unos torpes pasos de baile alrededor de la silla, lamiendo la boca de la botella. Apoyó ésta en la silla, e hizo un breve ensayo masturbatorio antes de situarse encima del combinado silla/botella. Escupió en su mano y se humedeció el coño, frotándose e introduciendo varios dedos en su interior. Cuando se consideró preparada, comenzó el descenso. Bamboleaba el culo de un lado a otro, con una mano se acariciaba los pechos y con la otra abría su vagina que, poco a poco, iba engullendo el cuello de vidrio.

En la mesa del fondo, Jonás ya había comenzado a masturbarse. Con la mano metida en su bolsillo inexistente, y sin calzoncillos, tenía fácil acceso a su miembro. Primero lo dejó crecer, sin tocarlo; sólo su pensamiento, alimentado por el espectáculo, bastó para que las primeras gotas lubricantes aparecieran en su glande. Jonás miraba fijamente la escena sin parpadear. En el cenicero se consumía el cigarro dejando su esqueleto de ceniza. Las virutas de humo ascendían con rapidez absorbidas por los extractores, dibujando en su recorrido curiosos arabescos.

Milú, tenía ya un tercio de la botella introducida en su vagina.

Paró y suspiró hondo. Llegaba el momento. Una semana de espera, pero merecía la pena. Todo compensaba: la huida furtiva de su casa cada viernes, las mentiras y los abusos que debía aguantar del dueño del local. Aquel lugar grotesco se iba borrando de su mente a cada instante, y desaparecía diluido en su flujo.

Sin moverse de la silla acercó, a duras penas, una copa que había situada a su derecha, en el suelo. La puso a mano: era su sorpresa final. Los clientes habituales la conocían ya y la esperaban con ansiedad; los nuevos quedaban estupefactos, y a la vez, disgustados por haberse corrido pensando que todo había terminado.

Milú echó el culo hacia atrás y el pecho hacia delante, sujetó la botella con ambas manos y comenzó, en un principio despacio y cada vez más rápido, a mover su pelvis. La botella entraba y salía de una vagina, tan roja y dilatada, que parecía a punto de estallar. Buscó entre el público reducido a escuetos contornos, escudriñó ansiosa; el orgasmo estaba a punto. Halló, en una mesa del fondo, una figura solitaria completamente a oscuras, sólo una tenue luz lateral, procedente de un pequeño luminoso de la pared, dejaba adivinar la escena. Milú se sentó sobre él. Bajó la cabeza, y con un brusco movimiento de caderas, introdujo la botella en su coño, inmenso, casi por completo. Se preocupó en acompasar sus vaivenes con el descarado movimiento del brazo del desconocido cliente: cuando él lo aceleraba, ella también, cuando él aminoraba, ella se recreaba haciendo girar su coño alrededor del cristal. Entornó los ojos y logró contactar. Poco a poco la botella cobraba vida y se transformaba en una enorme verga que la destrozaba por dentro; una verga oscura, un trozo de carne duro y anónimo que la enloquecía sin necesidad de comprometerla.

Vio cómo él movía la cabeza de un lado a otro y aceleraba el ritmo. De pronto se tensó y notó los espasmos de su cuerpo. Milú rindió la

cabeza, y el pelo empapado en sudor tapó su cara. Tuvo un orgasmo tan brutal que su cuerpo quedó paralizado, trabado, y fue su mente la que viajó por un torbellino de imágenes que casi le hicieron desmayarse.

Se había corrido tan copiosamente que las gotas de semen empezaron a resbalar por la pernera del pantalón. Sacó la mano de su bolsillo y la limpió meticulosamente, utilizando unos pañuelos de papel que después hizo desaparecer debajo de la mesa. Empezó a sentirse molesto por lo pringoso que estaba. Miró a su alrededor y comprobó cómo algunos, expectantes, retrasaban la corrida a la espera del aperitivo final; otros ya habían terminado e intentaban ocultar lo sucedido, como el tipo al que le cayó el tanga que, disimuladamente, se limpiaba la corbata con el pico del pañuelo mojado en cerveza.

Jonás, bebió de un sorbo el resto del gintonic y se marchó. Tenía suficiente y prefería irse antes de que encendieran la luz general. Con paso decidido alcanzó la puerta de la calle, salió, y recorrió los escasos metros que le separaban de su coche; bajo la luz macilenta de un par de farolas con bombillas minusválidas. Cuando se sentó al volante sintió cómo el semen empezaba a secarse y a unir la tela con el vello púbico, "otra vez los tirones", pensó. Y arrancó camino de la oficina.

En el escenario, Milú estaba a punto de concluir el número. Se fue incorporando al tiempo que con las manos sujetaba la botella introducida en su vagina prácticamente por completo. La sacó del todo y cogió la copa que había en el suelo, junto a la silla. Se relamió y vertió el contenido de la botella en la copa hasta casi llenarla. La tomó con ambas manos y la olió; metió en ella la punta de la lengua, luego la introdujo entera, y por último, bebió de un trago el resultado de su orgasmo.

Eran las once y media, lo tenía todo calculado. Llegaría a la oficina a las doce menos diez, se ducharía y se cambiaría de ropa. Sentado en

su despacho se serviría un gintónic bien cumplido, encendería un cigarro y esperaría que sonaran las doce y media para volver a tomar contacto con la realidad, con su vida y su familia. Llegaría a casa sobre la una, después de "un agotador día de trabajo" coronado, como todos los viernes, por "unas reuniones de balances y objetivos", que se venían produciendo desde hacía algo más de un año. Tenía la mirada fija en el parabrisas cuando los recuerdos llegaron a su mente:

—Quiere ir a un local de esos de espectáculos porno, jefe. Dice que por aprovechar su viaje a Madrid y echar una cana al aire —le dijo su delegado de ventas—. Insistió mucho sobre el tema, y llega mañana... Es un buen cliente, pero....

—¿Pero qué? —le replicó airado Jonás.

—Pretende que sea cutre y duro.

—Bueno, ¿por qué no? Busca un local de esas características, y dile a tu mujer que mañana no te espere levantada.

Recordó con nitidez aquella noche: aquel importante cliente (borracho como una cuba), su delegado de zona y él, sentados alrededor de una pequeña mesa, en un antro tan repugnante y deprimente que tuvo que tomar varias copas para intentar ajenarse un poco del entorno.

Fue una clara noche de verano, un viernes, sobre las diez y media. Llegaron en taxi hasta donde era permitido. Continuaron a pie por una serie de calles peatonales, solitarias y oscuras. Preguntaron a un señor de cumplidos años que caminaba zigzagueando, con las manos en los bolsillos, y con aspecto de vivir en aquel barrio.

—Buenas noches. ¿Un local que se llama Varadero?

—¿Cómo dice?

—Si conoce un bar que se llama Varadero.

—¿Varadero? No me suena. En esta calle está el bar del Lolo,

la Marisquería del Norte, el Bar Tauro y el del Tomás pero, ¿Varadero?... no me suena, no —escupió las palabras con olor a vino y boquerones en vinagre.

—Bueno, no es un bar normal, es un..., cómo diría, un club nocturno, ¿entiende?, con espectáculo de chicas.

—¡Ah! ¿El de las putas? Sí, está al final de esta calle, a la derecha. Pero aquello es muy bajo, muy sucio, no sé si es para ustedes, poca categoría tiene el sitio. No sé si será ése por el que me preguntan.

Jonás, tenía un contrato firmado por ese gañán, de doscientos millones anuales renovable a los cinco años, y lo demás le daba igual. Aguantaría lo que quedara de noche, y al día siguiente, todo habría sido un mal sueño.

—Me gusta, me gusta el sitio —balbuceaba aquella estructura inestable de huesos y pellejo, borracha y sudorosa—. Muy bien elegido, lo que a mí me gusta; nada de sitios finos, con camareros elegantes y señoritas que parecen ir a una puesta de largo. A mí, me va el lumpen. Cada cosa en su sitio: el puterío cutre y las bodas finas. Me encantan estos locales con los manteles sucios, las luces fundidas y ese olor... —bajó un poco la voz, y se acercó al oído de Jonás— ...a chocho barato. Si me lo ponen muy fino ni me empalmo; pero esto es otra cosa... —volvió a bajar la voz—, la tengo dura desde que entré por la puerta.

Jonás y su delegado asentían sin demasiado entusiasmo, mientras el enjuto cliente pedía, con la mano en alto, una nueva ronda al tipo bajito y cejudo que servía las mesas.

Con la quinta copa empezó el espectáculo. Las luces se apagaron y un haz rojo iluminó una silla en el centro del escenario. Lázaro, el jefe de ventas, se había quedado dormido, acurrucado en la silla con un rictus muy cómico: la mano apoyada en su cara, enarcadas las cejas y su labio inferior, desprendido ligeramente, dejando entrever una hilera de dientes

desordenados. El saco de huesos, ajeno por completo a sus compañeros de mesa, encendía nervioso un majestuoso puro y, con la mano extendida, pedía otro whisky a gritos.

La música cesó. Una voz en off anunció el número: "Milú y su afición a la botella". Jonás quedó paralizado. Una rubia delgada, de unos treinta años, caminaba semidesnuda por el escenario llevando una botella en la mano. Una máscara negra cubría parcialmente su cara, pero dejaba entrever un dulce y aniñado rostro, unos ojos de un azul intenso y unos abundantes labios rojos. Esperaba, con una pierna sobre la silla, el comienzo de la música que acompañaría su número.

Sigue Jonás con la mirada fija en su parabrisas y en los pilotos rojos de los coches que le preceden. Su mente, de pronto, como lo hiciera aquella noche, recuerda las luces inútiles, el olor a óxido y a humedad, el ruido por música y, sobre todo, a la mujer que había en el escenario; aún cree oír sus gemidos, los mismos que inundaron su carne, la endurecieron y la hicieron explotar en cuestión de segundos sin tan siquiera tocarla. Recuerda lo sucio que se sintió allí sentado la primera vez, y la duda que lo mantuvo inmóvil en la silla. Entonces no supo (y aún se pregunta) si fue el entorno, la bebida o aquel antifaz lo que le excitó de aquella manera; o si fue el hecho de que la depravada mujer que se retorció sobre una botella fuese Maru: su esposa.

Esther se quitó las bragas y las dejó cuidadosamente encima de la mesita que había delante de la televisión, junto a las patatas fritas y los vasos vacíos manchados de batido de chocolate.

—Debemos darnos prisa, es muy tarde, y estoy que no aguanto más. ¡Espera! No te tumbes todavía Román, tengo que poner la toalla antes;

así, ahora puedes. Levanta un poco el culito; así, perfecto. Échate un poco hacia fuera; bien, ahora me subo yo encima. Tú indícame...

—Un poco más atrás, así no llego —musitó Román con voz nerviosa.

—A ver, prueba ahora. Yo llego bien, verás...

Esther agachó la cabeza hasta el sexo de Román, lo tomó con su mano y lo introdujo en la boca; Román entonces tiró del culo de Esther hacia él, y puso un cojín bajo su cabeza. Levantando un poco el cuello podía alcanzar con facilidad su vagina; la lamió fugazmente y volvió a reposar la cabeza sobre el cojín.

—¡Perfecto!, ya podemos empezar. Y ya sabes, el primero que termine pierde.

—Preparados..., listos..., ¡ya! —exclamó Esther en voz alta.

—¡No grites! Es tarde y nos pueden oír.

Mientras Román le recriminaba su entusiasmo deportivo, Esther lamía con desesperación el aún breve miembro de su compañero. Movía su cabeza con auténtica histeria, los cabellos revueltos se agitaban de un lado a otro de los muslos de Román. Consiguió el equilibrio: su boca engullía una y otra vez la polla, su mano izquierda apretaba con fuerza la base del miembro y la derecha jugaba nerviosa con los cojones, manoseándolos alternativamente y acariciando con meticulosidad el terreno neutral que existe entre éstos y el ano. Román por su parte tenía hundida la cara entre las nalgas de Esther. Con ambas manos separaba los glúteos para tener un mejor acceso a su vagina. Su boca, lamía, chupaba y mordía la rosada y mojada raja, y su nariz se hundía, casi por completo, en el agujero del culo. Buscaba desesperadamente su pequeña y esquiva protuberancia, ese diminuto trozo de carne que le podría hacer ganar la apuesta. El sabía que cuando lo hallaba y lo lamía, Esther tenía bruscas contracciones y aceleraba su acción chupadora hasta hacerle a veces

daño en la pija.

Román paró un momento para quitarse un pelo de la lengua y tomar aire. Tragó saliva y continuó, pero esta vez con más ímpetu. Notaba cómo su pene empezaba a moverse involuntariamente y sentía ese característico hormigueo. Sus cojones, duros como pelotas de golf, tensaban su escroto que ya no pendía, sino que se mostraba compacto y duro, pegado a la base de su polla. Experimentó un tremendo placer cuando el dedo de Esther dibujó imaginarios círculos alrededor de su ano. Le pareció buena idea, lo tendría en cuenta, había que utilizar las armas del enemigo: estaba dispuesto a ganar.

Con gran meticulosidad, e intentando ajenarse de su cuerpo de cintura para abajo, buscó y encontró el clítoris de Esther; lo marcó con su dedo índice y, con su mano libre, abrió bien la vagina, lo suficiente para que su lengua pudiera entrar con facilidad, sin tropezar con los labios. Teniéndolo a su alcance, retiró el dedo y dejó tensarse de nuevo la pequeña protuberancia; acercó su lengua y la lamió. Comenzó lento, luego aceleró. Con la boca entreabierta, pronto la saliva empezó a acumularse y a resbalar por su barbilla; primero fue un pequeño hilito, después se desbordó a borbotones por ambos lados de sus mejillas a cada movimiento de su lengua. No quería parar, tenía el objetivo localizado y dominado, no podía detenerse a tragar. Esther se bamboleaba de un lado a otro y contraía su vagina, como hacía siempre que estaba a punto de terminar. Vio cómo su ano se abría y cerraba y decidió actuar: sin dejar de lamer su clítoris, Román, mojó su dedo pulgar con el abundante flujo que salía de la vagina y resbalaba por ambos muslos. Posó el pulgar empapado sobre el fruncido agujero y, plagiando a Esther, lo acarició describiendo círculos; actuó durante unos instantes y esperó unos resultados que no tardaron en llegar: el ano se dilató y la vagina se contrajo hasta casi cerrarse. Esther dejó de chupar sin sacarse la polla de su boca, que metida

hasta su garganta ahogaba los profundos gemidos, que gorjeaban al no poder salir, debido al estrecho espacio y a la abundante saliva. Román lo entendió y se sintió contento, tenía el triunfo en sus manos. Volvió a mojar su dedo y lo introdujo en el agujero del culo; lo hizo de abajo a arriba, con lentitud, con curiosidad infantil. Le sorprendió lo húmedo y suave de su interior, y decidió explorarlo a fondo. Movi6 el dedo en círculos y recorrió una cavidad que, aunque estrecha, se dilataba fácilmente. Pasados los primeros momentos de novedad se centró de lleno en la tarea. Esther se desplomó sobre su vientre con el zinganiillo medio fuera de la boca; se aferraba a los pantalones bajados de su compañero de juegos, rindiéndose al estallido de su cuerpo. Román sacó el pulgar e introdujo el índice; una vez dentro lo giró rápidamente, alternándolo en ocasiones con golpes bruscos. Fue intensificando la velocidad del dedo y de su lengua hasta que Esther despertó de su momentáneo letargo y volvió a chupar su amoratado pene. De pronto, Román se asombró al ver que el cuerpo de ella se ponía rígido, le pareció que toda su piel se tensaba, y dejó de oír sus gemidos. Se asustó un poco, pero no se detuvo, y siguió hasta que ésta, con un brusco golpe de caderas le comprimió el coño contra la cara, consiguiendo que el dedo entrara en su ano hasta los nudillos. Los movimientos desordenados del culo se intensificaron y Esther restregó con fuerza la vagina por la cara de Román haciendo brotar auténticos chorros de líquido transparente que él evitó, en lo posible, que terminaran en su boca.

—He ganado —musitó Román con entusiasmo contenido, limpiándose la cara con las manos—. Has terminado antes que yo: te toca recoger la mesa.

Esther se convulsionaba al mismo tiempo que chupaba el pene de Román, y continuó haciéndolo hasta que éste estalló e inundó su boca; parte del semen entró directamente por su garganta, el resto lo tragó con algo de dificultad debido a su acelerada respiración. Una gota escapó de su boca y

resbaló por el pene; Esther la atrapó con su dedo antes de que llegara a los testículos y, con gesto goloso, lo lamió.

—¡Bueno ganaste! Otra vez tendré que recoger yo. Vístete y vete; ordenaré todo un poco.

—Oye, Esther —balbuceó Román subiéndose los pantalones—, ¿a ti, a qué te sabe mi líquido?

—¿Tu líquido? —repitió ajustándose las braguitas rosas—. Al principio a nada; y el otro, el blanco, no sé, un poco a cerveza caliente —contestó satisfecha de su observación—. ¿Y a ti el mío?

—El tuyo no me gusta nada —respondió de inmediato—. El del final, cuando sale más, me sabe a la sopa de letras que me hace mi mamá, ¡puag!

Una jarra de café recién hecho humea sobre la mesa. Suena un CD en el salón y el sonido llega tamizado a la cocina. Maru prepara con esmero el desayuno (unas tostadas con mermelada) y tararea la canción siguiendo tímidamente el compás con la cabeza, moviendo su rubia melena despeinada de un lado a otro:

Somos un sueño imposible que busca la noche,
para olvidarse del tiempo del mundo y de todo.
Somos en nuestra quimera doliente y querida,
dos hojas que el viento juntó en el otoño.

Unos débiles rayos de sol mañaneros salvan con cierta dificultad la persiana para terminar posándose sobre la mesa de cristal donde se dispone el desayuno.

Jonás sale de la ducha y atraviesa el pasillo en dirección a la cocina. Lleva una toalla anudada a la cintura y con otra se seca la cabeza. Aminora el paso a medida que se acerca a la puerta. Se detiene con sumo cuidado. Casi de puntillas cruza el umbral y, conteniendo la respiración, observa furtivamente. Maru, de espaldas, no puede verle. Ajena por tanto a su presencia, continúa preparando el desayuno, esbozando un breve baile al ritmo suave de la música. Jonás no quiere interrumpirla. Apoyado en el marco de la puerta respira con dificultad y se siente gravitar. Ascende hasta chocar con el techo y, desde allí, su mirada gaseosa se centra en el culo de su mujer. Sigue su movimiento: cómo roza la tela, cómo la ciñe. Dibuja sus nalgas a través del camión e imagina que debajo se encuentra un menudo tanga azul eléctrico lleno de lentejuelas. Su mente continúa ingravida pero su cuerpo se resiste a perder entidad; entonces, su pene, lucha inútilmente contra la tensa toalla anudada a su cintura y pierde.

—Cariño, ¿qué tal la función de anoche? —pregunta Jonás indiferente ojeando las páginas de espectáculos del periódico.

—¿La función? Sí... sí muy bien.

—¿Qué viste?

—Una obra clásica, El Avaro, en adaptación de... Ángel Gutiérrez.

—¿Qué tal estuvo?

—Bien, ya te digo. Una compañía joven, algo inestable en el escenario, pero convincente. Se la recomendaré a mis alumnos.

—Fuiste con Luisa, ¿no?

—Sí, a ella no le gustó, ya sabes, es un poco rara —suspira satisfecha.

—Ya. ¿De qué decías que era profesora?

—De Humanidades.

—Bueno, me alegro que lo pasaras bien otro viernes cariño.

Jonás sigue mirando el periódico. Juguetea con el mechero y ejerce de padre.

—¿Y Esther, no se levanta a desayunar?

—Ah, es verdad, olvidé decirte que esta mañana no se encontraba bien. Anoche estuvo viendo la tele hasta muy tarde, y tomó demasiadas patatas fritas y batido de chocolate.

—Siento que se quede sola los viernes pero, la oficina, y tú... bueno te viene bien para tus clases de Literatura.

—También lo siento yo.

Jonás mira de reojo a Maru y la ve untar de mermelada una tostada por segunda vez.

—Cariño.

—Dime.

—¿Qué suena?

—Machín.

—Me pone triste.

—Y a mí.

Jonás ha localizado en el periódico lo que buscaba: "Teatro Príncipe Gran Vía, Tres Cruces, 10 (...) taquillas de 12 a 2.00 (...) El Avaro de Moliere, en adaptación de Enrique Llovet. Compañía...". Esboza una sonrisa. "¡Qué descuidada es!", piensa.

El día continúa:

Somos dos seres en uno que amando se mueren,
para guardar en secreto lo mucho que quieren.
Pero qué importa la vida con esta separación.
Somos dos gotas de llanto en una canción.

Maru recoge el desayuno y pone el lavavajillas. Los rayos de sol recortan la figura a contraluz de Jonás. Sentado a la mesa de la cocina fuma un cigarrillo lentamente, recreándose, mientras el humo asciende dibujando múltiples arabescos. Maru le observa, tiembla, se acelera, se humedece:

Pero qué importa la vida con esta separación.

Somos dos gotas de llanto en una canción.

Nada más que eso somos, nada más.

EPILOGO

Andaba yo liado con mis imaginaciones cuando Elisea, una antigua amiga de la infancia, se acomodó en mi modesto sofá/cama de dos plazas, y sin mi permiso, comenzó a leer lo recién sacado de la impresora. De nada sirvieron mis objeciones, nada ya podía hacer para que dejara de curiosear en mis escritos. Elisea era tenaz y tozuda, de ideas fijas y fijas miradas; Elisea era, a pesar de todo, mi gran debilidad.

—¿En serio crees que toda la gente guarda celosamente un mundo oculto a los ojos de los demás, un lado improclamable que sólo aflora al cerrar la puerta tras de sí?

—Yo no creo nada.

—Tan categórico y discreto como siempre.

—No he pedido tu opinión, gracias.

—Tienes una idea un tanto extraña de la gente, ¿no crees? Una idea algo limitada.

—Vale.

(Admito que empieza a cansarme mi "debilidad")

Elisea se levantó del sofá y el papel continuo cayó, premonitoriamente, al suelo. Se paseó por mi cuarto con aquel ajustado vestido de licra conteniendo sus abundancias pero no su lengua.

—Suponiendo cierta tu teoría, ¿cuál sería tu lado oscuro?

—No es ninguna teoría, eres tú la que está sacando las conclusiones —le espeté con un gesto distraído que me costó mantener. Veía

que me iba acorralando irremisiblemente, y no dispuesto a tomar de mi propia medicina me enroqué corto y pasé de cuestionado a cuestionador—. Te invito a que seas tú la que me hable de mi lado oscuro, como lo has llamado, a que intentes adivinar cuál puede ser y en qué consiste —concluí satisfecho de haber realizado la pregunta correcta.

—¿Yo?, ¿Cómo podría? Eso es algo que sólo se vive de puertas para adentro, ¿no? Algo íntimo, secreto.

—Íntimo, secreto —repetí cargando el tono de voz con el mayor acento de burla que mis cuerdas vocales pudieron reproducir sin romperse en mil pedazos.

—A veces te pones imposible.

(Urge cambio de personaje, éste prometía pero se está poniendo un poco pesado y veo que su interés por mí no va más allá de lo, digamos, metafísico).

Suena el timbre de la puerta, y como la campana en un combate de boxeo, llega justo y deseado. Abro y se introduce sin saludar mi amigo Constantino. Camina a saltitos igual que un pájaro, aleteando al andar las hojas del último número de la revista Atalaya. Él y Elisea se cruzan en el pasillo y se dirigen un hola tímido y delator: creo que se entienden. Como atraído por un imán, mi amigo, se dirige hacia el cuarto donde escribo y recoge, con cuidado, el papel continuo del suelo.

—No es nada, unos apuntes solamente —no me responde, toma asiento y comienza a leer con el ceño fruncido. Elisea, entre tanto, pasea de un lado a otro de la habitación sin prestarnos la menor atención.

(¿Cuándo se quedó Elisea en ropa interior?).

Trascurrido el tiempo necesario para que Constantino leyera lo suficiente como para opinar...

—Previsible.

—¿Cómo? —respondo haciéndome el loco a pesar de saber de antemano lo que iba a decirme. A fin de cuentas yo también soy el autor del epílogo.

—Si quieres que te dé mi opinión...

(No quiero).

—Por supuesto. El que escribe para uno mismo o está en el grado sumo de la felicidad onanista o es un suicida en potencia. Se escribe para los demás, hay que ser generosos. Dame tu opinión, escucho.

—... muy previsible. Dentro de su incongruencia claro.

—Constantino, son unos apuntes tan solo, aún no está perfilado del todo.

—Sí, pero la base está, y apesta.

(Me equivoqué al abrirle la puerta, al dejarle que leyera mi libro y al hablarle de los suicidas, nunca debí sacarle a escena, pero ya que está...).

Elisea, de espaldas a mí, cree ingenuamente que no la veo. Apoyada contra el armario no quita ojo a Constantino.

(Creo mi oportunidad de taparles la boca durante un rato y no la desaprovecho. Mientras pensaré en algo mejor).

Mi amigo alza la vista y repara en las insinuaciones de reclamo sexual que le manda Elisea, cubierta ya por un brillante vestido de carne de primera calidad.

(¿Cuándo se desnudó?).

Constantino se levanta del sofá/cama y, evitando llamar mi atención, acude al encuentro del deseo como era previsible. Para no obligarles a realizar sutilezas de comunicación corporal en baja audición, me largo y les dejo follar tranquilos. Mientras salgo del cuarto, llevando mis escritos, que ya me pesan como una losa, oigo cómo, Elisea, dice susurrando (o en voz alta, ya

veremos): "cómete mi zona oscura".

(Me tomo un trago largo de cerveza a gañote para digerir un poco mejor mis dos primeros fracasos, y sin demora, acometo mi tercer intento).

Es Margarita la que acaba de terminar de leer los ya conocidos escritos en papel continuo (el cómo y el por qué de su llegada es una pura licencia literaria para ahorrarse absurdas excusas: en la ficción todo es posible). Levanta la vista y me mira (contemplo expectante mi nueva creación; aún no ha hablado y ya dudo de ella).

—¿Y el título?

—¿Qué pasa con él?

—No entiendo qué tiene que ver con las historias.

—La verdad es que yo tampoco (a veces, la solidaridad, es conveniente para terminar discusiones antes de que empiecen). ¿Y del resto qué? —lanzo la pregunta sin demasiada confianza.

—Mojarme no me he mojado, si es lo que pretendías.

—Bueno, de algún modo, causar una cierta humedad no puedo negar que sea la idea general, un resultado acorde con el género tratado; aunque no es menos cierto que es difícil exponer el drama del alma y de la carne sin hablar libremente de ellos.

—Pues a mí, la verdad...

—La estimulación no es universal, ni tan siquiera genérica. La permeabilidad de los sentidos no es igual en todos nosotros: unos son más afortunados que otros.

—¿Me estás llamando frígida?

(Creo que empiezo a desquiciarme con el personaje).

—Hola Antonio, no te había visto.

—Me dijiste que te trajera un cartón de tabaco del blando,

¿recuerdas?

Antonio es un robusto y bien parecido negro que vende tabaco de contrabando en la puerta del metro.

(¿Qué hace aquí? No tengo ni la menor idea, aunque sospecho lo peor).

—Bien, bien, déjalo encima de la mesa, voy por tu dinero.

(Parece que Antonio reclama su protagonismo, sabe que le dejé caliente e incompleto en la que hubiese sido la tercera historia, y viene dispuesto a todo).

Hago tiempo antes de volver al salón; cuando llego, encuentro a Margarita saboreando una generosa polla egipcia criada a las orillas del Nilo. Intento no importunarles y no paso del umbral de la puerta.

(Pierdo el control y sitúo a ella en cuclillas sobre la cara de él).

Margarita grita y restriega su coño contra el rostro, oscuro y sin afeitar, del egipcio.

—Vamos, chúpamelo, estoy empapada, así, sigue, sigue. Así, así...

Abandono el salón cuando Antonio descarga sobre la cara de Margarita; el semen le resbala hasta la boca mientras me mira confundida (no me extraña).

(El ambiente se está cargando demasiado y decido poner fin a semejante embrollo. Antes de que mi sexo sustituya a mis dedos en el teclado, y sin prestar atención a la escena que se está desarrollando en la habitación, busco en el directorio y selecciono el archivo a borrar, entre los gemidos, altamente artificiales, de mis imaginarios compañeros de cuarto. Y dispuesto a acabar con todo tecleo: C:\HERMÉTICO\EPÍLOGO\DEL*.*).

Antonio y Margarita irrumpen en la habitación con la excusa de

no encontrar el cuarto de baño (¡justo en el momento en que iba a pulsar el ENTER!). Cuando me giro, descubro cuatro cuerpos desnudos y sudorosos involucrados en gozar sobre mi modesto sofá/cama de dos plazas. Mi dedo acaricia el ENTER cuando alguien me sujeta por la espalda, atenaza mis brazos y me echa hacia atrás. Margarita me desabrocha el pantalón, en tanto que Elisea y Constantino siguen tabicando contra la mesa, aplastándome ella los apuntes con el culo. Queda claro pues, quién está a mi espalda. Margarita lame mi miembro con precisión y monotonía pornográfica. Antonio me aprieta cada vez con más fuerza contra la silla, soltando unas sonoras carcajadas. De pronto se produce un cambio: ahora es Elisea la que se acerca a mí con los ojos entrecerrados y la boca entreabierta, o sea, insatisfecha. Se sienta sobre mí a horcajadas y, ayudada por sus manos, se introduce con un golpe de pelvis mi méntula y mi sorpresa al mismo tiempo (Constantino creo que va a aprovechar para catar la carne de egipcio). Margarita, después de unos titubeos, toma un libro de mi estantería: "La educación sentimental" de Flaubert es la obra elegida para masturbarse con su canto (no puedo negar que ha sido una buena elección). Oigo cómo Constantino gime detrás de mí y, aprovechando que Antonio afloja su presión sobre mis brazos (sin duda debido a que la fuerza se le está yendo por otro sitio, claro), libero una mano y justo en el momento en que Elisea se deshace sobre mis muslos, pulso el ENTER.

(¡Lo conseguí!).

La habitación vuelve a la calma bajo la luz macilenta del flexo. Sólo el ventilador interno del ordenador acompaña el sonido acelerado de mi respiración. Borré el archivo a tiempo, estuve muy cerca esta vez de transgredir la norma y atravesar la fina pared que me mantiene aislado de la ficción. Me reclino sobre la silla y aspiro una vaharada de tabaco de contrabando para distraer la mente. De pronto suena el timbre de la puerta.

Tras una cortina gris de humo opiáceo en la pantalla del ordenador aparece:
¡Los archivos del directorio serán eliminados!

¿Está seguro (S/N)?